

EL CORAZÓN ADMIRABLE

Al dignísimo Corazón
de la sacrosanta Madre de Dios

Algunos eudistas de la provincia de Colombia me han dicho: ¿por qué no se le mide al Corazón Admirable de la Madre de Dios? Esta obra de san Juan Eudes, en cuya elaboración san Juan Eudes invirtió años de su laboriosa vida y terminada veinte días antes de su muerte, cubre 1454 páginas de las obras completas (Tomos 6º, 7º y mitad del 8º). Está dividida en 12 libros y nunca ha sido traducida completamente al español. Han aparecido algunos trozos importantes debidos a la laboriosidad del P. Carlos Triana, entre ellos el comentario riquísimo que hace del Magnificat. El libro doce también fue traducido por el P. Hipólito Arias y publicado en las Obras Escogidas.

Hoy quiero enviarles la traducción de los dos primeros libros. Soy consciente de que apenas me faltan nueve, palabra de optimista, y espero avanzar hasta donde me sea posible.

Entre otros beneficios nos permite conocer mejor a san Juan Eudes, hijo de su tiempo en aspectos de religiosidad popular, cauto cuando cita en temas controvertidos muchas autoridades pero anota su voz sensata en un momento dado. Conocemos su amor grande a María, sus dotes de orador, sus consideraciones fervientes y entusiastas, pródigas en calificativos y superlativos.

Entrego estos dos primeros libros al amor de los hijos de san Juan Eudes al Corazón Admirable. La traducción aligera en ocasiones el texto denso de san Juan Eudes.

Fraternalmente, Álvaro Torres Fajardo, cjm.

DEDICATORIA

A tu Corazón sacratísimo, Madre del amor hermoso, me atrevo a presentar y consagrar, con todo el respeto de que soy capaz, esta obrita, solo concebida para su gloria y por su amor. Ella pertenece, por infinidad de títulos, a tu Corazón amabilísimo:

A tu Corazón, imagen viviente, semejanza perfecta, primer fruto e hijo mayor del Corazón divino de la santa Trinidad, y por tanto su heredero, que tiene derecho de tomar posesión de cuanto le pertenece.

A tu Corazón, pues el Padre eterno te dio todo, al darte su propio Corazón que es su Hijo muy amado.

A tu Corazón, al que el Hijo de Dios se entregó totalmente al darse a ti.

A tu Corazón, a cuyo amor el Amor esencial, que es el Espíritu Santo, dio todas las obras de su infinita bondad, pues el amor da todo al amor, especialmente a un amor tal como el del Corazón virginal de su santa Esposa.

A tu Corazón, que por vínculo muy estrecho de amor y caridad, no forma sino un mismo Corazón con el Corazón del todo amable Jesús. Por ello cuanto hay en cielo y tierra está sometido a su señorío.

A tu Corazón, libro de vida, libro viviente e inmortal, el primero de todos los libros, en el que la vida admirable del Salvador del mundo está escrita con letras de oro por la mano del Espíritu Santo, y así todos los demás libros están bajo su dependencia y le pertenecen.

A tu Corazón, el más puro, hermoso, rico, noble, generoso, dichoso, sabio, poderoso, benigno, bondadoso, misericordioso, dadivoso, caritativo, amable, amoroso y el más amado, el más excelente de todos los corazones; todos ellos deben referir y ofrecer todos los buenos frutos que con la ayuda de Dios pueden producir.

A tu Corazón, rey soberano de todos los corazones, que es, con todo derecho, el Rey y Señor absoluto de cuanto existe en el universo.

A tu Corazón, finalmente, al que la divina misericordia me concedió la gracia de dar y consagrar, desde mi infancia, mi corazón, mi cuerpo, mi alma, mi tiempo, mi eternidad, y todo cuanto de mi ser y de mi vida depende y pertenece.

Recibe, pues, dignísimo Corazón de mi venerada Señora y de mi amadísima Madre, la ofrenda que te hago de este libro en honor de cuanto eres y en acción de gracias por todos los favores que he recibido

de mi Dios por tu mediación. Dígnate bendecirlo y llenarlo de tu espíritu y de tu poder para que anuncie por doquier tus maravillosas perfecciones e invite vigorosamente y atraiga eficazmente los corazones de cuantos lo lean, a amarte, venerarte e imitar todas las virtudes que han hecho de él su trono y su reino.

Recíbelo, por favor, no solo como un libro sino como un ánfora en la que te presento mi corazón con todos los corazones de mis Hermanos y Hermanas; te suplico humildemente que los ofrezcas y entregues irrevocablemente a la divina majestad; suplícale que destruya y aniquile en ellos cuanto le desagrada; que los arranque enteramente del mundo y de todo lo terrenal; que los una perfectamente por el vínculo sagrado de verdadera caridad; que estén llenos, animados y poseídos del mismo espíritu que te anima y te posee; que los una contigo a su adorable Corazón con lazos eternos e inseparables; que los transforme en ese mismo Corazón; y que les conceda ser dignos de ser otras tantas hostias vivientes, santas y agradables a Dios; que estén inflamados y consumidos en la hoguera de amor que está dentro de ti y que por este medio se inmolen contigo para la gloria de aquel que es todo corazón y todo amor hacia nosotros.

Mira este libro, te lo ruego, oh Corazón bondadoso, todas sus palabras, sílabas y letras, como otras tantas lenguas y voces de mi corazón, que te gritan continuamente por sí y por todos los corazones de mis Hermanos y Hermanas que renuncian absoluta y perennemente a todo cuanto te desagrada; que quieren pertenecer por entero a ti y por tu mediación a su Creador y a su Dios; que desean que todos sus movimientos tengan los mismos propósitos que tú tienes; que quieren despreciar y aborrecer lo que tú desprecias y aborreces, estimar y amar lo que es de tu estima y amor; que solo les cause tristeza lo que a ti te

entristece; que se gocen con lo que a ti regocija; que no tengan jamás sentimientos, inclinaciones e intenciones distintos de los tuyos; que pongan todo su gozo y felicidad donde tú los tienes, en seguir en todo y por doquier la voluntad adorable de Dios, para que *nuestros corazones estén donde están las verdaderas alegrías*; imposible encontrarlas sino en una perfecta sumisión y abandono total de nosotros mismos y de todo lo nuestro a la voluntad divina.

Finalmente, que sea de tu agrado, oh mi soberana Señora y mi divina Madre, que te dirija las palabras que uno de los hijos muy amados de tu Corazón, san Juan Damasceno, que te repita lo que te dijo, en un discurso que hizo sobre tu Nacimiento: *Oh María, hija de Joaquín y Ana, es un pecador el que tiene la audacia de hablar de ti, de tu Corazón santo, que es lo más santo y admirable que hay en ti; proviene de un pecador que te ama ardorosamente y te venera soberanamente; que te reconoce y te reverencia como a la sola causa, después de Dios, de su dicha y su felicidad, como a la Reina de su corazón, como a la norma y regente de su vida, y como a la firme esperanza de su salvación*¹.

¹ Orat. I, de Nativ. B. Vir

Acepta, por favor, todos los discursos que hay en este libro en honor de tu divino Corazón; ofrécelos al Corazón adorable de tu Hijo, y ruégale que los bendiga; que derrame en ellos la divina unción de su espíritu y que se sirva de ellos para incremento de su gloria y aumento del honor y del gozo de ese Corazón maternal que tanto ama, del que fue siempre tan amado, y por el que será eternamente más amado que por los coros angélicos y los santos juntamente.

A todos los auténticos hijos
de la Congregación de Jesús y María

Mis muy queridos y muy amados Hermanos,

Pues plugo a la divina bondad llamarlos a la Congregación de Jesús y María, dedicada y consagrada muy especialmente al muy santo y amable Corazón del Hijo y de la Madre, que contempla y honra a ese Corazón sacratísimo como a su primer y principal patrono, como a su modelo y su regla primigenia, como a su rica herencia, y su precioso tesoro, y como uno de los más santos y venerables objetos de su devoción, es justo que tengan algún conocimiento de las excelencias maravillosas de este rey de los corazones. Podrán empeñarse así en rendirle los honores y homenajes que le deben y en imprimir en sus corazones una imagen viviente y semejanza perfecta de sus virtudes muy eminentes, y por este medio hacerse dignos de ser contados en el rango de los hijos de este muy noble Corazón.

Pongo este libro en sus manos. Él pondrá ante sus ojos las grandezas admirables que la omnipotente mano de Dios ha encerrado en ese tesoro inmenso de toda clase de bienes. Reciban este regalo, mis queridísimos Hermanos, no de manos del último de los hombres y del primero de los pecadores sino de parte de su Padre celestial. Puesto que él les concedió, con inefable bondad, el Corazón admirable de su muy amado Hijo Jesús y de su santísima Hija María desea comunicarles, por este medio, las luces que necesitan para conocer el precio y el valor del

inapreciable don que les ha hecho. Cuiden de aprovecharlo lo más que les sea posible.

Lean este libro atenta y cuidadosamente. Nunca lo lean sin entregar antes su espíritu al Espíritu Santo, al comienzo y al fin de su lectura. Suplíquenle que grave en lo íntimo de ustedes las verdades que van a leer en él y que les otorgue la gracia de sacar el fruto necesario para la gloria de Dios y la santificación de sus almas.

Ojalá, aquel que en las divinas Escrituras es llamado *fuego devorador* (Dt 4, 24) haga que todas las palabras que hay en este libro sean otras tantas ascuas que abrasen los corazones de los que las lean con el fuego divino que arde en la hoguera encendida del amabilísimo Corazón de Jesús y María.

VIVA JESÚS Y MARÍA

P R E F A C I O

Su lectura es necesaria

Quien dice una Madre de Dios dice un abismo sin fondo de gracia y santidad. Habla de un océano sin playas de excelencias y perfecciones, mundo inmenso de grandezas y maravillas. En efecto, la dignidad de Madre de Dios, por ser infinita, comprende infinidad de realidades grandes y maravillosas.

Por esta razón la tierra entera está llena de libros compuestos para alabanza de esta Madre admirable. Su cantidad es tal que un autor competente reporta cinco mil, sin hablar de los que no alcanzó a conocer. La sola Compañía de Jesús aporta más de trescientos, escritos por piadosos y doctos jesuitas que consagraron su pluma a la gloria de la reina del cielo. Gruesos volúmenes se han publicado sobre el *Magnificat*, el cántico de esta santa Virgen. Muchos santos Padres y

otros sabios autores escribieron sobre su Concepción inmaculada y sobre todos los demás misterios de su santa vida, sobre sus virtudes muy eminentes, sobre sus asombrosas cualidades, sobre las singulares perfecciones de su cuerpo virginal, sobre las bellezas cautivantes de su alma santa y sobre los privilegios y prerrogativas incomparables que acompañan su dignidad sublime de Madre de Dios. Sin embargo no encuentro algún libro que haya tratado sobre su amabilísimo Corazón. Con todo, es lo más digno, noble y admirable que hay en esta divina Virgen. Es la fuente y el origen de todas sus grandezas como claramente lo demostraremos luego.

He creído prestar un servicio a Nuestro Señor y a su santísima Madre ayudar a los que se esmeran por honrarlos y amarlos como a su Soberano y como a su verdadera Madre, al publicar este libro para encender en los corazones de los que lo lean veneración y devoción especial a su amabilísimo Corazón. Esta devoción es fuente inagotable de toda clase de bendiciones, según testimonio del gran san Ignacio de Loyola, quien a partir de su conversión hasta el último día de su vida, llevó continuamente en su corazón una imagen del sagrado Corazón de la Madre de Dios, y aseguraba que por este medio había recibido gran número de gracias y favores de la divina bondad.

Esta obra está dividida en doce libros. En los índices que siguen a cada volumen pueden conocer su contenido.

Todas las verdades contenidas en estos doce libros se inspiran en las divinas Escrituras, en la doctrina de los santos Padres y en buenas y sólidas razones.

Oirán también al que es la verdad misma, Nuestro Señor Jesucristo y a su divina Madre que en algunos lugares hablan a santa Brígida, a santa Gertrudis, a santa Matilde, a santa Teresa sobre los efectos maravillosos de la bondad inefable de su benignísimo Corazón. Han de saber que dos concilios generales, el de Constanza y el de Basilea, y tres grandes papas, Bonifacio IX, Martín V y Urbano VI autorizaron los libros de santa Brígida, luego de haberlos hecho examinar diligentemente por varios grandes doctores. Y la Iglesia misma, les dio su aprobación al decir en la oración de la fiesta de esta santa: *Oh Dios, que revelaste secretos celestiales a santa Brígida por tu Hijo único.*

Sepan además que los libros de santa Gertrudis y santa Matilde han sido aprobados por numerosos santos doctores y sabios teólogos,

entre los que se cuenta el muy renombrado y piadoso jesuita Francisco Suárez, quien era un prodigio de ciencia. Él, el 15 de julio de 1603, en Salamanca, dio aprobación muy amplia a los libros de santa Gertrudis traducidos a la lengua castellana.

El santo sacerdote Blosio, tan estimado por los teólogos, tanto escolásticos como místicos, luego de haber leído doce veces en un año el libro *Insinuaciones de la divina piedad* de santa Gertrudis, la cita a menudo en sus libros, con elogios que denotan la muy alta estima que le tenía.

"Si no tuviéramos más libros de nuestra creencia, dice este santo y docto autor, que los de santa Gertrudis, de santa Matilde, de santa Hildegarda, de santa Brígida y otras semejantes, a quienes Dios manifestó sus secretos, conforme a las palabras del profeta Joel², bastaría para confundir a todos los herejes y para poner un fundamento incommovible a las verdades de la fe católica"³.

No solo numerosos doctores, ilustres por su ciencia y piedad, han aprobado estos libros. Lo han hecho también varias célebres universidades, en especial las de Alcalá y Salamanca, luego de haberlos hecho examinar cuidadosamente por varios teólogos.

Todos gustan y desean naturalmente ver cosas extraordinarias y milagrosas que sobrepasan las fuerzas de la naturaleza. Fuera de la divina Palabra, no existe nada tan poderoso para vencer el espíritu y para conmover el corazón. Un solo milagro, verdadero y comprobado, tendrá más fuerza para convencernos que muchas razones. Los argumentos se combaten y destruyen con otros argumentos. Pero un hecho milagroso tiene tal poder de impresionar fuertemente la mente que obliga a rendirse. Por eso el espíritu de mentira, enemigo mortal de la verdad, se ha esforzado siempre por desacreditar los milagros. Es lo que ha querido hacer la impiedad de Lutero y Calvino. Pero como han sido un don dado por Dios desde los orígenes y que dará siempre a su Iglesia, la malicia de la herejía jamás podrá arrebatárselo, a menos que se perdieran todas las Escrituras, todos los Anales de Historias eclesiásticas y todas las historias de los santos, llenas todas de narraciones milagrosas. En este libro encontrarán algunas de ellas; pero ninguna que no sea muy auténtica, conforme a la fe y a la razón, referida por autores célebres y dignos de fe.

² *Derramaré mi espíritu sobre toda carne y vuestros hijos e hijas profetizarán* (Joel 2, 28)

³ Epístola a Florentino.

Finalmente, si se encuentra algo bueno en este libro, sea totalmente para la gloria de Dios, principio único de todo bien. Si hay algo malo que venga a mí la confusión, pues soy fuente de todo mal: Sé *que en mí no habita el bien* (Ro 7, 18). Lo someto de todo corazón a la corrección de aquella que, pues está guiada por el Espíritu de la verdad, es la columna y el firmamento de verdad. Oh Dios de gracia y de verdad, *que te vea a ti en todos los bienes, que me vea a mí en todos los males.*

LIBRO PRIMERO

Muestra que se entiende por Corazón de la santa Virgen

CAPÍTULO PRIMERO

El Corazón de María es llamado justamente Corazón admirable, pues es abismo de maravillas, solo conocido perfectamente por su Hijo Jesús, el único que puede hablar dignamente de él.

Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, al escoger, entre todas las criaturas, a esta incomparable Virgen para ser su Madre, su nodriza y su gobernante; y pues su infinita bondad nos la dio como Madre y refugio en todas las necesidad, quiere que la veneremos, la honremos y la amemos como él la ama.

La exaltó y honró por encima de todos los hombres y los ángeles; quiere igualmente que le rindamos más respeto y veneración que a todos los ángeles y que a todos los hombres. Pues él es nuestra Cabeza y 2nosotros sus miembros, animados por su espíritu, debemos seguir sus inclinaciones, caminar por sus sendas, continuar su vida en la tierra y practicar las virtudes que practicó, quiere que nuestra devoción a su divina Madre sea continuación de la suya. Es decir, que tengamos los sentimientos de honor, de sumisión y de amor que él I tuvo acá abajo y que le tiene eternamente en el cielo. Ella ocupó y ocupará por siempre el primer puesto en su corazón. Ella fue siempre y será por toda la eternidad el primer objeto de su amor, después de su Padre eterno. Quiere él asimismo que, después de Dios, sea el principal punto de nuestras devociones y el primero de nuestra veneración. Por eso, después de los servicios que debemos a su divina Majestad, no podemos hacerle mayores y más agradables, que servir y honrar a su dignísima Madre.

Nuestra inteligencia no puede llegar a estimar y a amar algo sin conocer lo que lo hace digno de ser estimado y amado. Por esta razón, el amor infinito de que este Hijo único de María está abrasado por los intereses de su querida Madre lo ha llevado a manifestarnos muy cuidadosamente, por boca de los santos Padres y por los oráculos de las divinas Escrituras, incluso en este valle de tinieblas, una partecigta de las excelencias incomparables de que la ha enriquecido, y se reserva la

joya, que sobrepasa infinitamente la muestra, para el país de las luces que es el cielo.

Entre estos divinos oráculos encuentro uno en el capítulo doce del Apocalipsis que es como un resumen de cuanto se puede decir y pensar de más grande y portentoso sobre esta maravillosa Princesa. Está contenido en las siguientes palabras: *Un signo grande apareció en el cielo. "Signo grande, prodigio asombroso, milagro prodigioso apareció en el cielo. Una mujer revestida del sol con la luna bajo sus pies, que tenía en su cabeza una corona de doce estrellas". ¿Qué prodigio es éste? ¿Quién es esta mujer milagrosa? San Epifanio, san Agustín, san Bernardo, y otros santos doctores son concordes en que es la Reina de las mujeres, soberana de los hombres y los ángeles, Vigren de vírgenes, la mujer que llevó en sus entrañas virginales un hombre perfecto, un Hombre-Dios, Mujer que rodeaba a un varón (Jer 31, 22).*

Aparece en el cielo porque vino del cielo. Es la más ilustre de las obras maestras del cielo. Es la emperatriz del cielo, gloria y delicias del cielo. Nada hay en ella que no sea celeste. Mientras tuvo su morada en la tierra, según su condición corporal, era totalmente espíritu, pensamiento, corazón y amor en el cielo.

La reviste el sol eterno de la divinidad. La enriquecen las perfecciones de la esencia divina que la rodea hasta el punto que está del todo transformada en luz y sabiduría, en poder y bondad, en la santidad de Dios y en las demás grandezas, como lo veremos más adelante.

La luna está bajo sus pies, como si todo el mundo estuviera debajo de ella. Solo Dios está por encima de ella y goza de poder absoluto sobre todas las criaturas.

Está coronada de doce estrellas porque todas las virtudes que brillan en ella soberanamente, todos los misterios de su vida, son otros tantos astros, más luminosos que todas las luminarias del cielo. Todos los privilegios y prerrogativas que Dios le ha otorgado sobrepasan incomparablemente lo que hay de más brillante en el firmamento. Todos los santos del cielo y de la tierra son su corona y su gloria, con mejor título que los filipenses son para san Pablo su gozo y su corona (Fp 4, 1).

¿Por qué el Espíritu Santo le asigna la calidad de *"Gran milagro"*? Para que conozcamos que es todo milagrosa. Quiere anunciar por doquier las maravillas de que está colmada. La quiere poner ante los

ojos de todos los habitantes del cielo y de la tierra como una portento digno de admiración. Quiere que sea objeto de embeleso para ángeles y hombres.

Con este mismo propósito el Espíritu divino hace que en todo el universo se cante este glorioso elogio: *Madre admirable*. Con toda razón es llamada con este nombre. En verdad, eres admirable en todo y de todas las maneras.

Admirable por la belleza angélica y la pureza seráfica de tu cuerpo virginal. Admirable por la santidad eminentísima de tu alma bienaventurada. Admirable por todas las facultades de ambos de las que hiciste siempre santísimo uso para gloria del Santo de los santos.

Admirable en todos tus pensamientos, tus palabras, tus acciones. En tus pensamientos en los que solo tuviste como única intención agradar solo a Dios. En tus palabras que fueron siempre como palabras de Dios conforme al precepto divino: *Si alguien habla que sus palabras sean como palabras de Dios* (1 P 4, 11). En tus acciones, consagradas todas a la divina Majestad.

Admirable en tus sufrimientos que te hicieron digna de ser asociada con el Salvador a la obra de la redención del mundo.

Admirable en todos los estados y misterios de tu vida, todos ellos, abismos de maravillas.

Admirable en su Concepción inmaculada, colmada de milagros.

Admirable en su santo nacimiento, fuente indecible de gozo eterno para todo el universo.

Admirable por su nombre sagrado de María, tesoro de grandezas y maravillas.

Admirable por su Presentación en el templo a los tres años de edad, luego de dejar, en edad tan tierna, la casa de un padre y de una madre tan santos y luego de renunciar por entero a sí misma y a todo para consagrarse totalmente a Dios en su templo santo.

Admirable por las santa ocupaciones realizadas durante todo el tiempo que permaneciste allí, en compañía de las santas vírgenes y viudas, y por todos los extraordinarios ejemplos que les diste en la práctica de toda clase de virtudes.

Admirable por tu angelical y divino matrimonio con san José.

Admirable en tu celeste coloquio con el arcángel san Gabriel cuando te anunció el misterio inefable de la Encarnación.

Admirable en todo lo que pasó en ti, en el momento feliz en que este misterio incomparable se realizó.

Admirable en todos los instantes de los nueve meses durante los cuales el Verbo encarnado permaneció en calidad de Hijo único en tus benditas entrañas.

Admirable en todos los pasos de tu viaje para visitar a tu prima Isabel.

Admirable en todas las palabras contenidas en el cántico divino que pronunciaste luego de saludarla.

Admirable por los efectos milagrosos de luz, de gracia y santificación que obraste en el alma del pequeño Juan Bautista y en el alma de sus padres, durante los tres meses que permaneciste con ellos en su casa.

Admirable por todos los pasos que diste en tu viaje de Nazaret a Belén para dar a luz allí al Salvador del mundo. De todo mi corazón, con todo el respeto que me es posible, reverencio todos esos pasos, besando en espíritu la tierra que pisaste y las huellas de tus pies sagrados que quedaron allí.

Admirable en todos los milagros sucedidos en tu divino alumbramiento.

Admirable en la cruenta y dolorosa circuncisión de tu Hijo.

Admirable al imponerle el santo nombre de Jesús que con san José le diste, según el mandato que recibieron de parte del Padre eterno por mediación de san Gabriel.

Admirable en el misterio de su Epifanía que es su manifestación a los santos reyes que encontraron al Niño en Belén, con María, su dignísima Madre, y que con ella lo adoraron,

Admirable en la humildad prodigiosa y en la obediencia maravillosa por la que aceptaste la ley de la purificación y en la increíble caridad con la que ofreciste en el templo a tu Hijo único y amadísimo al eterno Padre, para un día fuera inmolado en la cruz en expiación de los crímenes de todos los hombres.

Admirable en los sucesos extraordinarios que pasaron durante el viaje que hiciste, con tu adorable Niño y con tu esposo san José de Nazaret a Egipto y de Egipto a Nazaret, para salvar al Salvador del mundo, preservándolo del furor de Herodes, que lo buscaba para perderlo.

Admirable en el provecho santo que hiciste, Madre de Jesús, del dolor muy sensible y del gozo indecible de que tu Corazón se llenó cuando el Niño se extravió en el templo de Jerusalén, al que con san José encontraste en medio de los doctores.

Admirable en la santa y dichosa convivencia que tuviste con tu Hijo amadísimo, en especial durante los primeros treinta años de su vida, tiempo que él para santificarte crecidamente. ¡Quién podría decir o pensar los hechos grandes e incomprensibles que pasaron durante tan largo tiempo entre el Hijo de María y la Madre de Jesús!

Admirable en el provecho santísimo que sacaste, Divina Madre, al verte privada de la presencia de este mismo Hijo durante los cuarenta días de su retiro en el desierto y de la soledad semejante a la suya que soportaste durante esa cuarentena.

Admirable en la caridad inigualable que tuviste en el primer milagro que él hizo en las bodas de Caná.

Admirable en el grandísimo fruto obtenido de sus santas predicaciones y en el honor muy especial que tributaste a todos los misterios que él obró durante el tiempo de su vida de convivencia entre los hombres.

Admirable en la participación especialísima que te hizo de su cruz y sus sufrimientos.

Admirable en el sacrificio que hiciste de él mismo al pie de la cruz, con de tantísimo dolor y amor, por el género humano y por quienes lo crucificaron.

Admirable por tus oraciones fervorosas para su gloriosa Resurrección.

Admirable por todo lo que ocurrió de forma extraordinaria entre tu Hijo y tú misma cuando resucitado te visitó en primer lugar.

Admirable por la parte privilegiada que tuviste en su triunfante Ascensión.

Admirable en las divinas disposiciones con las que recibiste el Espíritu Santo el día de Pentecostés y en los efectos prodigiosos que obró en tu alma.

Admirable en el celo ardentísimo y en la caridad incomparable que ejerciste en la Iglesia naciente, mientras estuviste en la tierra, después de la Ascensión de tu Hijo.

Admirable en todos los momentos de tu vida, plenos de prodigios, empleados en el servicio y el amor del Rey de los siglos.

Admirable en tu santa muerte, mejor llamada vida que muerte.

Admirable en tu milagrosa resurrección, en tu gloriosa Asunción, en tu maravillosa entronización a la derecha de tu Hijo y en tu augusta coronación como Reina eterna del cielo y soberana Emperatriz del universo.

Admirable en el poder absoluto que tu Hijo te ha dado sobre todos los seres corporales y espirituales, temporales y eternos, que dependen de él.

Admirable en la parte infinita que tienes en el Santísimo Sacramentos del altar. ¿Por qué digo parte, si lo tienes todo allí?

Admirable en la caridad incomprensible con la que continuaste a darnos, con tu Hijo, por este divino sacramento, los inmensos tesoros que diste a todos los hombres en general por el misterio de la encarnación.

Admirable en la vida soberanamente gloriosa e infinitamente dichosa que tienes en el cielo desde que estás allí y que tendrás por toda la eternidad.

Admirable por todas las virtudes que practicaste en este mundo, en el grado más alto que es dable pensar. Admirable en tu vivísima fe en Dios, en tu perfecta caridad a los hombres, en tu profunda humildad y en tu obediencia exacta, en tu invencible paciencia y en todas las demás virtudes cristianas.

Admirable en todas las calidades muy eminentes con que Dios te enriqueció: en la calidad de Hija mayor e infinitamente amada del Padre eterno, de Madre del Dios Hijo, de esposa del Espíritu Santo, de santuario de la santísima Trinidad, de tesorera y dispensadora de las gracias divinas, de reina de los ángeles y de los hombres, de Madre de los cristianos, de consoladora de los afligidos, de abogada de los pecadores, de refugio de los infortunados, de señora, soberana y universal, de todas las criaturas.

Admirable finalmente por todos los privilegios muy singulares y las prerrogativas exclusivas, con que Dios te honró.

Es algo singularmente admirable y admirablemente singular, ver a una criatura que hace nacer a quien la creó, y que da el ser al que es, y la vida a aquel de quien ella la recibió. Ver una estrella que produce un sol, una virgen que da a luz y que es Virgen antes del parto, en el parto y después del parto, y que es la hermana y la esposa, la hija y la madre, al mismo tiempo, de su Padre.

¿No es prodigio extraordinario ver a una hija de Adán pecador que engendra al Santo de los santos, que engendra a un Dios, que es Madre del mismo Hijo del que Dios es Padre, y puede decir: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy?* (Heb 5, 5).

¿No está por encima de toda ponderación ver a una criatura mortal y pasible hacer lo que el mismo Dios no puede hacer? ¿Acaso no es cierto que Dios no puede, por sí mismo, y por su propio y natural poder, engendrar un Hijo que sea Dios como él y que sea hombre como nosotros: Dios infinito, inmenso, inmortal, inmutable, eterno, invisible, impasible, y también hombre mortal, visible y pasible? Ciertamente es imposible a Dios hacer esto. Y sin embargo ¿no es cierto que nuestra admirable María, al engendrar a este mismo Hijo, engendra al mismo tiempo un Dios y un hombre: Dios, igual a su Padre en grandeza, poder y majestad, y un hombre semejante a nosotros en fragilidad, indigencia y debilidad?

Contemplar a una Virgen, de quince años, que encierra en su vientre a quien los cielos de los cielos no pueden contener debe sumir en arrobamiento eterno al cielo y a la tierra. Que con su leche virginal nutra y alimente a quien es la vida eterna y el principio de toda vida; que haga reposar en su regazo a quien es el poder de Dios y que reposa desde toda eternidad en el seno adorable de su Padre; que lleve en sus brazos a quien sostiene todo por su poder y su palabra; que conserve, gobierne y conduzca a quien es el creador, conservador y gobernante del universo; que tenga poder y autoridad de Madre sobre el Hijo único de Dios, Dios como su Padre, que por una eternidad ha estado sin ninguna dependencia de su Padre; que desde su encarnación, está sometido a su Padre como lo está a su Madre, según estas palabras evangélicas: *Les estaba sumiso* (Lc 2, 51). Por él, el Padre divino asumió sobre él una autoridad que antes no tenía pues ella le dio lo que hizo posible que se sometiera a él. ¡Cuántos prodigios, milagros y grandezas sorprendentes!

Ciertamente, no sin motivo el Espíritu Santo llama a María: *Signo grande* (Ap 12, 1). Y no sin razón los santos Padres le dan diversas calidades como éstas.

San Ignacio mártir la llama: *Prodigio celestial, espectáculo sacratísimo*, digno de los ojos de Dios y de la admiración de hombres y de ángeles⁴. San Germán, patriarca de Constantinopla, le habla en los

⁴ Epist. Ad Joan.

siguientes términos: *En ti todo es grande, oh Madre de Dios,, todo admirable. Tus maravillas sobrepasan todo lo que es posible decir y pensar*⁵.

Escucha a san Juan Crisóstomo que proclama, con fuerte voz, que esta divina María, ha sido siempre y eternamente será *Milagro grande*. Y san Epifanio nos anuncia que ella es *Misterio milagroso del cielo y de la tierra y prodigioso milagro*. Y añade; *Oh Virgen sacratísima, pusiste en éxtasis todos los ejércitos de los ángeles porque contemplar en el cielo una mujer revestida del sol es prodigio que sumerge en arrobamiento a todos los habitantes del cielo; contemplar en la tierra a una mujer que lleva un sol en sus brazos, es maravilla que debe asombrar todo el universo*.

Oye también a san Basilio, obispo de Seleucia, que así se expresa: *Se ha visto en la tierra un prodigio sin igual: un hijo que es el padre de su madre y un hijo que es infinitamente más antiguo que la madre que lo engendró*.

Oigo a san Juan Damasceno que nos dice que la madre del Salvador es *el milagro de los milagros, tesoro y fuente de los milagros, abismo de portentos*, que el divino poder hizo obras grandiosas antes de la bienaventurada Virgen, pero que era apenas minúsculos ensayos, si es dable decirlo, solo preparaciones para llegar al milagro de los milagros que hizo en esta divina María; era preciso pasar por todos estos prodigios para llegar a la maravilla de las maravillas.

Finalmente, san Andrés, obispo de Candia, nos asegura que después de Dios, ella es la fuente de todas las maravillas que se han obrado en el universo; que Dios ha hecho en ella tan grandes prodigios, y en tantísimo número, que solo él es capaz de conocerlos perfectamente y de alabarlos dignamente.

Entre todas esas maravillas hay una que las sobrepasa a todas: es el Corazón incomparable de esta gran reina; es lo más admirable que hay en ella: mundo de maravillas, océano de prodigios, abismo de milagros, principio y fuente de todo lo excepcional y extraordinario que hay en esta gloriosa princesa. *Toda la gloria de la hija del rey está en su interior* (Sal 44, 14). Pues por la humildad, la pureza y el amor de su santísimo Corazón llegó a la sublime dignidad de Madre de Dios y se hizo digna por consiguiente de todas las gracias, favores y privilegios de que Dios la colmó en la tierra; y de todas las glorias, felicidades y

⁵ Orat. De Zona B. Virg.

grandezas de que la colmó en el cielo; y de todo lo grande y maravilloso que obró y obrará eternamente en ella y por ella.

No me sorprende lo que varios grandes autores relatan de un santo religioso de la Compañía de Jesús, fervoroso servidor de la Madre de Dios, que habiéndole rogado que le hiciera conocer cuál era la calidad que era más de su agrado, entre todas las que la santa Iglesia le da en las letanías que canta en su honor diariamente, le declaró que era la de *Madre admirable*. Tampoco se extrañen, por tanto, de que yo afirme que el Corazón virginal de esta Madre de amor es un Corazón admirable. Cierto que ella es admirable en su maternidad porque ser Madre de Dios es el *milagro de los milagros* al decir de san Bernardo. Y cierto que su Corazón muy augusto es un Corazón admirable por ser el principio de su dignísima maternidad y de todas las maravillas que la acompañan. ¿Oh Corazón admirable de la Madre incomparable, acaso todas las criaturas del universo no son otros tantos corazones que te admiran, te aman y te glorifican eternamente?

De esto Corazón admirable trataremos en este libro. Sería preciso ser todo corazón para hablar y escribir debidamente del Corazón todo divino de la Madre de un Dios. Habría que poseer las mentes y los corazones de los querubines y de los serafines para conocer perfectamente las perfecciones y para anunciar dignamente las excelencias del nobilísimo Corazón de la reina de los ángeles. Lo que digo no es suficiente. Sería necesario tener el mente, el corazón, la lengua y la mano de Jesús, rey de los corazones, para poder comprender, honrar, anunciar y poner por escrito las maravillas inefables que se encierran en este sacratísimo Corazón, el más digno, real, y más maravilloso de todos los corazones luego del Corazón adorable del Salvador.

No soy tan temerario como para pretender encerrar en este libro los tesoros inmensos y los milagros innumerables que se contienen en este Corazón incomparable, que es y será por siempre el objeto cautivador de todos los habitantes del cielo.

Si los ángeles al mirar a su reina, que es también la nuestra, en el momento de su Concepción Inmaculada, y verla llena de gracia, de hermosura y de majestad, se quedan del todo fascinados y llenos de asombro dicen: *Quién es ésta que aparece y que se levanta como aurora del día, bella como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército en orden de batalla?* (Cantar 6, 9). Les dejo pensar cuáles

serían sus embelesos y éxtasis al contemplar en el cielo tantas maravillas que se dan en su Corazón virginal, a partir del primer instante de su vida en la tierra hasta el último.

Si el Dios de los ángeles, al mirar la marcha y los pasos de esa gran princesa, los encuentra tan santos y agradables a los ojos de su divina majestad que habla de ellos con admiración: *¡Oh, que tu andar es hermoso, hija del soberano príncipe!* (Cantar 7, 1) y si él anima a su Iglesia, militante y triunfante, a celebrar a lo largo de varios siglos en la tierra, y por toda la eternidad en el cielo, los pasos que dio para ir a visitar a su prima santa Isabel, juzguen de qué manera admira y honra y cuánto quiere que admiremos y honremos con él todos los santos movimientos y todas las manifestaciones admirables de su amabilísimo Corazón.

Si la menor de las acciones de esta divina Virgen, representada por uno de sus cabellos, es tan agradable a Dios que lo hace exclamar que le ha herido su Corazón, y que se lo embelesado con un cabello de su cuello (Cantar 7, 9), que diríamos de los millones de actos de amor que, como otras tantas llamas sagradas, brotaban continuamente de la hoguera ardiente de su Corazón virginal, inflamado por entero de amor divino, y que se lanzaba sin cesar hacia el cielo, y hacia el Corazón adorable de la santísima Trinidad

Si la santa Iglesia, guiada en todo por el Espíritu Santo, celebra desde hace mucho en la tierra y eternamente celebrará en el cielo, varias fiestas en honor de acciones especiales, muy pasajeras, de la Madre de Dios, como su Presentación, para honrar el hecho de presentarse a Dios en el templo de Jerusalén; la de la Purificación en honor del momento en que, obediente, cumplió una ley que no le concernía; o la fiesta de nuestra Señora de las Nieves, en memoria de la dedicación del primer templo, que en su honor y por su deseo, se levantó; y si algunas Iglesias solemnizan fiestas, como lo veremos más adelante, para venerar algunos vestidos que sirvieron a su cuerpo, qué loores, alabanzas y solemnidades merece su divino Corazón, que durante setenta y dos, o al menos sesenta y tres años, produjo, tantísimos actos de fe, de esperanza y de amor a Dios y de caridad a los hombres, de humildad, de obediencia y de toda clase virtudes, y que fue principio y fuente de todos los santos pensamientos, afectos, palabras y obras de toda su vida. ¿Qué inteligencia sería capaz de comprender, qué lengua podría expresar las riquezas inestimables y los arcanos

prodigiosos que se encerraron en este Corazón sin igual, rey de todos los corazones consagrados a Jesús.

Tu Hijo Jesús hizo, divina Madre, este océano inmenso. Solo él conoce los tesoros sin cuento que en él se encierran. Sólo él encendió el fuego que arde en esta hoguera. Sólo él mide la altura de las llamas que brotan de él. Sólo él puede calcular las perfecciones inmensas con que enriqueció esta obra maestra de su omnipotente bondad. Sólo él puede enumerar las gracias incontables que derramó en esta abismo de gracia :*Él creó, vio, contó y midió* (Sir 1, 9).Sólo él puede hablar de él dignamente.

Entrégame, Virgen santa, a tu Hijo amadísimo para que yo no me ufane de los discursos que voy a escribir ni que sea mi voz la que allí se escuche. Te suplico, por tu Corazón, y por el honor de ese mismo Corazón, que le pidas me anonade y se establezca en mi nada. Que sea él el autor de este libro; que yo sólo sea el instrumento de su amor incomprensible a ti y del celo ardentísimo que lo devora por tu dignísimo Corazón; que me sugiera cuanto él desea que se contenga en él; que me inspire los términos y el modo como quiere que sean expresados; que derrame generosamente su santa bendición sobre quienes lo leerán; que cambie todas las palabras que hay en él en ascuas ardientes y brillantes, que purifiquen, iluminen e inflamen sus corazones con el sagrado fuego de su amor y se hagan dignos de ser según el corazón de Dios y de ser contados en el rango de los hijos del Corazón maternal de la Madre de Dios.

CAPÍTULO II

Qué se entiende por Corazón de la sagrada Virgen

Antes de hablar de las excelencias prodigiosas y de las maravillas incomparables del Corazón admirable de la santísima Madre de Dios, según las luces que tenga a bien darme aquel que es la luz esencial y la fuente de toda iluminación, mediante las divinas Escrituras y los santos Padre, me propongo decir en primer lugar que la palabra Corazón tiene diversos significados en la Sagrada Escritura:

1. Significa el corazón material y corporal que llevamos en el pecho, la parte más noble del cuerpo humano, principio de la vida, primero en vivir y último en morir, sede del amor, del odio, de la alegría, de la tristeza, de la cólera, del temor y de la demás pasiones del alma. De este corazón habla el Espíritu Santo cuando dice: *Cuida con esmero tu corazón pues de él procede la vida* (Prov 4, 23). Es como si dijera: ten sumo cuidado de dominar y encauzar las pasiones de tu corazón; si están bajo control de la razón y del espíritu de Dios, vivirás larga y tranquila vida según el cuerpo y vida santa y honorable según el alma. Pero si por el contrario son ellas las dueñas y rectoras de tu corazón, según les parezca, te causarán muerte temporal y eterna por su descarrío.

2. La palabra corazón es empleada en la Sagrada Escritura para designar la memoria. En este sentido la usa Nuestro Señor cuando dice a sus apóstoles: *Pongan en sus corazones no premeditar las respuestas que van a dar* (Lc 21, 14). O sea, acuérdense de que cuando sean conducidos, por mi causa, ante reyes y jueces, no deben inquietarse por lo que deben responder.

3. Significa también el entendimiento mediante el cual nos ejercitamos en la meditación cuando reflexionamos y discurrimos mentalmente sobre Dios y sus obras. Así nos persuadimos y convencemos de las verdades cristianas. De este corazón se habla con estos términos: *La meditación de mi corazón está siempre en tu presencia* (Sal 19, 25). "Mi corazón", es decir, mi entendimiento se ocupa siempre en meditar y considerar tus grandezas, misterios y obras.

4. Significa igualmente la voluntad libre de la parte superior y razonable del alma, que es la más noble de sus potencias, reina de las demás facultades, raíz del bien y del mal, madre de los vicios y virtudes. A este corazón alude Nuestro Señor cuando dice: *El hombre bueno del*

tesoro bueno de su corazón saca lo bueno, y el hombre malo del mal tesoro saca lo malo (Lc 6, 45). Un buen corazón, es decir, la buena voluntad del hombre justo es rico tesoro del cual solo puede salir toda clase de bien; pero de un corazón perverso, o sea, la mala voluntad de un hombre malo, es fuente de toda clase de mal.

5. Se llama también corazón la parte suprema del alma que los teólogos llaman *la punta del Espíritu*, en la cual se verifica la contemplación que consiste en una muy única mirada y muy simple visión de Dios, sin discurso ni razonamiento, ni multiplicidad de pensamientos. Los santos Padres hablan de esta parte al aplicar a la santa Virgen estas palabras de la Escritura: *Yo duermo pero mi corazón está en vela* (Cantar 5, 2). El reposo y el sueño de su cuerpo no impedían, dicen san Bernardino de Siena y otros varios, que su Corazón, es decir, la parte superior de su espíritu no estuviera siempre unido a Dios por altísima contemplación⁶.

6. Da a conocer asimismo, en algunas ocasiones, todo el interior del hombre, o sea, lo que se refiere al alma y a la vida interior y espiritual, conforme a estas palabras de Dios al alma fiel: *Ponme como un sello en tu corazón, como una marca en tu brazo* (Cantar 8, 6). Es como decir, imprime, por perfecta imitación, la imagen de mi vida interior y exterior en tu interior y en tu exterior, en tu alma y en tu cuerpo.

7. Significa también el Espíritu divino que es el Corazón del Padre y del Hijo. Ellos nos lo quieren dar para que sea nuestro espíritu y nuestro corazón: *Les daré un corazón nuevo e infundiré en ustedes un espíritu nuevo* (Ez 36, 26).

8. El Hijo de Dios es llamado el Corazón del Padre eterno en las santas Escrituras. En efecto, de este Corazón habla el Padre Dios a su divina Esposa, la purísima Virgen, cuando le dice: *Heriste mi corazón, mi hermana y mi esposa* (Cantar 4, 9), o según los Setenta: *Has sido el embeleso de mi corazón*. En las mismas Escrituras este Hijo de Dios es llamado *Espíritu de nuestros labios* (Lam 4, 20), es decir, nuestro espíritu, alma de nuestra alma, corazón de nuestro corazón.

Todos estos corazones se encuentran en la Madre de amor y en ella hacen un solo Corazón, porque todas las facultades de la parte superior e interior de su alma han estado siempre perfectamente unidas y porque Jesús, que es el Corazón del Padre, y el Espíritu divino, que es

⁶ Serm 51, art. 1, c. 2.

el Corazón del Padre y del Hijo, le fueron dados para ser el espíritu de su espíritu, el alma de su alma y el Corazón de su Corazón.

Para conocer mejor lo que se entiende por Corazón de la bienaventurada Virgen, es preciso saber que, como en Dios adoramos tres Corazones que son, sin embargo, un solo Corazón; y como en el Hombre-Dios, adoramos tres Corazones que son un solo Corazón; así mismo honramos en la Madre de Dios tres Corazones que son un solo Corazón.

El primer Corazón que hay en la santísima Trinidad es el Hijo de Dios que es el Corazón de su Padre, como se dijo arriba. El segundo es el Espíritu Santo que es el Corazón del Padre y del Hijo. El tercero es el Amor divino, uno de los atributos adorables de la esencia divina, que es el Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Estos tres corazones son un único y sencillo Corazón. Con él las tres divinas Personas se aman mutuamente con amor tan infinito como el que se merecen, y con él nos aman con caridad incomparable.

El primer Corazón del Hombre-Dios es su Corazón corporal, deificado como las demás partes de su cuerpo por la unión hipostática que tienen con la persona divina del Verbo eterno. El segundo es su Corazón espiritual, es decir, la parte superior de su alma santa. Comprende su memoria, su entendimiento y su voluntad, muy especialmente deificado por la misma unión hipostática. El tercero es su Corazón divino que es el Espíritu Santo. De él ha estado siempre animada y vivificada su humanidad adorable más que de su propio Corazón. Tres Corazones en ese admirable Hombre-Dios que no son sino un solo Corazón puesto que su Corazón divino, siendo el alma, el corazón y la vida de su Corazón espiritual y de su Corazón corporal, los establece en una unidad tan perfecta que esos tres Corazones no forman sino un único Corazón, colmado de un amor infinito a la santísima Trinidad y de una caridad inconcebible a los hombres.

El primer Corazón de la Madre de Dios es el Corazón corporal que palpita en su pecho virginal. El segundo es su Corazón espiritual, Corazón de su alma, designado por estas palabras del Espíritu Santo: *Toda la gloria de la Hija del Rey viene del interior* (Sal 45, 14), es decir, del el corazón y de lo más íntimo de su alma. Se tratará más ampliamente luego. El tercer Corazón de la divina Virgen es aquel de que ella misma habla: *Duermo pero mi Corazón está en vela* (Cantar 5, 2). Según explican varios santos doctores, mientras concedo al cuerpo

el reposo que le es necesario, mi Hijo Jesús, que es mi Corazón y al que amo como a mi Corazón, está siempre en vela en mí y por mí.

El primero de estos tres Corazones es corporal, pero enteramente espiritualizado por el espíritu de gracia y por el Espíritu de Dios del que está completamente colmado.

El segundo es espiritual pero divinizado, no por unión hipostática como lo es el corazón espiritual de Jesús de que acabamos de hablar, sino por eminente participación de sus divinas perfecciones, como se verá a lo largo de esta obra.

El tercero es divino y Dios mismo pues es el Hijo de Dios.

Estos tres Corazones de la Madre de Dios no forman sino un solo Corazón, por la más santa y estrecha unión que haya jamás existido, exceptuando la unión hipostática. De estos tres Corazones, o mejor, de este único Corazón, el Espíritu Santo pronunció en dos ocasiones estas palabras: *María conservaba todas estas cosas en su Corazón* (Lc 2, 19.51)

Conservaba, primeramente, todos los misterios y maravillas de la vida de su Hijo, en su Corazón sensible y corporal, principio de la vida y sede del amor y de las demás pasiones, pues todos los movimientos y palpitaciones de este Corazón virginal, las funciones de la vida sensible que proceden de él, todos los usos de las referidas pasiones y todo cuanto se pasaba en él lo empleó Jesús así: el amor para amarla, el odio para detestar cuanto le era contrario, es decir, el pecado; el gozo para regocijarse de su gloria y sus grandezas; la tristeza para dolerse de sus trabajos y sufrimientos, y así de las demás pasiones.

En segundo lugar, las conservaba en su Corazón, o sea, en la parte más noble de su alma, en lo más íntimo de su espíritu. Porque todas las facultades de la parte superior de su alma se ocupaban sin cesar en contemplar y adorar cuanto pasaba en la vida de su Hijo, incluso en los mínimos detalles.

En tercer lugar, las conservaba en su Corazón, o sea, en su Hijo Jesús que era el espíritu de su espíritu, el Corazón de su Corazón. Él se encargaba de conservarlas para ella, pues se las sugería y traía a su memoria, en momento oportuno, para que le sirvieran de alimento de su alma en la contemplación, para que ella le tributara los honores y adoraciones que le eran debidos y para que un día las contara a los apóstoles y discípulos a fin de que ellos las predicaran a los fieles.

Esto es lo que se entiende por el Corazón admirable de la muy amada de Dios; es imagen perfecta del Corazón adorable de Dios y del Hombre-Dios, como lo veremos más adelante.

Es el tema de que me ocuparé en este libro. Los tres capítulos que siguen les harán considerar especialmente lo que es el Corazón corporal de la Madre del Salvador, lo que es su corazón espiritual y lo que es su corazón divino. En el resto de la obra encontrarán varios puntos que tocan a su Corazón corporal, otros que convienen a su Corazón espiritual, otros que se refieren solo a su Corazón divino, y otros que hablan de los tres corazones. Todo será de mucho beneficio para sus almas si lo leen después de haber dado su espíritu al Espíritu de Dios con la intención de hacer buen uso de todo esto.

Durante esta lectura procura elevar de tanto en tanto tu corazón a Dios para alabarlo por la gloria que él se ha dado y se dará eternamente en esta maravillosa obra maestra de su divino amor; para bendecirlo por los favores inenarrables con que enriqueció este Corazón augusto; para agradecerle los favores incontables que ha hecho por su medio a los hombres; y para hacerle ofrenda de tu corazón y suplicarle que lo modele conforme a su Corazón destruyendo en él cuanto le desagrade y gravando allí una imagen del santísimo Corazón de la Madre del Santo de los santos; los exhorto igualmente a que hagas entrega a ella de tu corazón con la misma intención.

Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, ves que trabajo en una obra que sobrepasa infinitamente mi capacidad. La he emprendido por tu amor y por el amor de tu dignísima Madre, apoyado en la confianza que tengo en el Hijo y en la caridad de la Madre. Tú sabes, Salvador mío, que solo pretendo agradarte y rendir a ti y a tu divina Madre un pequeño tributo de gratitud por las misericordias que he recibido de tu Corazón paternal, por intermediación de su benignísimo Corazón. Ves igualmente que de mí mismo solo soy un abismo de indignidad, de incapacidad, de tinieblas, de ignorancia y de pecado. Por ello, renuncio de todo corazón a todo lo mío; me doy a tu divino espíritu y a tu santa luz; me entrego al amor inmenso que profesas a tu amadísima Madre; me doy al celo ardentísimo que tienes por su gloria y su honor. Toma posesión de mi entendimiento y anímallo; ilumina mis tinieblas; enciende mi corazón; conduce mi mano; dirige mi pluma; bendice mi trabajo y que te plazca servirte de él para el acrecentamiento de tu gloria y del honor de tu bendiga Madre; imprime

finalmente en los corazones de los que van a leer este libro verdadera devoción a su amabilísimo Corazón.

CAPÍTULO III

El Corazón corporal de la santísima Madre de Dios

Para que puedas conocer mejor el Corazón sensible y corporal de la bienaventurada Virgen te es menester considerar algo de las excelencias de su santo cuerpo del que el corazón es la parte principal. Te diré que así como no hay nada que no sea admirable y grande en Jesús, asimismo nada hay en la Madre de Jesús que no esté lleno de grandezas y maravillas. Cuanto hay en la humanidad sagrada de Jesús es deificado y elevado a dignidad infinita por su unión a la divinidad. Cuanto hay en María está ennoblecido y santificado hasta un punto inconcebible por su divina maternidad. No existe en el cuerpo sagrado del Hombre-Dios parte alguna que no sea digna de eterna admiración de parte de los hombres y los ángeles. Nada hay en el cuerpo virginal de la Madre de Dios que no merezca las alabanzas inmortales de todas las criaturas.

Es cierto lo que afirma san Pablo que *no somos deudores en forma alguna de la carne y de la sangre (Ro 7, 12); que quienes viven según los sentimientos de la carne y de la sangre perecerán y morirán de muerte eterna (Ro 8, 13); que la prudencia de la carne es la peste y la muerte del alma (Ro 8, 6); que la sabiduría de la carne es enemiga de Dios (Ro 8, 7); que los hijos de la carne no son hijos de Dios (Ro 9, 8); que la carne y la sangre jamás poseerán el reino de Dios (1 Co 15, 50); que no existe en nuestro cuerpo bien alguno sino toda clase de mal; que es un cuerpo de muerte (Ro 7, 24); y carne de pecado (Ro 8, 3); y que cuantos pertenecen a Jesús crucificaron su carne con todos sus vicios y todas sus inclinaciones perversas (Ga 5, 24).*

Entre más debemos menospreciar y mortificar este cuerpo de muerte y esta carne de pecado, cloaca inmunda, masa corrupta, basurero hediondo e infierno abominable, tanto más debemos respetar y honrar el purísimo y santo cuerpo de la Madre del Redentor por las excelentes maravillas de que está dotado, entre las que destaco cinco principales que son y serán eternamente objeto de la veneración de los espíritus bienaventurados.

La primera es el haber sido formado en las benditas entrañas de santa Ana no por las vías naturales de la naturaleza sino por intervención poderosa de Dios, puesto que la concepción inmaculada de la santísima Virgen no se hizo, ni en el orden de la naturaleza ni en el de la gracia, sino por especial milagro. Es posible, en efecto decir, que ha sido obra de la mano del Espíritu Santo y es fruto del Altísimo. De donde se sigue que, con excepción del cuerpo deificado de Jesucristo Nuestro Señor, no ha habido ni habrá nunca en la tierra ningún cuerpo que esté dotado de toda clase de cualidades ventajosas como le es el cuerpo sagrado de su purísima Madre. Puesto que habiéndolo formado Dios por su propia mano y para los más altos designios de su eterno consejo, ¿quién podría dudar que no estuviera adornado de las cualidades adecuadas al fin nobilísimo al que estaba destinado y a las funciones divinísimas en las que sería empleado? ¿Quieres considerar algo de las singulares perfecciones de este santo cuerpo de la Virgen de vírgenes? Escucha lo que dicen los santos Padres y los historiadores eclesiásticos. San Epifanio, Nicéforo Calixto y varios otros lo describen así:

En su cuerpo estaba dotada de las cualidades requeridas para una soberana belleza. Su estatura no era ni demasiado alta ni demasiado pequeña, sino mediana, o mejor, rica, al decir de algunos. De rostro hermoso y de porte agradable; su frente tersa y refinada; de tamaño mediano y proporcionado; su color blanco y rosado, tirando un poco a pardo; su rostro más largo que redondo; sus cabellos rubios con tendencia a opacos; sus ojos zarcos y brillantes; sus cejas negras y suavemente redondeadas; su nariz recta y bien proporcionada; sus labios rosados y llenos, los inferiores un poco más elevados que los superiores; su boca llena de dulzura y afabilidad; sus dientes blancos, nítidos, derechos e iguales; su mentón gracioso, con un hoyuelo en medio; su mirada dulce, humilde y benigna; su faz sin afeites, llena de sencillez, de pudor y bondad; sus manos sueltas y bien formadas; su andar modesto y mesurado, acompañado de recato, con la cabeza un poco inclinada al caminar, como virgen humilde y pudorosa; su voz argentina, dulce, casta y graciosa. Toda su compostura exterior estaba llena de majestuosa benignidad. En una palabra, era imagen viviente de pudor, humildad, mortificación, modestia y demás virtudes. Su vestido limpio y aseado, siempre modesto, sin ostentación, con solo el color de la lana; su manto de color celeste. Sus costumbres eran muy santas y su conversación mezclada de dulzura y seriedad, de humildad y

caridad, lo que le atraía amor y respeto de parte de cuantos la trataban; amaba el silencio, hablaba poco y raramente, y no se dejaba llevar nunca de movimientos de cólera ni impaciencia, sin risas inmoderadas; jamás pronunciaba palabras ociosas.

Nicéforo en su Historia describe así a la bienaventurada Virgen. San Epifanio, sacerdote de Jerusalén, afirma, que luego de haber investigado cuidadosamente en todos los autores griegos antiguos, que se ocuparon de la vida y de las costumbres de la Madre de Dios, retiene lo que les pareció más cierto.

Oigamos ahora a otros santos Padres: "Eres del todo hermosa, Virgen de vírgenes, dice san Agustín; eres del todo encantadora, inmaculada, luminosa, gloriosa, adornada de toda perfección, enriquecida con toda santidad, eres santa y pura, *incluido tu cuerpo*, por encima de todas las Virtudes angélicas".

San Jorge, arzobispo de Nicodemia, proclama: "Oh soberana belleza entre todas las bellezas, oh Madre de Dios, eres el ornato y la corona de cuanto hay de hermoso y de resplandeciente en el universo".

Y san Anselmo exclama: "Virgen santa, eres tan soberanamente bella y tan perfectamente admirable que embrujas los ojos y arrebatas los corazones de cuanto te contemplan".

La segunda excelencia del cuerpo virginal de la Reina del cielo consiste en que fue formado expresamente por Nuestro Señor Jesucristo, y que solo él lo hizo. El cielo fue hecho para ser morada de los ángeles y de los santos; pero el cuerpo bienaventurado de María es un cielo hecho solo para ser morada del Rey de los ángeles y del Santo de los santos. Tu sangre purísima, oh divina Virgen, fue hecha solo para ser la materia del Corazón admirable de Jesús; tu sagrado vientre para que lo albergara por nueve meses; tus pechos benditos para alimentarlo; tus brazos santos para llevarlo; tu seno y tu pecho virginal para que en él reposara; tus ojos para mirarlo y para regarlo con tus lágrimas de amor y de dolor; tus oídos para escuchar sus divinas palabras; tu cerebro para dedicarse a la contemplación de su vida y de sus misterios; tus pies para acompañarlo en Egipto, en Nazaret, en Jerusalén, en el calvario y en los lugares donde estuvo; tu Corazón divino para amarlo y para amar todo lo que él ama.

La tercera excelencia del sagrado cuerpo de la Madre admirable está en que es animado por el alma más santa que ha existido, aparte el alma adorable de Jesús. Es dable afirmar, en efecto, que los órganos de

este santo cuerpo sirvieron para las más santas y excelentes funciones que puede haber, después de las del alma deificada del Hijo de Dios.

Escucho al gran apóstol san Pablo que afirma que, por su vida o por su muerte, Jesucristo será siempre glorificado en su cuerpo (Fp 1, 20). Si Jesucristo es glorificado en el cuerpo de un apóstol, que confiesa ser cuerpo pecador y mortal, con cuanta mayor razón recibe gloria en el cuerpo de su divina Madre, que es fuente de vida inmortal, en el que el pecado jamás ha tenido parte, pues fue santificado en el momento de su inmaculada Concepción. Por eso es llamado por el apóstol Santiago, llamado hermano del Señor, en su liturgia: *Virgen santísima e inmaculada, siempre bienaventurada y totalmente irreprochable*.

La cuarta excelencia del sagrado cuerpo de la Madre del Santo de los santos consiste en que cumplió perfectamente el mandato que Dios da a su apóstol con estas palabras: *Glorifiquen y lleven siempre a Dios en su cuerpo* (1 Co 6, 20), mandato que empezó a cumplir antes que estas palabras fueran pronunciadas.

El Espíritu Santo, queriendo hacer conocer a todos los cristianos que la voluntad de Dios es que sean santos, no solo en sus almas sino también en sus cuerpos, en los que lo deben llevar y glorificar, les anuncia por san Pablo:

“Que deben ser, de cuerpo y alma, vasos de honor y de santidad, útiles para el servicio del soberano Señor de todo, y dispuestos para toda obra buena (2 Tm 2, 21).

“Que sus miembros deben ser armas de justicia y santidad en la mano de Dios, de los que él puede servirse para combatir y vencer a su adversario que es el pecado, y para santificarlos (Ro 6, 19).

“Que sus cuerpos deben ser hostias vivas, santas y agradables a Dios, dignas de ser inmoladas a la gloria de la divina majestad (Ro 12, 1).

“Que dichos cuerpos deben ser templos del Dios vivo (2 Co 6, 16).

“Que son miembros de Jesucristo, huesos de sus huesos, carne de su carne, porción de él mismo y como sus santas reliquias; por tanto deben estar animados de su espíritu, vivientes de su vida y revestidos de su santidad; el Hijo de Dios no solo debe vivir en sus almas sino también en sus cuerpos; su vida debe ser vista en nuestra carne mortal, según la divina palabra” (2 Co 6, 15; 4, 10-11).

Por consiguiente, si un cuerpo mortal y una carne pecadora, como son los nuestros, están obligados a llevar todas sus cualidades y a estar

adornados de tan gran santidad, ¿quién puede dudar que el cuerpo virginal de la Madre de Dios no las haya poseído en sublime perfección y haya gozado de sus efectos en altísimo grado?

¿No es verdad que este bienaventurado cuerpo es el vaso más puro y útil para la gloria de quien lo hizo; y el más colmado de buenas obras que jamás ha existido?

¿No es cierto que, aparte la víctima adorable inmolada en la cruz, nunca se ha ofrecido a Dios nada más santo que el purísimo cuerpo de la Reina de los santos?

¿No es verdad que es el más augusto y digno de todos los templos de la divinidad, después del cuerpo sacratísimo del Hijo de Dios?

¿No es cierto que es el primero y más noble de los miembros del cuerpo místico de Jesús?

¿Quién podrá decir cuánto lustre y ornato recibe la casa de Dios de este precioso y admirable vaso? ¿Quién puede pensar cuánta gloria recibe la santísima Trinidad de este santo templo y del sacrificio de esta hostia incomparable?

¿Quién puede dudar que el espíritu de Jesús no esté plenamente viviente en todas las partes del cuerpo de su divina Madre, con la vida más noble y perfecta de todas las vidas, como en el más noble y excelente de todos sus miembros? ¿Quién puede poner en duda que este sagrado cuerpo no esté más animado, poseído y conducido por ese mismo espíritu que por su propia alma? ¿Quién no afirmará que Dios reciba más honra en este cuerpo de la Virgen Madre que en todos los cuerpos y espíritus de los mayores santos que hay en cielo y tierra? ¿Finalmente, quién duda que esta Virgen fidelísima no haya glorificado a Dios en su cuerpo en todas las formas posibles?

Lo glorificó con la práctica de lo que dice san Pablo, mucho antes de que él lo escribiera: *Mortifiquen sus miembros* (Col 3, 5). Lo mortificó con sus ayunos, abstinencias y otras penitencias, y por total privación de los deleites de la naturaleza. Jamás bebió, ni comió, ni durmió, ni tomó algún pasatiempo para satisfacción de sus sentidos sino por necesidad, y para obedecer a la divina voluntad que reinaba perfectamente en su alma y en su cuerpo y la conducía en todo.

Lo glorificó por el uso santo que hizo de sus miembros y sentimientos. Sólo los empleó para gloria de Dios y conforme a su santa voluntad. Lo glorificó por el ejercicio continuo de toda clase de virtudes

que reinaban no solamente en su alma sino también en los sentidos y los miembros de su cuerpo.

“La hubieras visto, siempre gozosa en los sufrimientos, dice san Ignacio mártir, fuerte en las aflicciones, feliz en la pobreza, dispuesta a servir a todos, incluso a quienes la afligían, sin manifestarles jamás alguna frialdad. Era moderada en la prosperidad, siempre tranquila y ecuánime. Estaba llena de compasión con los afligidos, valiente para oponerse a los vicios, constante en sus tareas, infatigable en sus labores, invencible en la defensa de la religión”.

San Juan Damasceno comenta: “¿Qué lenguaje podría usar para ponderar el decoro de su andar, la honestidad de su vestir, el encanto de su rostro? Tu vestido, Virgen santa, era muy modesto, tu andar discreto y recatado, muy alejado de toda ligereza; tu conversación era dulcemente prudente y prudentemente dulce; te alejabas por entero de frecuentar hombres; eras muy obediente y humilde, no obstante tus altas contemplaciones; en una palabra fuiste siempre morada de la Divinidad”.

Así la bienaventurada Virgen llevó y glorificó a Dios en su cuerpo; que sea alabada y glorificada por siempre por todos los cuerpos y los espíritus que pueblan el universo.

La quinta excelencia de este nobilísimo cuerpo está expresada en estas divinas palabras que la Iglesia venera hasta el punto que jamás las pronuncia sin hincar la rodilla en el suelo; palabras que colman de gozo el cielo, de consuelo la tierra y de horror el infierno; palabras que son fundamento de nuestra religión y fuente de nuestra salvación eterna: *El Verbo se hizo carne* (Jn 1, 14). ¿Cuál es esa carne de que aquí se habla con tantísimo respeto? Es la purísima carne de la Virgen Madre, hasta tal punto honrada por el Verbo eterno que se unió personalmente a ella y la hizo su propia carne; es posible decir con san Agustín que la carne de María es la carne de Jesús, y que la carne de Jesús es la carne de María⁷. ¡Oh dignidad incompresible de la carne de María, oh excelencia admirable de su cuerpo virginal! ¿Qué veneración se debe a un cuerpo dotado de tan extraordinarias perfecciones; qué honor merece un cuerpo que Dios ha honrado tanto?

Sección primera

⁷ Sermón de la Asunción

Alabanzas que el Espíritu Santo, el Hijo de Dios y diversos santos tributan a los santos miembros del sagrado cuerpo de la bienaventurada Virgen.

Ciertamente es preciso decir que el cuerpo venerable de la Madre de Dios es maravillosamente digno y elevado, y que nada hay en ella que no sea digno de gran honor. El mismo Espíritu Santo se encarga de hacer en el Cantar de los cantares el panegírico, no solo de las perfecciones de su alma, sino de las excelencias de las diversas partes de su cuerpo: de su cabeza, de sus cabellos y sus ojos; de su nariz, de su boca de su lengua y de sus labios; de sus mejillas y su cuello; de sus senos y de sus pies; se ocupa incluso de mínimos detalles como son sus cabellos, su cuello dando a cada uno particular alabanza.

Sé muy bien que estas alabanzas se dirigen en especial a las perfecciones del alma de la preciosa Virgen, escondidas en su interior. Pero también se dirigen a las de su cuerpo, visibles en el exterior; éstas son solo figura de aquellas. Sé asimismo que esto no impide que las externas y corporales merecen dichos elogios dados por el Espíritu Santo, por las razones aducidas en el la sección precedente.

No debemos perder las huellas de este adorable Espíritu que nos ha sido enviado desde el cielo para ser nuestra luz y nuestro guía. Varios santos Padre y señalados doctores, entrando en este campo, escribieron y publicaron, con elevadas palabras, las alabanzas del sagrado cuerpo de la Madre del Salvador, y de sus miembros.

Escuchamos ya a san Juan Damasceno. Oigamos ahora a un excelente autor que es tan sabio como santo. Se trata de Ricardo de San Lorenzo, penitenciario de la célebre iglesia de Ruan, floreciente hace cuatro siglos. En el libro segundo, de los doce tomos que escribió en alabanza de la bienaventurada Virgen nos hace ver que estamos obligados de honrar de modo especial todos los miembros y sentimientos de su cuerpo virginal pues fueron empleados en servir a nuestro adorable Salvador en su paso por este mundo. Cooperó así en la obra de nuestra redención. Este santo doctor dice bellos elogios sobre este punto, que pueden leerse en su libro.

Pero nada más bello que lo que el Doctor de los doctores y el Santo de los santos, Jesucristo Señor nuestro, dijo al respecto. Es propio del Hijo único de María elogiar dignamente a su bendita Madre, por todos los miembros sagrados de su purísimo cuerpo y por todas las

perfecciones de su alma santa, resaltadas por las excelencias de su cuerpo, como vamos a ver en las palabras de santa Brígida, aprobadas por los Papas Urbano VI, Bonifacio IX y Martín V, y por dos concilios generales, el de Constancia y el de Basilea. Estas son sus palabras:

"Llevo la corona de Rey por mi divinidad sin comienzo ni fin. Esa corona sin principio ni fin significa mi poder que no ha tenido comienzo ni fin jamás. Pero tengo otra corona que contemplo en mí y yo mismo soy esta corona. Es la corona preparada para quien me ame de todo corazón. Eres tú, mi dulcísima Madre, quien te has atraído esta divina corona por justicia y amor. Todos los ángeles y los santos rinden testimonio de que tu amor ha sido más ardiente hacia mí y que tu castidad ha sido más pura que todo otro amor y castidad.

"Tu preciosa cabeza ha sido oro puro y brillante y tus cabellos rayos de sol, pues tu purísima virginidad, que en ti es la reina de todas las demás virtudes, ha ahogado todos los desvíos de la sensualidad, y unida a una muy profunda humildad, ha fulgurado maravillosamente ante mí, y ha sido de todo mi agrado. Con todo derecho eres llamada Reina y ciñes una corona que te confiere autoridad soberana sobre todas las criaturas. Tu incomparable pureza te da la calidad de Reina y tu eminente dignidad ciñe tu cabeza con corona imperial.

"Tu angélica frente estaba adornada de blancura sin igual. Significaba el pudor de tu alma santa que lleva en sí la plenitud de la más alta ciencia y la dulzura de la más profunda sabiduría.

"Tus púdicos ojos eran tan luminosos ante mi Padre que se miraba en ellos como en un espejo. Leía en los ojos de tu alma que solo lo querías a él y que nada deseabas sino su adorable voluntad.

"Tus benditos oídos eran puros y santos, sobre todo cuando los abriste a la voz del arcángel Gabriel, cuando te declaró mis designios, y que yo, que soy Dios, me hice carne en ti.

"Tus castísimas mejillas eran embellecidas de un tinte hermosísimo, blanco y rosado; tus acciones loables y la hermosura luminosa de tus santas costumbres me dieron contento indecible. Mi Padre recibía tanto resplandor de tu actuar que jamás apartó su mirada de ti; y por el amor que te tenía y que tú le tenías, su amor y sus gracias se derramaron sobre todos.

"Tu divina boca ha sido siempre lámpara ardiente y brillante en el interior y resplandeciente al exterior pues tus palabras y afectos fueron ardientes en el interior y resplandecientes al exterior por la muy loable

disposición de tus acciones exteriores y por la hermosa integración de todas tus virtudes. En verdad, mi amadísima Madre, la palabra de tu boca atrajo hacia ti mi divinidad y el fervor de tu divina dulzura no me permitía separarme de ti, pues tus palabras son más dulces que la miel.

"Tu cuello sagrado es recto y elevado en forma muy noble y bella. La justicia y la santidad de tu alma la mantiene siempre dirigida hacia mí de modo que jamás se ha inclinado a mal alguno. Y como el cuello no ejecuta ningún movimiento si no lo recibe de la cabeza, así todas tus intenciones y acciones no se movían sino de acuerdo a mi divina voluntad.

"Tu bienaventurado pecho ha estado colmado de todas las virtudes de modo que no hay ningún bien en mí que no esté en ti; atrajiste hacia ti toda clase de bien por la dulzura de tus costumbres, cuando tuve a bien que entrara en ti, y que mi humanidad hiciera morada en ti y se alimentara en tu santo seno.

"Tus santos brazos estuvieron adornados de excelente belleza por el resplandor de tu obediencia y por el sufrimiento de tus trabajos. Por eso, tus manos fueron dignas de acariciar mi divina humanidad, y yo, que soy Dios, reposé entre tus brazos.

"Tu vientre virginal fue purísimo, como marfil y vaso enriquecido de piedras preciosas, porque la fuerza de tu conciencia y el fervor de tu fe jamás se debilitó ni se entibió ni siquiera en medio de las mayores tribulaciones. Los muros de este vientre sagrado, es decir, de tu fe, fueron oro brillantísimo, como lo manifiestan la excelencia de tu prudencia, de tu justicia, de tu fortaleza, de tu templanza y de las demás virtudes que recibieron su perfección de tu eminente caridad.

"Tus sagrados pies eran purísimos, embalsamados del dulce aroma de variadas yerbas fragantes. Tu esperanza y todos los afectos de tu alma eran intachables ante mí, que soy tu Dios, y emanaban aroma agradabilísimo por tu buen ejemplo, capaz de atraer a todo el mundo a tu imitación.

"Finalmente, tus entrañas purísimas me fueron tan agradables y las virtudes de tu alma tan encañadoras, que habiendo descendido de lo más alto del cielo, no solo no te desdeñé sino que encontré mi mayor contento en hacer mi morada en ti. Por eso, Madre amadísima, esta corona, que soy yo mismo, tu Dios, deseoso de hacerme hombre, no puede ser puesta en cabeza distinta de la tuya pues eres en verdad Virgen y Madre, emperatriz soberana de todos los reinos".

Estos son los maravillosos elogios que Nuestro Señor rinde a los sentidos y a los miembros sagrados del cuerpo virginal de su preciosísima Madre, para enseñarnos que nada hay en ella que no sea digno de la veneración de todas las criaturas, pues el mismo Creador la exaltó de tal manera.

Sección II

El Hijo de Dios no se contenta con cantar él mismo las alabanzas de los sagrados miembros del santo cuerpo de su gloriosa Madre sino que ha inspirado esta devoción a sus santos, como lo hemos visto en las dos secciones anteriores y como lo veremos todavía en seguida.

Este era uno de los ejercicios piadosos del bienaventurado Herman de la Orden de san Domingo, uno de sus primeros hijos y compañero de san Jacinto. Todos ellos mostraban ternuras extraordinarias a su divina Madre. Escuchemos las alabanzas que daban diariamente a los benditos miembros de la Madre de toda bendición.

"Bendito sea tu vientre virginal, Virgen gloriosa, en el que toda la gloria y grandeza del cielo estuvo alojado por espacio de nueve meses.

"Bendito sea tu Corazón amabilísimo, santuario de todos los misterios de nuestra santa religión.

"Benditos sean tus castos senos que alimentaron al que todo alimenta.

"Benditas sean tus manos santas que tantas veces vistieron al Creador del universo.

"Benditos tus brazos sagrados que sostuvieron a quien todo lo sustenta por su divino poder.

"Bendito tu regazo virginal en el que descansó el que es el reposo eterno de los bienaventurados.

"Bendita tu divina boca que tuvo a menudo la dicha de tocar los adorables labios en los que reposa la Divinidad.

"Benditos sean los demás miembros de tu santo cuerpo por el cual la maldición fue aniquilada y nos vino la bendición.

Entre estas bendiciones, este divino niño de la Madre del amor hermoso tenía especial contento y se regocijaba con ella por los gozos

que ella había recibido en cada una de las acciones señaladas en las dichas bendiciones; luego él pasaba a las virtudes interiores que ella había practicado en esas mismas acciones.

“Bendita sea, decía él, Virgen santa, tu divina fe; bendita tu admirable confianza; bendita tu ardiente caridad; bendita tu profundísima humildad; bendita tu inmaculada pureza; bendita tu modestia angelical; bendita sea tu fortaleza invencible”.

De esta manera bendecía las demás virtudes de la Madre de las virtudes y se regocijaba porque las poseía todas en eminente grado y por haber dado gloria soberana y contento inefable a la Trinidad santa por practicarlas perfectamente.

A cada bendición añadía la salutación angélica y terminaba con estas devotas palabras: *Jesús bondadosísimo, dignate concederme que con mis palabras alabe, con mi corazón admire y con mi imitación siga a tu santísima madre que es también madre mía, hermosa por encima de todas las criaturas*

Este piadoso ejercicio del venerable Herman dirigido a la reina del cielo le atrajo de la Madre de gracia que lo colmara de favores imposibles de expresar. Entre ellos, el don de anunciar la palabra de Dios con mucha eficacia habiéndolo curado milagrosamente de un habla torpe y tartamudeante y habiéndole abierto el entendimiento para entender las Sagradas Escrituras; es difícil ponderar los frutos que obtuvo con sus predicaciones fervorosas en Alemania, su patria, y en Polonia a donde fue enviado con san Jacinto por su bienaventurado padre santo Domingo.

Este beato Herman, muy amado de la Madre de Dios, no es el único que Nuestro Señor ha invitado a alabar y bendecir los santos miembros de su venerable cuerpo. Añado otras bendiciones semejantes, contenidas en la siguiente oración inspirada por él a santa Brígida. Figura en sus libros impresos en latín y encabezan el último libro de sus obras.

Sección III

Oración inspirada divinamente a santa Brígida. En ella todos los santos miembros del cuerpo sagrado de la Madre Virgen y los usos santos que hizo de ellos son alabados y honrados de excelente manera.

“Mi muy venerada Señora y vida mía amadísima, Reina del cielo y Madre de mi Dios, a pesar de que estoy segura de que todos los habitantes del cielo se ocupan en cantar incesantemente, con maravillosa alegría, las alabanzas de tu cuerpo glorioso y de que sé que soy indigna de pensar en ti, deseo sin embargo con todo mi corazón, alabar y bendecir en cuanto me es posible todos tus preciosos miembros.

“Para empezar, sacratísima Virgen María, mi Señora muy venerada, bendita sea por siempre tu sagrada cabeza, coronada de gloria inmortal, infinitamente más brillante que el sol; bendita sea tu cabellera hermosa de rayos lucientes como los rayos del sol, pues representan tus divinas virtudes, imposibles de contar como los cabellos de tu cabeza.

“Virgen santa, mi muy venerada Señora, bendito sea tu rostro lleno de modestia, más blanco y más resplandeciente que la luna; jamás tus fieles te han contemplado, en este mundo tenebroso, sin sentir inmenso consuelo espiritual.

“Sacratísima Virgen María, mi amadísima Matrona, benditas tus cejas, benditos tus párpados, más relucientes que los rayos del sol.

“Benditos tus ojos pudorosos que jamás ambicionaron lo transitorio que vieron en este mundo. Por el contrario, cuando los levantabas al cielo, tus miradas superaban la claridad de las estrellas ante la corte celestial.

“Sacratísima Virgen María, mi Dama soberana, benditas tus bienaventuradas mejillas, más blancas y rosadas que la aurora. Como ella se adorna al despertar de un blanco y de un rosado espléndidos, así, mientras pasaste por este mundo, tus castísimas mejillas, adornadas de maravillosa belleza, brillaban a los ojos de Dios y de los ángeles, pues ni la vanagloria ni las galas mundanas las adornaron.

“María amabilísima, mi queridísima Matrona, tus purísimos oídos sean benditos y honrados eternamente pues estuvieron cerrados a toda palabra mundana que pudiera profanarlos.

“Virgen santa, divina María, mi soberana Señora, sea bendita y glorificada por siempre tu nariz; todas sus respiraciones estuvieron acompañadas de otros tantos suspiros de tu Corazón y de elevaciones de tu espíritu hacia Dios, incluso mientras dormías. Que tu olfato santos esté lleno de suavísimo aroma de toda clase de alabanzas y bendiciones

mayores que las yerbas más perfumadas y las más agradables fragancias.

“Virgen sagrada, divina María, mi santísima Señora, alabada sea infinitas veces tu bendita lengua, infinitamente más agradable a Dios y a los ángeles que todos los árboles frutales. Jamás pronunció palabra que hiriera a alguien y todas las que profirió trajeron bien a su prójimo. Todas sus palabras estaban sazonadas con gran dulzura y sabiduría, deliciosas al gusto y placenteras al oído.

“Virgen preciosísima y divina María, mi Reina y soberana, bendita sea por siempre tu digna boca junto con sus labios, más bellos que todas las rosas y flores gratas a la vista; especialmente por aquella bendita y humilde palabra que salió de ellos para responder al ángel que te fue enviado de parte del cielo cuando Dios quiso cumplir por tu medio en el mundo el designio del misterio de la encarnación, predicho mucho antes por los profetas. En virtud de esta santa palabra redujiste el poder de los demonios en el infierno y reparaste los coros angélicos en el cielo.

“María, Virgen de las vírgenes, mi Reina y mi único consuelo después de Dios, que tu sagrado cuello, tus hombros y tus castos riñones sean honrados y alabados por siempre, más blancos que todos los lirios, pues jamás hiciste uso de estos santos miembros que no fuera para el honor de Dios y la caridad del prójimo. Así como el lirio se mece al soplo del viento tus sagrados miembros se movían y obraban por el impulso y la guía de Espíritu Santo.

“Princesa mía, mi fortaleza y mis delicias, de todo corazón bendigo tus santos brazos, tus sagrados dedos y tus purísimas manos, adornados con tantas piedras preciosas como acciones hicieron; como atrajiste fuertemente hacia ti al Hijo de Dios por la santidad de tus obras así tus brazos y tus manos lo abrazaron estrechamente por encima de lo imaginable, con corazón y amor de Madre ardentísima.

“Reina de mi corazón y luz de mis ojos, bendigo y glorifico con todo mi afecto tus sagrados senos, fuentes de agua viva, o mejor, de leche y miel, que alimentaron y dieron vida al Creador y a las criaturas, y que nos proporcionan continuamente los remedios convenientes para nuestros males y nos refrescan en nuestras aflicciones.

“María, Virgen bienaventurada, gloriosísima Reina mía, bendito sea tu sagrado pecho, más puro que oro fino, pues oprimido en el lagar de los dolores acerbísimos que padeciste cuando estabas en el Calvario y escuchabas los golpes de martillo que los verdugos daban a los clavos

para enterrarlos en las manos y los pies de tu hijo amadísimo. Pero, a pesar de que lo amabas ardientemente, preferiste sin embargo que sufriera este suplicio y verlo morir para la salvación de las almas, en lugar de que fuera eximido de los tormentos y verlo vivir, mientras las almas quedaban en la muerte y en la perdición eterna. Permaneciste firme y constante en medio de los tormentos y en total conformidad con la voluntad divina.

“Virgen incomparable, María amabilísima, vida y gozo de mi corazón, reverencio, amo y glorifico, con todas las facultades de mi alma, tu dignísimo Corazón, inflamado en el celo ardentísimo de la gloria de Dios; las llamas celestes de tu amor que subían hasta el Corazón del Padre eterno atrajeron a su Hijo único, con el fuego del Espíritu Santo, a tus purísimas entrañas, permaneciendo siempre sin embargo en el seno de su Padre.

“María, mi muy honorable Señora, Virgen purísima y fecunda al tiempo, honor y bendición eterna se den a tus bienaventuradas entrañas que dieron un fruto admirable, que da gloria infinita a Dios, gozo increíble a los ángeles y vida eterna a los hombres.

“Virgen prudente, mi soberana Señora, alabanza eterna a tus pies sagrados que llevaron al Hijo de Dios y Rey de la gloria mientras estuvo encerrado en tu vientre virginal. Qué hermoso contemplar la modestia, majestad y santidad con que caminabas en la tierra. No dabas un paso que no diera contento singular al Rey del cielo y no llenara de gozo a toda la corte celeste.

“Admirable María, Virgen divina, Madre amadísima, adoro, alabo y glorifico contigo, en cuanto me es posible, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, en su majestad incomprensible, por todos los favores que ha dispensado a tu santo cuerpo que fue grata morada de quien es alabado por los ángeles en el cielo y por la iglesia en la tierra.

“Honor eterno, alabanza perpetua, bendición, gloria y acción de gracias, a ti, mi Señor, mi Rey y mi Dios, que creaste esta noble y purísima Virgen y la hiciste digna de ser tu Madre; por los gozos de que has colmado por su medio a los ángeles y santos que habitan el cielo; por las gracias que derramaste sobre los hombres en la tierra y por los consuelos que has dado a las almas que sufren en el purgatorio”.

De esta manera Nuestro Señor Jesucristo honra por sí mismo y por sus santos todas las facultades, no solo del alma sino también del cuerpo, de su gloriosa Madre. Derivo una consecuencia muy importante

y provechosa respecto del Corazón augusto de esta Madre de amor. Será tema de la sección siguiente, luego de haber tenido en cuenta, querido lector, que vas a encontrar más adelante diversos elogios y bendiciones como las precedentes en honor de los miembros sagrados de todos los sentidos interiores y exteriores de la Reina del Cielo.

Sección IV

El Corazón corporal de la bienaventurada Virgen merece honor particular como la más noble parte de su santo cuerpo.

¿Qué razón tienes para pensar, querido lector, que me he extendido mucho en la consideración de las excelencias de los santos miembros del cuerpo virginal de la Madre de Dios y sobre la veneración que les es debida? Lo he hecho para imprimir alta estima en tu espíritu y devoción especial en tu corazón, al divino Corazón de nuestra Madre admirable como consecuencia ineludible de todo lo dicho. En efecto, ya que el Espíritu Santo, el Hijo de Dios y sus santos celebran tan altamente las alabanzas de los miembros sagrados del santo cuerpo de la Madre del Salvador, ¿no se sigue como consecuencia infalible que su bienaventurado Corazón, la primera y más digna porción de su cuerpo, merece veneración muy particular? ¿No debemos entrar en los sentimientos de nuestra Cabeza Jesús y seguir el ejemplo que nos da? Si el Hijo mayor de María, que ha querido ser nuestra Cabeza y nuestro hermano, demuestra tanto celo en honrar los mínimos detalles que hay en lo exterior de su dignísima Madre de amor, ¿quién tendrá por inapropiado que los demás hijos de esta Madre de amor, siguiendo el espíritu de su Cabeza e imitando el ejemplo de su hermano mayor, rindan honor especial a su Corazón maternal y celebren fiesta especial con la autorización de la santa Iglesia?

¿Dirías que si se celebra esta fiesta, se debería hacer lo mismo con su cabeza, sus ojos, sus manos y sus pies? Con todo no es consecuencia lógica.

Dime, te ruego, ¿no es cierto que todas las llagas que nuestro Redentor recibió en su santo cuerpo en el tiempo de su Pasión son adorables y merecen ser adoradas incesantemente por todos los habitantes de la tierra y del cielo? Sin embargo la devoción de los fieles se detienen principalmente en las cinco llagas de sus manos, de sus pies

y de su costado y la Iglesia celebra fiesta en diversos lugares en honor de estas y no de las otras.

¿No es cierto que todos los pensamientos, palabras, acciones, mortificaciones de este divino Salvador, y todos los santos usos que hizo de todas las partes de su cuerpo y de su alma son de mérito infinito y son dignos de otras tantas solemnidades continuas y eternas? Sin embargo la Iglesia no solemniza sino un pequeño número de sus más señaladas acciones y misterios de su vida.

¿No sabes que todos los santos miembros de su cuerpo místico que están en el cielo, cuyo número es incalculable, son dignos de tal veneración que no hay ni siquiera uno que no mereciera que se le hiciera acá en la tierra una fiesta especial para su alabanza, y que sin embargo solo de los principales y más destacados se celebra solemnemente su memoria?

¿Ignoras que la gloriosa Reina del cielo hizo innumerables y santas acciones durante su vida mortal, que son motivo de alabanza de los ángeles y los santos y serían dignas de tener en la tierra días especiales consagrados a su honor, y sin embargo solo de algunas más notables, como su presentación en el templo, su visita a santa Isabel y su purificación, se celebra memoria especial?

Ten en cuenta que no hay nada que no sea digno de consideración en esta gran Princesa, tanto interna como externamente. Debes saber que todo en ella es muy señalado y digno por tanto de honor, merecedor de que el cielo y la tierra lo celebren solemnemente, pues la dignidad de Madre de Dios, en cierto modo infinita, da excelencia infinita a todo lo que le pertenece.

Por tanto, su Corazón virginal, incluido su corazón corporal, merece especialísima veneración por las sublimes excelencias de que está dotado, y por otras consideraciones que voy a hacer luego. Celebrar, pues, fiesta especial en su honor no quiere decir que las otras partes de su cuerpo no lo merezcan.

Si el Hijo de Dios aprecia hasta los mínimos detalles de sus servidores y les asegura que los cabellos de su cabeza están contados y ni uno solo perece, y coronará de gloria inmortal las mínimas acciones que hagan en su servicio, ¿cuánto honor y gloria quiere él que se rinda al Corazón incomparable de su preciosísima Madre?

Sección V

*Otras prerrogativas del Corazón corporal de la santa Virgen
dignas de particular veneración*

Cinco prerrogativas del Corazón corporal de nuestra Madre admirable que la hacen digna de veneración de los ángeles y de los hombres;

La primera consiste en que es el principio de la vida de esta Madre divina. Es principio de todas las funciones de su vida corporal y sensible, vida del todo santa en sí misma y en sus usos. De la vida de aquella que dio nacimiento al Hijo de Dios; de la vida de la Reina del cielo y de la tierra; de la vida de la mujer por quien Dios dio la vida a todos los hijos de Adán, sumidos en el abismo de la muerte eterna; de vida tan noble, digna y santa, la más preciosa a los ojos de Dios que todas las vidas de los hombres y de los ángeles.

La segunda prerrogativa de esta santo Corazón es que preparó y dio la sangre virginal de la que el sagrado cuerpo del Hombre-Dios fue formado en las entrañas de su preciosa Madre. Observa, por favor, que no digo que Nuestro Señor Jesús haya sido formado, al encarnarse, en el Corazón de su Madre. Es un error mencionado por el cardenal Cayetano, como surgido en su tiempo, y que fue muy pronto condenado y sofocado como pernicioso herejía, directamente contraria a las palabras del ángel: *Concebirás en tu vientre* (Lc 1, 31). Esta opinión destruía la divina maternidad de nuestra Reina pues si ella no hubiera concebido al Hijo de Dios en su vientre virginal no sería verdaderamente su Madre. Lo que afirmo es que su Corazón preparó y proporcionó la sangre de que fue formado su cuerpo.

Así lo piensan varios conocidos doctores al decir que inicialmente la bienaventurada Virgen se turbó y fue sobrecogida de temor por las alabanzas pronunciadas por el ángel al saludarla. La sangre, como de ordinario sucede en estas ocasiones, afluyó de inmediato abundante al Corazón para fortalecerla. En seguida, san Gabriel la tranquilizó diciéndole las maravillas que Dios quería hacer en ella. Su Corazón se llenó entonces de tanta alegría, que abriéndose y dilatándose como hermosa rosa, brotó sangre que corrió a sus benditas entrañas de las que el Espíritu Santo se sirvió para formar el sagrado cuerpo del Salvador y la unió con la sangre virginal de esas mismas entrañas, apta para el cumplimiento del misterio de la encarnación.

Para mejor inteligencia de esto observa, en primer lugar, que los santos Padres, incluso del sexto Concilio general de Constantinopla, aseguran que la materia que la bienaventurada Virgen dio para formar un cuerpo al Verbo eterno fue su purísima sangre.

En segundo lugar, varios excelente doctores afirman hoy, al tratar de la filosofía del cuerpo humano, fundados en Aristóteles, que el corazón es el primer origen de la sangre, y basados en varias razones y experiencias, defienden que se origina primeramente en el corazón; que hay dos concavidades, con pequeños orificios por donde pasa para comunicarse a las demás partes del cuerpo. Sé muy bien que otros doctores, antiguos y modernos, afirman que es el hígado el primer principio de la sangre. Sea lo que sea sobre el lugar de la primera producción de la sangre, todos están de acuerdo en que toda la sangre del cuerpo humano pasa por el corazón, que en él recibe su perfección, que no tiene ningún uso y no es apta para el alimento del cuerpo ni para la generación y la conservación de la vida, ni para ninguna otra función, sino después de haber recibido su última perfección en el corazón.

Siendo esto así, puede decirse: o que la purísima sangre de la que el cuerpo adorable de Jesús fue formado en el sagrado vientre de María salió directa e inmediatamente del Corazón maternal de esta divina Virgen en el momento mismo que el Hijo de Dios se encarnó en ella; o que, si no salió de inmediato, que se originó en él y que este Corazón virginal es la primera fuente; o que, si no tomó origen allí, que, al menos, pasó por él y allí recibió las calidades y las disposiciones necesarias y adecuadas para que fuera utilizado en la generación inefable y en el nacimiento admirable de un Niño-Dios, en la beatas entrañas de una Madre de Dios.

Siendo la primera de estas tres hipótesis la más rica para el divino Corazón de nuestra gloriosa Reina y, estando apoyada en la autoridad de varios grandes doctores, la prefiero gustosamente a las otras; pero de la manera como lo explica Carthagena diciendo que el Espíritu Santo, habiendo tomado una pequeña cantidad de la purísima sangre de la bienaventurada Virgen, que brotó o que estaba todavía en el interior de su santísimo Corazón, y habiéndola unido a la sangre virginal de sus benditas entrañas, apropiada para la realización del misterio de la encarnación, se sirvió de ella para la formación del cuerpo adorable del Niño-Dios⁸.

⁸ Carthagena, *De B. Virgine*, lib 3, hom. 14

Todo lo que se ve en el orden de la naturaleza no es más que una sombra y un bosquejo de lo que pasa en el orden de la gracia. Así encuentro una pequeña maravilla en el mundo de lo visible y natural que en algún modo nos representa este gran milagro del mundo invisible y sobrenatural de que trato. Según el príncipe de la filosofía natural⁹, y de otros autores, hay un pájaro maravilloso en Arabia, llamado por algunos *ormomegia* o *ormontella*, conocido como *avis regia*, "ave real", que no produce sus polluelos a la manera común de las demás aves sino de forma extraordinaria. Su corazón envía una porción de su sangre a la parte del cuerpo donde los demás pájaros forman sus huevos. Allí, por el calor natural y en virtud de los rayos del sol, concibe y produce otro pajarito real.

¿No te parece, querido lector, que ese prodigioso pájaro es una graciosa figura de la Madre del Rey de reyes? Se llama pájaro real, y en esta Princesa del Cielo nada hay que no sea real. La *ormomegia* concibe su fruto de manera virginal, así como María es Virgen y Madre al tiempo. La *ormontella* forma su polluelo con sangre de su corazón, así la Reina de los ángeles produce al Monarca del universo con la purísima sangre de su Corazón. Esa ave real concibe sus polluelos por virtud del sol, y la Reina de las vírgenes produce por virtud del Espíritu Santo un Hijo que es el Padre de su Madre.

Oh Jesús, Hijo de María, oh Dios de mi corazón, el amor incomprendible de tu Padre eterno te hizo salir del seno de tu Padre para venir al seno de tu Madre y al seno de nuestras almas. Por virtud del amor personal, el Espíritu Santo, fuiste formado en las entrañas virginales. Convenía por consiguiente, Dios de amor, que la materia de que fue formado tu cuerpo santo, fuera tomada del Corazón, inflamado en caridad de la Madre de amor, para que fueras en verdad el fruto del vientre y del corazón de tu Madre como eres el fruto del seno de tu Padre, bendito sea él por siempre, alabado y glorificado contigo y con el Espíritu Santo.

La tercera prerrogativa del Corazón corporal de la bienaventurada Virgen radica en que ella es el principio de la vida humana y sensible del Niño Jesús, mientras habitó en las dichas entrañas de María. Mientras el niño está en el vientre de su madre el corazón de la madre es la fuente de la vida del hijo y también de su propia vida. La vida del niño depende de la vida misma de la madre. Oh Corazón regio de la Madre

⁹ Aristóteles, *Hist. Animal*, lib. 5

de amor, de ti el Rey de los vivientes y de los muertos quiso que su vida dependiera de él por espacio de nueve meses. Oh Corazón incomparable que no tuviste sino una misma vida con el que es la vida del Padre eterno y la fuente de toda vida. Oh Corazón admirable, eres el principio de dos vidas nobles y preciosas: principio de la vida santísima de la Madre de Dios y principio de la vida humanamente divina y divinamente humana del Hombre-Dios.

No solo este Corazón maravilloso fue el principio de la vida de Jesús, durante los nueve meses que permaneció en el vientre virginal, sino que aún más contribuyó, durante varios años, a la conservación de esta vida tan digna e importante, pues por su calor natural, formó y produjo en los sagrados senos de la Virgen Madre la purísima leche de la que este Hijo se nutrió.

La cuarta prerrogativa de este amabilísimo Corazón es la se expresa en estas palabras de la santa Esposa a su divino Esposo, o sea de María a Jesús, que su Hijo y su Padre, su Hermano y Esposo juntamente: *Nuestro lecho está florido* (Cantar 1, 15). Nuestro lecho está cubierto y embalsamado de flores. ¿De qué lecho se trata sino del Corazón purísimo de la santa Virgen en el que el Niño Jesús reposó suavemente?

Privilegio muy ventajoso del discípulo amado de Jesús fue haber reposado una vez en su pecho adorable y haber bebido en él luces y secretos maravillosos. Pero ¡cuántas veces este divino Salvador tomó su descanso en el seno y en el Corazón de su queridísima Madre! ¡Qué abundancia de luces, de gracias y bendiciones este Sol eterno, fuente de luces y gracias, derramó en el Corazón maternal en el que reposó cientos de veces; Corazón en el que jamás hubo impedimentos a la gracia divina; Corazón perfectamente dispuesto siempre a recibirlas; Corazón que él amaba más que a los demás corazones y por el que era más amado que de todos los corazones de los serafines! ¡Qué uniones y comunicaciones, que intercambios, qué fuegos hubo entre esos dos Corazones y esas dos hoguera de amor que el soplo divino del Espíritu Santo inflamaba sin cesar!

Oh Salvador mío, escucho tu voz que dice a toda alma fiel que la grabas como sello en tu corazón (Cantar 8, 6). Fue lo que tu santa Madre hizo excelentemente imprimiendo en su corazón una imagen viviente de tu vida, de tus costumbres y virtudes. Pero no te bastó. Quisiste tú mismo ponerte como sello en su Corazón para cerrarlo a

todo lo que no es tuyo y para ser el único soberano y el Señor absoluto. Te imprimiste en ese Corazón maternal de manera digna del amor de tal Hijo al Corazón de tal Madre. Que todos los corazones y todos los espíritus de la tierra y del cielo te amen y bendigan eternamente por los favores sin cuento de que colmaste este Corazón adorable.

Sección VI

Continuación del mismo tema

La quinta prerrogativa de este divino Corazón consiste en que es el altar santo en el que se celebra grande y continuo sacrificio, muy grato a Dios, de todas las pasiones naturales que anidan en el corazón. Allí reside la parte concupiscible del alma dotada de la fuerza irascible que Dios dio al hombre y a los demás animales para incitarlos y ayudarles a odiar, temer, huir, combatir y destruir todo lo que les es contrario y nocivo; a amar, desear, esperar, apetecer y perseguir lo que les es conveniente y ventajoso. Estas dos partes y estas dos pasiones capitales encierran once que son otros tantos soldados que combaten bajo órdenes de estos dos capitanes, o si prefieres, armas e instrumentos de que se sirven para esos dos fines anotados.

Cinco son de la parte irascible: esperanza, desconfianza, audacia, temor y cólera. Seis del concupiscible: amor, odio, deseo, huida, alegría y tristeza.

A partir del momento en que el hombre se rebeló contra los mandamiento de su Dios, todas sus pasiones se insoburdinaron contra él, y cayeron en tal desorden que en lugar de estar del todo sometidas a la voluntad, reina de todas las facultades del alma, la convirtieron a menudo en su esclava; y en lugar de ser guardianas del corazón, en el cual tienen su morada donde deben reposar y encontrar tranquilidad, de ordinario se tornan en verdugos que lo destrozan y lo llenan de confusión y de guerra.

No pasa así en el Corazón de la Reina de los ángeles. Sus pasiones estaban siempre sumisas a la razón y a la divina Voluntad, la cual reinaba soberanamente en todas las partes de su alma y de su cuerpo.

Así como estas pasiones fueron deificadas en el Corazón divino de Nuestro Señor Jesucristo, fueron también santificadas de manera muy excelente en el santo Corazón de su preciosísima Madre. El fuego sagrado del amor divino que ardía noche y día en la hoguera encendida

de este Corazón virginal las purificó, consumió y transformó. Este ardor celestial no tenía objeto distinto de solo Dios hacia el cual se abalanzaba con fuerza e impetuosidad sin igual; esas mismas pasiones estaban siempre dirigidas hacia Dios y solo se empleaban en su servicio, dirigidas únicamente por el movimiento y la guía del amor de Dios, que las poseía, animaba y abrasaba de manera maravillosa, y hacía de ellas continuo y admirable sacrificio a la santísima Trinidad.

Contemplo el purísimo cuerpo de la Madre de Dios como templo sagrado, el más augusto que jamás ha existido en la tierra, después del templo de la humanidad santa de Jesús. Contemplo que su Corazón virginal es el altar santo de este templo. Considero el amor divino como el gran sacerdote que ofrece a Dios sacrificios continuos en este templo y en este altar, sacrificios agradables a su divina Majestad. Contemplo la divina Voluntad que le trae víctimas que sean sacrificadas en ese altar. Entre ellas percibo las once pasiones naturales, muertas por la espada llameante que este gran sacerdote blande en su mano, la espada del divino amor. Esas pasiones son consumidas y transformadas por el fuego celeste que arde en este altar. Son inmoladas a la santísima Trinidad como sacrificio de alabanza, gloria y amor.

Todo amor humano es consumido y transformado allí en amor divino, cuyo único objeto es solo Dios.

Todo odio humano y natural hacia las criaturas es destruido y transformado en odio sobrenatural y divino dirigido exclusivamente al pecado y a todo lo que lleva a él.

Toda aversión a cuanto el amor propio, la sensualidad y el orgullo del hombre rechazan como las mortificaciones, las privaciones de comodidades de la vida presente, los desprecios y humillaciones es aniquilada allí y transformada en santa aversión y en huida cuidadosa de toda ocasión de desagradar a Dios, de honores, alabanzas, satisfacciones sensibles y de cuanto puede contentar la ambición, el amor propio y la voluntad propia.

Toda fementida alegría de lo caduco y perecedero y de éxitos conformes a las inclinaciones humanas encuentra allí muerte y se transforma en santa alegría de todo lo que es grato a Dios.

Toda tristeza proveniente de lo que es contrario a la naturaleza y a los sentidos se ahoga y es cambiada en tristeza saludable, nacida de lo que es ofensa a Dios.

Toda esperanza y pretensión de riquezas, placeres y honores terrenos, toda confianza en sí mismo o en lo creado, allí se apaga y se transforma en la sola esperanza de los bienes eternos y en solo confianza en la divina bondad.

Toda desconfianza del poder de Dios, de su bondad, de la verdad de sus palabras y de la fidelidad a sus promesas es aniquilada allí y se cambia en gran desconfianza de sí mismo y de todo lo que no es Dios, como hizo la Virgen fidelísima que no se apoyó nunca en sí misma ni en nada creado sino en el solo poder y misericordia de Dios. Cumplió muy bien la Escritura que dice: *Desgraciados los que entregan su corazón al desaliento y a la flojedad, y no se apoyan ni confían en Dios, haciéndose indignos de su protección* (Sir 2, 15).

Toda audacia o coraje para emprender proyectos que conciernen al mundo, incluso en cosas buenas, pero sin vocación de Dios, y sin haberlo consultado y no haberse dejado guiar por su espíritu es, destruido allí y convertido en fuerza divina que le hace combatir generosamente y vencer gloriosamente las dificultades y obstáculos que se oponen al cumplimiento de lo que Dios le pide.

El temor a la pobreza, al dolor, al desprecio, a la muerte y otros males temporales que los hombres de carne y hueso suelen temer; y también todo temor de Dios, servil y mercenario, allí es ahogado y se cambia en temor amoroso y filial de desagradarle, incluso en poco, o en dejar de hacer algo para agradarle más.

La cólera e indignación frente a cualquier criatura y por el motivo que sea allí es apagada y se transforma en justísima y divina cólera contra todo pecado y la dispone a convertirse en polvo y a ser sacrificada mil veces para destruir el menor pecado si así lo quisiera Dios.

El amor divino, como sumo sacerdote, sacrifica a la adorabilísima Trinidad en el altar del Corazón de María, todas las pasiones, inclinaciones y sentimientos de amor, de odio, de deseo, de huida o aversión, de alegría, de tristeza, de esperanza, de desconfianza, de audacia, de temor y de cólera.

Este sacrificio se realiza desde el primer instante en que este Corazón santo empezó a palpar en su pecho virginal, o sea, desde el primer momento de la vida de esta Virgen inmaculada. Y lo hará siempre hasta su último suspiro, cada vez con más amor y santidad. ¡Oh grande y admirable sacrificio, maravillosamente digno del agrado del

Dios de los corazones! ¡Oh bienaventurado Corazón de la Madre de amor que sirvió de altar para este divino sacrificio!

¡Corazón bienhadado, nada tuviste ni deseaste que no fuera el que es único digno de amor y deseo! ¡Dichoso Corazón, pusiste tu íntegro gozo y contento en amar y honrar al que es solo capaz de satisfacer el corazón humano; no experimentaste tristeza que no fuera la causada por las ofensas que se hacen contra su divina Majestad!

¡Bienaventurado Corazón, solo odiaste, huiste, temiste lo que pudiera menoscabar los intereses de tu Bienamado; solo experimentaste cólera ante todo lo que se opone a su gloria!

¡Corazón dichoso, estuviste cerrado a todas las pretensiones terrenas y egoístas que jamás tuvieron cabida en ti; jamás desconfiaste de Dios y más bien desconfiaste de ti mismo; estuviste armado de firme esperanza en la bondad divina y de santa generosidad, y jamás cediste a las dificultades y obstáculos que el infierno y el mundo levantaron para impedirte avanzar en las vías del amor sagrado; siempre los venciste con invencible fuerza e infatigable constancia!

¡Sean dichosos los corazones de los verdaderos hijos de María, que se esfuerzan por conformarse con el santísimo Corazón de su muy buena Madre! ¡Afortunados los corazones que son otros tantos altares en los que el amor divino sacrifica de continuo las pasiones, consumándolas en su fuego y transformándolas en las de Jesús y María; ellos hacen que esos corazones sepan amar y odiar, desear y huir, regocijarse y entristecerse, desconfiar de sí mismos y confiarse, ser audaces y temerosos, tener indignación y cólera no como los hombres mundanos y comunes sino a la manera del Hijo de Dios, de la Madre de Dios y sus auténticos hijos! Concédenos, Jesús, esta gracia; te lo suplico por el amabilísimo Corazón de tu digna Madre y por todas las bondades de tu corazón adorable.

Estas son algunas de las prerrogativas maravillosas Del Corazón admirable que palpita en el pecho sagrado de la Madre de Dios. ¿Qué dices al respecto, hermano querido? Te ruego me digas si no es cierto que ya este Corazón corporal y sensible de por sí sería merecedor de todo honor y veneración?

¡Cuánto honor se debe a este Corazón, la parte más noble de su cuerpo virginal, que dio cuerpo al Verbo eterno que será por siempre objeto de las adoraciones de todos los espíritus celeste y bienaventurados!

¡Cuánto honor es debido a este Corazón que dispuso y dio la purísima sangre de la que el cuerpo adorable del Hijo de Dios fue formado en las entrañas de su Madre!

¡Cuánto honor merece este Corazón que es principio de la vida de una Madre de Dios y de un Hombre-Dios!

¡Qué alabanzas deben darse a este Corazón que contribuyó a formar la leche que sirvió para nutrir y conservar la vida del Salvador del mundo!

¡Cuántos honores deben rendirse a este Corazón en el cual un Niño-Dios reposó tantas veces y al que colmó de innumerables favores!

¡Cuánta veneración merece este Corazón que jamás tuvo objeto distinto de su amor, de sus deseos, de sus temores, de sus esperanzas, de sus gozos que no fuera solo Dios; que jamás sintió tristeza sino por lo que desagradaba a Dios; que estuvo lleno de desconfianza de sí mismo y de confianza en Dios y que empleó todas sus aversiones, rechazos, indignaciones y su valor contra todo lo que es ofensa de su divina Majestad!

Finalmente qué veneración merece este Corazón que Dios ama y glorifica más altamente; y que honra y ama a Dios más perfectamente que todos los corazones del cielo y de la tierra!

Ciertamente, si todas las criaturas del universo se cambiaran en otros tantos corazones y lenguas de Serafines, y que todos esos corazones y lenguas se emplearan en celebrar eternamente las alabanzas de este divino Corazón, nunca le darían todo el honor que le es debido.

Oh Corazón incomparable, ¿quién no te admirará? ¿Quién no te rendirá honor? ¡Quién no usará todos los afectos de su corazón para bendecirte, publicar tus perfecciones e invitar a todos los corazones del cielo y de la tierra a cantar sin descanso: que viva el Corazón sagrado de María! ¡Que viva el Corazón regio de la Reina del cielo! ¡Que viva el Rey de los corazones! Que todos los corazones de los hombres y de los ángeles te alaben y glorifiquen eternamente.

CAPÍTULO IV

El Corazón espiritual de María

El Espíritu Santo, que acostumbra decir mucho en pocas palabras, al describir rica y honorablemente las principales facultades del cuerpo y

del alma de su divina Esposa, la bendita Virgen, y al hacer el panegírico de su Corazón emplea pocas palabras pero de contenido infinito. Dime, por favor, ¿qué dice? ¿Qué loores rinde a este Rey de los corazones? Solo tres palabras: *Quod intrinsecus latet*¹⁰. Estas pocas palabras encierran todo lo que se puede decir y pensar de más grande y admirable respecto de este Corazón real. Nos expresan que es tesoro escondido a los ojos más perspicaces de la tierra y del cielo, lleno de tantas riquezas celestiales, solo conocidas perfectamente por Dios.

El Espíritu Santo no solo pronuncia estas palabras una vez sino que las repite en el mismo capítulo, como si quisiera grabarlas hondo en nuestra mente y obligarnos a considerarlas atentamente. Con ellas se refiere no solo al Corazón corporal de la Reina del cielo, de que acabamos de hablar, sino también a su corazón espiritual de que vamos a hablar ahora.

¿Qué se entiende por corazón espiritual? Para que lo entiendas debes saber que tenemos solo un alma pero que puede ser considerada en tres estados diferentes.

El primero e inferior es el estado de alma vegetativa. Tiene conformidad con la naturaleza de las plantas. En ese estado el alma solo nutre y mantiene el cuerpo.

El segundo es el estado de alma sensible, que nos es común con los animales. En este estado hay dos partes principales: sensitiva y afectiva. Esta última contiene todos los afectos y pasiones naturales.

La sensitiva comprende los cinco sentidos exteriores bien conocidos, y los cuatro interiores: el sentido común, la imaginativa, la estimativa o cogitativa y la memoria sensitiva.

Las *pasiones y afecciones* se ordenan a amar, desear y buscar lo que nos es conveniente, y a temer, huir y combatir lo que nos es nocivo. Residen en el corazón, como dijimos antes. Los *sentidos exteriores e interiores*, que sirven para conocer y discernir, tienen su sede en el cerebro.

El *sentido común* reside en la parte anterior del cerebro, donde nacen los nervios que sirven para las funciones de los sentidos exteriores: vista, oído, olfato, gusto y tacto. Mediante esos nervios el cerebro envía a esos cinco sentidos las impulsos animales que necesitan para cumplir sus funciones: ver, oír, oler, gustar y tocar. Por esos mismos nervios, estos cinco sentidos remiten al sentido común las

¹⁰ Cantar 4, 3: *Lo que se oculta interiormente.*

especies o imágenes de lo que ven, escuchan, huelen, gustan y tocan para que discierna su diversidad y la juzgue.

La *imaginativa* tiene su sede y receptáculo un poco delante en el cerebro, cercano al sentido común. Este le envía las imágenes que recibe de cuanto es objeto de los sentidos exteriores, a fin de conservarlo. Para este fin reside en una parte más firme y capaz de retenerlo mejor que el sentido común que es más blando y tierno. Igualmente para que se sirva de ello para representarse por su medio el objeto percibido cuando sea necesario.

Luego de la imaginativa hay, un poco más adelante, en el mismo cerebro, otro seno o ventrículo que contiene la *estimativa* o *cogitativa*. Se llama estimativa en los animales y cogitativa en el hombre por ser más desarrollada en el hombre que en los animales. Se diferencia de la imaginativa en que la imaginativa no puede representarse sino cosas sensibles, materiales y corporales; la estimativa o cogitativa en cambio concibe objetos más espirituales y abstraídos de la materia, carentes de cuerpo y figura. Por ejemplo, la oveja concibe por su estimativa la agresividad del lobo que la quiere devorar; el cordero se representa el amor de la oveja que lo engendró; el perro la benevolencia de su dueño que lo alimenta; todo eso no es corporal sino espiritual.

La *memoria sensitiva* tiene asiento en la parte posterior del cerebro. Su oficio es conservar las imágenes de los objetos percibidos por los sentidos exteriores e interiores para recordarlos en el momento oportuno. Esta memoria difiere de la memoria intelectual que está en la parte superior del alma pues aquella se encuentra en los animales, mientras que ésta es propia del hombre. Aquella no retiene las imágenes captadas por los sentidos exteriores e interiores; ésta conserva las especies de las cosas intelectuales; aquella no razona para recordar lo que ha pasado; ésta se ayuda con este fin del razonamiento intelectual.

Así obran los cuatro sentidos interiores que bien podrían ser cinco, como los exteriores. Puesto que los cinco sentidos exteriores envían las imágenes de lo que ven, oyen, huelen, gustan o tocan al sentido común y por su medio a la imaginación, es evidente que hay cierto poder y particularidad en el sentido común y en la imaginación, que tiene correspondencia y conformidad con el dinamismo particular de los cinco sentidos exteriores y por tanto hay vista, escucha, olor, gusto y tacto

interiores. Estos son los primeros estados de nuestra alma: el primero nos es común con las plantas y el segundo con los animales.

El tercer estado del alma es la parte intelectual. Ella es una sustancia espiritual, como la angélica, que no depende de ningún órgano corporal como los sentidos y las pasiones. Comprende la memoria intelectual, el entendimiento y la voluntad, con la parte suprema del espíritu, que los teólogos llaman, la punta, cima o eminencia del espíritu, la cual no se guía por la luz del discurso y del razonamiento sino por simple mirada del entendimiento y por un simple sentimiento de la voluntad por los cuales el espíritu se somete a la verdad y a la voluntad de Dios.

Esta tercera parte del alma que se llama espíritu, porción mental, parte superior del alma, que nos hace semejantes a los ángeles, y que lleva en sí, en su estado natural, la imagen de Dios, y en el estado de gracia, su divina semejanza.

Esta parte intelectual es el corazón y la parte más noble del alma. En primer lugar, es el principio de la vida natural del alma razonable que consiste en el conocimiento que puede alcanzar de la Verdad suprema, por la fuerza de la luz natural de su entendimiento, y en el amor natural que tiene a la soberana Bondad. Siendo animada por el espíritu de la fe y de la gracia es, con él, principio de la vida sobrenatural del alma que consiste en conocer y amar a Dios por una iluminación celeste y por un amor sobrenatural: *Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, solo Dios verdadero (Jn 17, 3).*

En segundo lugar, esta parte intelectual es el corazón del alma. En ella se encuentra la facultad y la capacidad de amar, de forma mucho más espiritual, noble y elevada, con un amor incomparablemente más excelente, vivo, activo, sólido y durable que el que procede del corazón corporal y sensible.

La voluntad, iluminada por el entendimiento y por la luz de la fe, es el principio de este amor. Cuando se guía solo por la luz de la razón humana y actúa por impulso natural, solo produce amor natural y humano, incapaz de unir al alma con su Dios; pero cuando actúa movida por impulso de la gracia es fuente de amor sobrenatural y divino que hace al alma digna de Dios.

En tercer lugar, la teología nos enseña que, si bien la gracia, la fe, la esperanza y la caridad derraman sus celestes influencias y sus divinos movimientos sobre las demás facultades de la parte inferior del alma,

sin embargo, tienen especial habitación y particular morada en la parte superior. Como consecuencia, esta misma parte es el verdadero corazón del alma cristiana pues la divina caridad no puede tener morada distinta que no sea el corazón del alma que la posee, según dice san Pablo: *La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones* (Ro 5, 5).

En cuarto lugar, escucha a este mismo apóstol que clama a los cristianos: *Porque son hijos de Dios envió el Espíritu de su Hijo a sus corazones* (Ga 4, 6). Les asegura además que dobla su rodilla ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo para alcanzar de él que su Hijo more en su corazón (Ef 3, 14-17). Pues bien, este corazón es la parte superior de su alma pues el Dios de gracia y de amor solo habita en un alma cristiana donde la gracia y la caridad tengan su morada.

Todo esto muestra claramente que el verdadero y propio corazón del alma razonable es la parte intelectual que se llama espíritu, porción mental, parte superior.

Queda claro que el Corazón espiritual de la bienaventurada Virgen es esta parte intelectual de su alma que comprende su memoria, su entendimiento, su voluntad y la punta superior de su espíritu. De este corazón habla en las primeras palabras de su admirable cántico; *Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador* (Lc 1, 46). Pertenece al espíritu, la primera y más noble parte del alma, primera y principalmente, glorificar a Dios y regocijarse en él.

Tengo grandes cosas que decir de este Corazón maravilloso, al decir de san Pablo. Pero todo cuanto el lenguaje humano y angélico pueda expresar de él estará siempre por debajo de sus perfecciones: *de esto tenemos mucho que decir, y es difícil expresarlo* (Heb 5, 11).

Sección única

Maravillas del Corazón espiritual de la gloriosa Virgen

Si el Corazón virginal que palpita en el pecho de la Virgen de vírgenes, y es la más excelente parte de su santo cuerpo, es tan admirable, como acabamos de demostrarlo, ¿cuáles son las maravillas de su Corazón espiritual, que es la parte más noble de su alma? De ellas nos vamos a ocupar ahora. ¿No es cierto que entre más elevada es la condición del alma respecto del cuerpo tanto más elevado es su corazón espiritual sobre su corazón corporal? Vimos las singularidades y prerrogativas del corazón corporal, pero ¿quién podría comprender y

expresar los dones incomparables y los tesoros inestimables de que su Corazón espiritual está colmado? Son inconcebibles e inefables.

Solo pondré ante tus ojos un pequeño resumen. Con él quiero invitarte a bendecir a quien es la fuente de tantas maravillas, a alabar a aquella que se digna de semejantes gracias y a venerar su sacratísimo Corazón que tan celosamente las guardó, e hizo de ellas tan perfecto uso.

Primeramente, la bondad divina preservó milagrosamente este Corazón de la Madre del Salvador de la mancha del pecado, del que jamás hizo parte. Dios la colmó de gracia desde el momento de su creación. La revistió de tanta pureza que no es imaginable otra semejante, aparte la de Dios. Su divina majestad la poseyó tan perfectamente, desde ese instante, que no hubo momento en que no fuera toda para él, ni dejó de amarlo más que todos los santos corazones del cielo y de la tierra. Así lo piensan grandes teólogos.

Segundo, el Padre de las luces llenó este hermoso sol con los más brillantes fulgores de la naturaleza y de la gracia. Si se trata de luces naturales, el Padre de los espíritus dio, a la que escogió para ser esposa de su Espíritu divino, un espíritu natural más claro, vivo, fuerte, sólido, profundo, elevado, amplio y perfecto, en todos los aspectos, que todo otro espíritu; un espíritu digno de una Madre de Dios; digno de quien debía guiar a la sabiduría eterna; digno de quien debía ser guía de la Iglesia y reina regente del universo; digno de quien debía compartir familiarmente en la tierra con los ángeles del cielo, y lo que es más, con el rey de los ángeles, por espacio de treinta y cuatro años; digno finalmente de muy sublime contemplación y de las altísimas funciones de que iba a ocuparse.

Si hablamos de luces sobrenaturales, el Corazón luminoso de la sapientísima Virgen fue tan colmado que el docto Alberto Magno, nutrido en la escuela de la Madre de Dios, proclama, con otros santos doctores, que nada ignoró y que tuvo toda clase de ciencias infusas, y en grado más eminente que todos los espíritus doctos que hubo jamás. Esos Padres aseguran:

1. Que tuvo perfecto conocimiento de la divina esencia, de las perfecciones divinas y del misterio inefable de la santísima Trinidad, que incluso vio a Dios en su esencia y en sus personas divinas en el instante de su Concepción inmaculada y de la encarnación del Hijo de Dios en ella. No hay que extrañarse de que la reina de los santos haya gozado

de este privilegio, pues, según san Agustín y otros varios, fue concedido a Moisés y a san Pablo.

2. Que conoció perfectamente el misterio de la encarnación.

3. Que tuvo conocimiento de las gracias infinitas que Dios le concedió, incluso de su predestinación eterna. Si a san Francisco y otros santos se les aseguró su salvación por divina revelación cuanto más se hizo a la que es la Madre del Salvador; si el Hijo de Dios no hace favor a ningún santo sin comunicárselo, con mayor razón lo hace a su santísima Madre.

4. Que tuvo conocimiento y visión de las almas y de los ángeles en su propia esencia. Si vio la esencia de Dios ¿qué dificultad habría para que viera también la de las almas y de los ángeles? Si san Pablo en su éxtasis al tercer cielo contempló las jerarquías celestes, y lo comunicó a su discípulo san Dionisio Areopagita, ¿que obstáculo hay para que la reina del cielo y soberana de los ángeles haya sido privada de ese favor?

5. Que nada ignoró de cuanto concierne la vida presente y puede ayudar a perfeccionarla, sea mediante la acción, sea por vía de la contemplación.

6. Que Dios le dio a conocer cuanto iba a sucederle. Puesto que él ha hecho esta gracia a algunos de sus servidores ¿cómo no lo haría con su preciosísima Madre?

7. Que por revelación Dios le hizo ver todo lo que atañe al estado de la vida gloriosa y beatífica de la que gozan los habitantes del cielo.

8. Que tuvo una ciencia infusa que le hizo conocer todas las cosas naturales que hay en el universo. Si esta luz fue dada al primer hombre en tan gran cantidad que le permitió conocer las propiedades de todos los animales que hay en la tierra, de todos los pájaros que hay en el aire, de todos los peces que hay en el mar, y así dio nombre adecuado a todos los animales; si el conocimiento de todas las obras de Dios, celestes y terrestres, desde el hisopo hasta los cedros del Líbano, fue dada a Salomón por ciencia infusa, ¿sería concebible que la Madre del que es la luz eterna y que contiene en sí todos los tesoros de la ciencia y la sabiduría de Dios, se hubiera visto privada de estos dones y luces, precisamente ella, repito, en la que la divina bondad concentró todos los favores que repartió a las otras criaturas?

9. Que no ignoró lo que pertenece a las artes, tanto mecánicas como liberales. Ella las sabía pues le eran necesarias y convenientes, para ella y para el prójimo, con miras a sus tareas y para la contemplación.

10. Que tuvo revelaciones muy altas y casi continuas como nunca las hubo. Por ello san Andrés de Candia la llama fuente inagotable de iluminaciones divinas¹¹; y san Lorenzo Justiniano afirma que sus revelaciones debían sobrepasar las de los demás santos y las gracias que recibió sobresalían por encima de las que les habían sido comunicadas¹².

11. Que según san Agustín, san Ambrosio y san Gregoria de Nisa, su ocupación ordinaria, fuera de la oración, era la lectura de la Sagrada Escritura que entendía perfectamente por iluminación infusa del Espíritu Santo.

12. Finalmente que conocía muy bien la teología y todos los misterios que ella estudia.

En seguida expongo doce luces de que su Corazón estaba lleno.

Quien podría decir el santo uso que hizo de sus conocimientos. Es cierto, lo dice san Pablo, que la ciencia es madre de la vanidad y del orgullo cuando no va unida con la piedad y la humildad. Pero también es cierto que es fuente de muchas virtudes cuando está penetrada del espíritu de Dios, sobre todo si Dios mismo la da infusamente. En ese caso él le quita el veneno que podría mezclarse en ella, y concede la gracia de usarla santamente.

Tal era la ciencia de la santísima Virgen. Hizo de ella uso santo pues solo la empleó para llenarse de ardiente amor a Dios y procurar la salvación de las almas con mucho fervor; odió el pecado vigorosamente, se humilló profundamente, desdeñó lo que el mundo estima y estimó y abrazó lo que aborrece, es decir, la pobreza, la abyección y el sufrimiento. Nunca puso la mínima complacencia en las luces que Dios le dio, no se apegó a ellas, jamás se prefirió por esta causa a otra persona, sino que las consagró a Dios tan puras como puras salieron de su fuente.

Te hablaré de las doce luces que brillan en el Corazón de la reina del cielo. Puedo hacerte ver cómo está adornada de doce clases de gracias en grado eminentísimo; sin embargo lo dejo para el libro noveno donde se verá cómo es abismo de inmensidad de gracias y bendiciones.

¿Qué diremos del amor ardentísimo a Dios que enciende e inflama este Corazón y de su incomparable caridad hacia el hombre? Infinidad

¹¹ *Orat. 2 sobre la Asunción.*

¹² *Semón de la Asunción.*

de cosas se pueden decir al respecto. Las reservo para el final del libro tercero. Allí se dirá que es hoguera de amor divino sin igual.

Ahora digo que es el vivo retrato de los divinos atributos; que es imagen viviente de la santa Trinidad; que es un cielo de gloria, un paraíso de delicias para la divinidad; que es el trono más elevado del amor eterno; que es libro viviente escrito por la mano del Espíritu Santo, que contiene la vida de Nuestro Señor Jesucristo y los nombres de todos los predestinados; que es tesoro infinito que encierra en sí todos los secretos de Dios, todos los misterios del cielo y todas las riquezas del universo; que está dotado de varias otras calidades maravillosas y de excelencias muy señaladas.

Finalmente, querido lector, ¿quieres saber qué es el Corazón espiritual de la Madre de Jesús?

Es el Corazón de la Madre del amor hermoso que atrajo hacia él, por la fuerza de su humildad y de su amor, el Corazón del Padre eterno, o sea, su Hijo amadísimo, para ser el Corazón de su Corazón.

Este Corazón es fuente inagotable de dones, favores y bendiciones para todos los que aman sinceramente a esta Madre de amor; los que honran con dilección su Corazón amabilísimo, como el mismo Espíritu Santo le hace decir: *Amo a los que me aman* (Prov 8, 17).

Hacia este Corazón, regio y maternal, de nuestra reina y nuestra Madre tenemos deberes infinitas.

Es el Corazón que ha amado y glorificado a Dios más que todos los corazones de los hombres y de los ángeles. Por esa razón nunca lo honraremos como se merece. ¡Qué honor merecen tantas cosas grandes y admirables! ¡Qué honor se debe a este Corazón, la parte más noble del alma santa de la Madre de un Dios! ¡Qué alabanzas merecen las facultades de este divino Corazón de la Madre Virgen, a saber, su memoria, su entendimiento, su voluntad, la más íntima parte de su espíritu; jamás estuvieron al servicio de nadie distinto de Dios, por la fuerza de su Espíritu Santo! ¡Qué respeto se debe a su santa memoria ocupada solamente en repasar los favores indecibles que recibió de la divina liberalidad y de las gracias derramadas incesantemente sobre todas las criaturas para agradecerle continuamente!

¡Qué veneración se debe a su entendimiento, siempre ocupado en considerar y meditar los misterios de Dios y sus divinas perfecciones, para honrarlas e imitarlas! ¡Qué veneración se debe a su voluntad, perpetuamente sumergida en el amor de su Dios! ¡Qué honor merece la

parte superior de su espíritu, noche y día aplicado en contemplar y glorificar a su divina Majestad de manera excelentísima!

Finalmente, de qué alabanzas es digno este Corazón maravilloso de la Madre del Salvador. Nunca tuvo algo que le fuera desagradable asu Señor; estaba lleno de luz y colmado de gracia; poseía en perfección todas las virtudes, dones y frutos del Espíritu Santo y todas las bienaventuranzas evangélicas, adornado de tantas otras excelencias.

Debes confesar, querido lector, que, aunque el cielo y la tierra y todo el universo se emplearan eternamente y con todas sus fuerzas en cantar las alabanzas de este Corazón admirable y en dar gracias a Dios por haberlo colmado de tantas maravillas, nunca podrían hacerlo suficiente y dignamente.

CAPÍTULO V

El Corazón divino de la Madre de Dios

Para saber qué es el Corazón divino de la sagrada Madre de Dios se requieren dos datos:

El primero es recordar lo dicho: que hay tres Corazones en Nuestro Señor Jesucristo, que sin embargo no forman sino un solo Corazón. Son su Corazón corporal, la parte más noble de su sagrado cuerpo; su Corazón espiritual, la parte superior de su alma santa; y su Corazón divino que es el Espíritu Santo, Corazón de su Corazón. Tres Corazones divinos pero de distintas maneras.

El segundo es saber que el Hijo de Dios es el Corazón de su Padre eterno. Así lo piensa un antiguo Padre de la Iglesia, san Clemente de Alejandría¹³. Pero lo que es infinitamente más, es el lenguaje de este Padre divino, es el nombre que dio a su Hijo, pues de él habla a la santa Virgen al decirle que ha herido, o según el texto hebreo y Los Setenta, que ha embelesado su Corazón arrebatándolo de su seno paternal a su seno virginal (Cantar 4, 9).

Con esta suposición, puedo decirte que, en primer lugar, el Corazón corporal de Jesús es el Corazón de María, pues, siendo la carne

¹³ “Ni el Padre es sin el Hijo; juntamente con él lo que el Padre es, es ser Padre del Hijo. El Hijo verdadero es maestro que viene del Padre. Y para que alguno crea al Hijo es preciso conocer al Padre, al que se refiere también el Hijo. Y de nuevo, para que primero conozcamos al Padre, hay que creer al Hijo como enseña el Hijo de Dios”. *Stromata*, lib. 5. El P. Eudes anota que la cita es *subosbcure* (muy oscuramente) para expresar quizás que la expresión *Cor Patris* (Corazón del Padre) no aparece, como tampoco en el texto griego.

de Jesús carne de María, como dice san Agustín: *Caro Christi est caro Mariae*, se deduce necesariamente que el Corazón corporal de Jesús es el Corazón de María.

Te digo, en segundo lugar, que el Corazón espiritual de Jesús es también el Corazón de María por su muy íntima unión de espíritu y de voluntad. Si se dijo de los primeros cristianos *que no tenían sino un solo corazón y una sola alma* (Hech 4, 32), cuanto más es cierto decirlo del Hijo único de María y de su sacratísima Madre.

Si san Bernardo se toma la audacia de decir que siendo Jesús su cabeza, el Corazón de Jesús es su Corazón y que no tiene sino un solo Corazón con Jesús: *Ciertamente yo tengo con Jesús un solo Corazón*¹⁴, con cuanta mayor razón la Madre del Salvador puede decir: *“El Corazón de mi Cabeza y de mi Hijo es mi Corazón y no tengo sino un solo mismo Corazón con él”*. Lo dijo ella misma a santa Brígida, cuyas Revelaciones han sido aprobadas. Estas son sus palabras: *“Yo, que soy Dios e Hijo de Dios desde toda la eternidad, fui hecho hombre en la Virgen, cuyo Corazón era como mi Corazón. Puedo decir entonces que mi Madre y yo hemos obrado la salvación del hombre, en cierto modo, con un mismo Corazón, quasi cum uno Corde. Yo con los sufrimientos que padecí en mi Corazón y en mi cuerpo, ella por los dolores y por el amor de su Corazón”*.

En tercer lugar, puedo decir que el Corazón divino de Jesús, que es su Espíritu Santo, es el Corazón de María. Si este Espíritu divino ha sido dado por Dios a todos los verdaderos cristianos, para ser su espíritu y su corazón, según la promesa que la divina bondad les hizo por el profeta Ezequiel¹⁵ con mayor razón lo hizo a la reina y la madre de los cristianos.

Son, pues, tres Corazones en Jesús que no son sino un Corazón, Corazón del todo divino, del que puede decirse con verdad que es el Corazón de la santísima Virgen.

*“Ten por cierto, dice la Madre de Dios a santa Brígida, que amé a mi Hijo tan ardientemente y que él me amó con tanta ternura, que él y yo, no éramos sino como un Corazón: quasi Cor unum ambo fuimus”*¹⁶.

Añado además, que este mismo Jesús, que es el Corazón del Padre eterno, es igualmente el Corazón de su divina Madre.

¹⁴ *Tratados de la Pasión del Señor, cap. 3*

¹⁵ Ez 36, 26

¹⁶ *Rev. Lib. 1, cap. 8.*

¿No es el Corazón el principio de la vida? ¿Y qué es el Hijo de Dios en su divina Madre, donde ha estado y estará eternamente, sino el Espíritu de su espíritu, el alma de su alma, el Corazón de su corazón, principio único de todos los movimientos, acciones y funciones de su santísima vida? ¿No escuchas a san Pablo que nos asegura que no es él el que vive sino que es Jesucristo quien vive en él (Ga 2, 20) y que él es la vida de todos los cristianos verdaderos: *Christus vita vestra?* (Col 3, 4). ¿Quién puede poner en duda que Cristo viva en su preciosa Madre y que en ella sea la vida de su vida, el Corazón de su corazón, de manera incomparablemente más excelente que en san Pablo y en todos los fieles?

Esto dijo a santa Brígida: “Mi Hijo era en verdad como mi corazón. Cuando salió de mis entrañas al nacer en el mundo me pareció como si la mitad de mi corazón saliera de mí. Cuando él sufría yo sentía el dolor como si mi Corazón hubiera padecido las mismas penas y experimentado los mismos tormentos que padecía. Cuando mi Hijo fue flagelado y destrozado a golpes de fuste, mi Corazón era flagelado y destrozado con él. Cuando me miró desde la cruz y yo lo miraba, brotaban dos arroyos de lágrimas de mis ojos; cuando me vio oprimida por el dolor, él sentía angustia tan violenta a la vista de mi desolación que el dolor de sus llagas parecía que se calmara. Me atrevo a decir que su dolor era mi dolor pues su Corazón era mi Corazón. Como Adán y Eva vendieron el mundo por una manzana, mi Hijo querido quiso también que yo cooperara con él para rescatarlo con un mismo Corazón *Quasi cum uno Corde*”¹⁷.

Percibes, mi querido lector, cómo el Hijo de Dios es el Corazón y la vida de su divina Madre, de la manera más perfecta que es dable pensar. Si según el lenguaje del Espíritu Santo, por boca de san Pablo, ese adorable Salvador debe vivir de tal manera en sus servidores que incluso su vida se manifieste en sus cuerpos: *Que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal* (2 Cor 4, 11), quién pudo pensar de qué manera y con qué abundancia y perfección él comunica su vida divina a aquella de la que recibió una vida humanamente divina y divinamente humana, pues engendró y dio a luz a un Hombre-Dios? Vive en su alma y en su cuerpo, y en todas las facultades de su alma y de su cuerpo; vive totalmente en ella, o sea, que todo lo que es de Jesús vive en María. Su Corazón vive en su Corazón; su alma en su

¹⁷ Revel. Lib I, cap. 35.

alma; su espíritu en su espíritu; la memoria, el entendimiento, la voluntad de Jesús están vivos en la memoria, el entendimiento y la voluntad de María; sus sentidos interiores y exteriores viven en sus sentidos interiores y exteriores; sus pasiones en sus pasiones; sus virtudes, sus misterios, sus divinos atributos viven en su Corazón. ¿Qué quiero decir cuando digo viven? Todas estas cosas han estado siempre allí, están y estarán vivientes y reinantes soberanamente, obrando en ella efectos maravillosos e inconcebibles, e imprimiendo en ella viviente imagen.

Es así como Jesús es principio de vida en su santísima Madre. Así él es el Corazón de su Corazón y la vida de su vida. Podemos afirmar entonces con plena seguridad que tiene un Corazón del todo divino. Lo entendió así santa Brígida al decir: "Todas las alabanzas que se rinden a mi Hijo son mis alabanzas; quien lo deshonra,

a mí me deshonra; lo he amado siempre tan ardientemente y él me ha amado siempre tan perfectamente que él y yo hemos sido siempre como un mismo Corazón: *Quasi unum Cor ambo fuimus*".

Sección primera

Conclusión de este primer libro

Por todo lo dicho, mi querido lector, comprendes lo que se entiende por el Corazón de la sagrada Virgen. Distingues en ella tres corazones: su Corazón corporal, su Corazón espiritual y su Corazón divino. Te das cuenta de que estos tres Corazones son solo uno en la Madre de amor, como nuestro cuerpo y nuestro espíritu son solo una realidad, pues su Corazón espiritual es el alma y el espíritu de su Corazón corporal, y su Corazón divino es el Corazón, el alma y el espíritu de su corazón corporal y espiritual.

Este Corazón admirable es el objeto de nuestros respetos y alabanzas y debe serlo también de la veneración de los cristianos. Honrar este sagrado Corazón es honrar infinidad de realidades santas y divinas, merecedoras de los honores eternos de hombres y ángeles.

Es honrar todas las funciones de la vida corporal y sensible de la Reina del cielo de las cuales el Corazón es el principio, vida santísima en sí misma y en todos sus usos; honrar las pasiones que tienen su sede en el Corazón; honrar el perfecto uso que hizo de su memoria, de su entendimiento, de su voluntad y de la parte superior de su espíritu.

Es honrar infinidad de misterios inefables que pasaron en la parte superior de su alma y en su vida interior y espiritual.

Es honrar el grandísimo amor y la caridad ardentísima de esta Madre del amor hermoso para Dios y para los hombres; y los efectos que este amor y caridad produjeron en sus pensamientos, palabras, oraciones, acciones, sufrimientos y en el ejercicio de toda suerte de virtudes.

Es rendir honor al Corazón corporal, al Corazón espiritual y al Corazón divino de Jesús, que son también los Corazones, mejor el Corazón, de María. Es rendir gloria al mismo Jesús que es el Corazón de su eterno Padre y que quiso ser el Corazón de su divina Madre.

Es honrar y glorificar los efectos de luz, gracia y santidad que este divino Corazón de María, que es Jesús, ha obrado en ella, y las funciones y movimientos de la vida santa y celeste de la que fue principio en su alma; asimismo la fidelidad que mantuvo para cooperar con él en todas las divinas operaciones que hizo continuamente en su Corazón durante tantos años. ¡Oh Dios, qué lengua sería capaz de declarar, qué inteligencia podría concebir, qué corazón podría honrar dignamente tantas realidades grandes y y admirables

Si la Iglesia celebra cada año fiesta en honor de las cadenas con que estuvo atado el príncipe de los apóstoles, qué solemnidad merece este Corazón augustísimo de la Reina de los apóstoles.

Si el santo Nombre de María merece gran veneración de parte de los fieles; si los oráculos del Espíritu Santo, que son los Padres y Doctores de la Iglesia, como san Germán, patriarca de Constantinopla, san Anselmo, san Bernardo, san Buenaventura y otros cuantos dijeron maravillas; si uno de ellos¹⁸ asegura" que después del Nombre adorable de Jesús, el de María es un Nombre que está por encima de todo nombre; que todas las criaturas del cielo, de la tierra y de los infiernos deben doblar las rodillas para darle sus homenajes; y que toda lengua

¹⁸ Raimundo Jordán. *Contempl. B. Virg. Part. IV, Contempl. 1*

debe proclamar la santidad, la gloria y la virtud del santo Nombre de María"; si la Iglesia celebra su fiesta en varios lugares, como en España, en Madrid, en toda la diócesis de Toledo, y en la de Sevilla y en el Orden de la Redención de Cautivos, ¿que decir y pensar del Corazón maravilloso de esta divina María? ¿Qué hacer para honrarlo? ¿No sería justo que todos los corazones, todas las plumas, todas las lenguas se emplearan en reverenciarlo, en escribir y predicar sus perfecciones y que todo el universo celebrara fiesta continua en su honor?

En la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, que se encuentra en Roma, y en la catedral de Autun, en Borgoña, se conservan con sumo cuidado, como rico tesoro, y se veneran con mucha devoción, como preciosas reliquias, los velos que cubrieron la cabeza de esta gran Princesa; en la ciudad de Tréveris su peineta que fue obsequiada por la emperatriz santa Helena; en la catedral de Chartres su blusa, conservada en relicario cubierto de oro y piedras preciosas; en Semur, en Borgoña, su anillo de matrimonio con san José; en Reims, en la catedral, una parte de su leche virginal, que cada año se expone en una capilla llamada de la Santa Leche, para ser venerada por los fieles; en Soisson, en la iglesia de las religiosas de San Benito uno de sus zapatos, por el que Dios ha obrado innumerables curaciones milagrosas de toda clase de enfermedades. Se le llamaba en otra época *el médico de Soissons*. En Santa María la Mayor de Roma una pequeña porción de su cabellera.

En Constantinopla, la emperatriz Pulqueria, según cuenta Nicéforo, hizo construir tres hermosas iglesias en honor de la santísima Virgen: una llamada Nuestra Señora de la Guía, en la que se conservaba un huso que había servido a la Madre de Dios, y unos mantos del Salvador que su cuñada Eudoxia le había enviado, o más bien a Teodosio el Joven, su marido, y hermano de santa Pulqueria. La otra llamada de *Las Blaguernas*, en el puerto de Constantinopla. En ella depositó los sagrados sudarios que cubrieron el cuerpo de la bienaventurada Virgen. Le habían sido dados por san Juvenal, obispo de Jerusalén. La tercera en la plaza mayor de Los Fundidores donde depositó un cinturón de Nuestra Señora que recibió de su padre Arcadio, quien lo había hecho engastar ricamente y era guardado allí con tanta veneración que cada año se celebraba gran solemnidad en honor de esta santa reliquia. Se conservan sermones completos de san Germán, patriarca de Constantinopla, en la fiesta de la Veneración de este sagrado Cinturón de la Reina de los ángeles.

Si la Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo, honra hasta las mínimas pertenencias de la Madre de Dios y celebra fiestas en honor de un Cinturón llevado por ella en su vestido, ¿de qué manera debemos celebrar las alabanzas de su dignísimo y honorable Corazón?

Al concluir este primer libro, debo decirte, mi querido lector, Jesús, Corazón de su Padre eterno, quiso ser el Corazón de la vida de su preciosísima Madre; así quiere ser también tu Corazón y tu vida: *Christus vita vestra* (Col 3, 4). Al hacerte por su gracia uno de sus miembros, Jesús debe vivir en ti de tal manera que puedas decir con su apóstol: *Cristo vive en mí* (Ga 2, 20). Este es su designio y su ardentísimo deseo. Quiere ser el Corazón de tu corazón y el Espíritu de tu espíritu. Quiere establecer su vida, no solo en tu alma sino también en tu cuerpo: *Para que la vida de Jesús se manifieste en tu cuerpo* (2 Cor 4, 10). Quiere que cuanto hay en él viva en ti; que su Alma viva en tu alma, su Corazón en tu Corazón, su Espíritu en tu espíritu, sus pasiones en tus pasiones, sus sentidos exteriores e interiores en tus sentidos interiores y exteriores; que su memoria, su entendimiento y su voluntad vivan en tu memoria, tu entendimiento y tu voluntad, y que finalmente todas las facultades de su alma y de su cuerpo estén vivas y reinantes en las facultades de tu alma y de tu cuerpo.

Para que esto suceda debes cooperar en tres puntos:

1. Empéñate en hacer morir en todas las potencias de tu alma y de tu cuerpo, cuanto no es del agrado de Dios, según las palabras de san Pablo: *Llevamos siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús a fin de que la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos* (2 Cor 4, 10).
2. Adorna esas potencias con todas las virtudes cristianas.
3. Entrégate a menudo al Hijo de Dios y ruégale se digne emplear él mismo el poder de su brazo para destruir en ti cuanto le es contrario y establezca en ti la vida y el reino de todas las facultades de su alma divina y de su santo cuerpo.

Te presento una oración muy piadosa de san Agustín. Puedes usarla con este fin en todo tiempo pero especialmente después de recibir en ti a Nuestro Señor, en el santo sacrificio de la misa o por la santa comunión. Al hablar al alma santa de Jesús, a su cuerpo sagrado, a su Corazón divino los contemplas en ti donde están real y verdaderamente. Entonces dirás esta oración con mayor fervor y recibirás mayor bendición.

Sección II

*Oración de san Agustín para pedir a Nuestro Señor Jesucristo
que haga vivir y reinar todas las facultades de su cuerpo,
de su Corazón y de su alma en nuestros cuerpos,*

*en nuestros corazones y en nuestras almas*¹⁹

Alma de Jesús, santifícame.
 Cuerpo de Jesús, sálvame.
 Corazón de Jesús, embriágame.
 Agua del costado de Jesús, lávame.
 Pasión de Jesús, confórtame.
 Oh buen Jesús, óyeme.
 Dentro de tus llagas, escóndeme.
 No permitas que me separe de ti.
 Del enemigo malo defiéndeme.
 En la hora de mi muerte llámame.
 Mándame ir a ti:
 Para que con tus ángeles te alabe,
 Por los siglos de los siglos. Amén.

Sección III

Explicación de esta oración

Alma de Jesús, santifícame. Puedes decir estas palabras solo una vez. Al recitarlas entrega tu alma, con todas sus facultades, al alma divina del Hijo de Dios para que ella las santifique uniéndolas a las tuyas, y haga el mismo uso que él hizo de las tuyas. Puesto que todo lo que hay en ti pertenece a Nuestro Señor Jesucristo por infinidad de títulos, tiene derecho de hacer uso de ellas, según su santa voluntad, para gloria de su Padre como de algo que le pertenece totalmente. Si le pones impedimento le infieres atroz injuria al privarlo de un derecho que le es muy amado, pues lo adquirió con el precio de su sangre.

Puedes también, y es mejor, repetir varias veces *Alma de Jesús, santifícame.* Aplica estas palabras a tu alma primeramente y luego a cada una de sus facultades: a tu memoria, a tu entendimiento, a tu voluntad, a la parte superior de tu espíritu, a tus sentidos interiores y exteriores y a tus pasiones.

Al decir por primera vez, en voz alta, *Alma de Jesús, santifícame,* entrega de corazón tu alma al alma divina de Jesús, que está en ti mismo, para que la santifique uniéndola a sí, destruyendo en ella lo que desagrada a Dios, imprimiendo en ella una imagen de su vida, de sus sentimientos, de sus disposiciones y de sus virtudes.

¹⁹ **Nota del editor.** No se sabe por qué el P. Eudes atribuye esta oración a san Agustín. Algunos la atribuyen a san Ignacio de Loyola pues la usó al comienzo de *Los Ejercicios*. Se dice hoy que no es de su autoría. El P. Bartoli, biógrafo de san Ignacio, afirma haberla leído impresa en 1499, cuando san Ignacio tenía 8 años.

La decirlas la segunda vez, entrega tu memoria al alma santa de Jesús, para que la santifique, uniéndola a su memoria, y para que haga el mismo uso que ella hizo de su memoria.

Al decirlas por tercera vez, entrega tu entendimiento al alma santa de Jesús para que lo santifique, uniéndolo a su entendimiento y para que haga en él el mismo uso que ella hizo de su entendimiento.

Al decirlas por cuarta vez, entrega tu voluntad al alma deificada de Jesús para que la aniquile y establezca en ti la vida y el reino de la adorabilísima voluntad de Dios.

Al decirlas por quinta vez, entrega la parte suprema de tu espíritu al alma bendita de Jesús para que la santifique, uniéndola a su espíritu y para que ella de ella el mismo uso que ella hizo de la misma parte de su espíritu.

Al decirlas por sexta vez, entrega tus sentidos interiores al alma preciosa de Jesús para que los santifique, uniéndolos a los suyos y los use como ella lo hizo con los suyos.

Al decirlas por séptima vez, entrega tus sentidos exteriores al alma santa de Jesús para que los santifique, uniéndolos a los suyos y haga con ellos los mismos usos que practicó con los suyos.

Al decirlas por octava vez, entrega tus pasiones al alma sagrada de Jesús que las santifique, uniéndolas a las suyas y para que haga de ellas el mismo uso que hizo de las suyas.

Puedes hacer otro tanto con cada uno de tus sentidos, en especial de aquellos que te causan más dificultad; también con tus pasiones especialmente las que te presentan mayor resistencia como el amor desordenado de ti mismos y de las criaturas, o el odio y la cólera.

Continúa la oración y di: *Cuerpo de Cristo, sálvame.*

Al decir estas palabras entrega tu cuerpo al cuerpo adorable de Jesús para que él destruya en él cuanto disgusta a Dios y para que imprima en él una imagen viviente de sus santas cualidades y de sus excelentes virtudes.

Puedes repetir las varias veces, aplicándolas a los diferentes miembros de tu cuerpo, en particular a la lengua, las manos y los pies.

Corazón de Jesús, purifícame, ilumíname, enciéndeme. Al decir estas palabras entrega tu corazón al Corazón divino de Jesús que palpita en tu pecho, para que lo purifique, lo ilumine y lo encienda con el fuego sagrado de la hoguera ardiente que arde siempre en él, y que establezca su vida y su reino en él por siempre.

Sangre de Jesús, embriágame con el vino celeste del amor infinito que ha embriagado a mi Salvador y que hizo salir de sus venas hasta la última gota, para que me olvide de mí mismo y de todo y me pierda enteramente en mi Dios.

Agua del costado de Jesús, lávame, brotaste de la llaga sagrada del costado de Jesús. Lávame tan perfectamente que no quede nada en mí que desagrade a la vista de mi amabilísimo Redentor.

Pasión de Jesús, confórtame en mis penas, en mis debilidades, y contra toda tentación.

Oh buen Jesús, escúchame, por tu infinita bondad y por el amor inmenso por el que te diste a mí.

En este momento puedes pedir a Nuestro Señor todo cuanto deseas obtener de él, sea para ti o para otros.

Entre tus llagas escóndeme, en especial en la llaga de tu costado santo, de tu Corazón divino.

No permitas que me separe de ti jamás, de ti que eres mi alma, mi vida, mi espíritu, mi gozo, mi gloria, mi tesoro, mi corazón y mi todo.

Del enemigo malo defiéndeme, de su malignidad, del demonio, del mundo, de la carne, de mi amor propio, de mi propio espíritu, de mi orgullo, mi vanidad, mi voluntad propia.

En la hora de mi muerte llámame; mándame ir a t que eres mi principio, mi fin último, mi centro y mi soberano bien.

Para que con tus ángeles te alabe por los siglos de los siglos. Amén. Para que te ame, te alabe, te glorifique, con todos los ángeles y los santos, y con mi santísima Madre por siempre jamás. Amén.

Puedes decir todo esto vocalmente y de corazón al tiempo, o solo de corazón. Toma esta oración como materia de tu oración mental. Puedes usarla en todo tiempo, pero te digo y te exhorto de todo corazón que lo hagas sobre todo después de haber dicho la santa misa o de haber comulgado. Pues te ruego considerar repetidamente que Jesucristo Nuestro Señor es tu verdadera Cabeza y tú eres uno de sus miembros. De ahí se derivan cinco grandes verdades:

-1. Que se relaciona contigo como la cabeza con sus miembros. Que todo lo que es de él, también es tuyo: su espíritu, su Corazón, su cuerpo, su alma, todas las facultades de su cuerpo y de su alma; que debes hacer uso de todo ello como si fuera tuyo, para servir, alabar, amar y glorificar a Dios.

2. Que le perteneces como los miembros a su cabeza. Por eso desea ardientemente hace uso de cuanto hay en ti para el servicio y la gloria de su Padre, como algo suyo.

3. Que no solamente él te pertenece sino que quiere habitar en ti; quiere vivir y reinar en ti como la cabeza vive y reina en sus miembros; quiere que todo lo que hay en él viva y reine en ti: que su Espíritu viva y reine en tu espíritu; que su Corazón viva y reine en tu corazón; que todas las potencias de su alma, sus sentidos exteriores e interiores, sus pasiones, vivan y reinen en las facultades de tu alma, en tus sentidos interiores y exteriores, en tus pasiones para que se cumplan sus palabras: *Glorifiquen y lleven a Dios en su cuerpo* (1 Cor 6, 20), y que la

vida de Jesús se manifieste incluso en tu carne y en tu exterior (2 Cor 4 10).

4. No solo perteneces al Hijo de Dios. Debes estar en él como los miembros está unidos a su cabeza. Cuanto hay en ti debe estar incorporado en él y recibir vida y guía de él. Solo en él puedes encontrar vida verdadera; él es la única fuente de la vida verdadera y fuera de él solo encuentras muerte y perdición. Que él sea el principio de todas las actividades, tareas y funciones de tu vida; y, finalmente, no debes vivir sino de él, en él y por él, según la divina Palabra: *Ninguno de nosotros vive para sí y nadie muere para sí. Porque, sea que vivamos, vivimos para el Señor, sea que muramos, morimos para el Señor; sea que vivamos sea que muramos somos del Señor porque Jesucristo murió y resucitó a fin de reinar sobre muertos y vivos* (Ro 14, 7-9).

5. Con Jesús haces uno, como los miembros son uno con su cabeza. Por consiguiente solo debes tener un espíritu, un alma, una misma vida, una voluntad, un sentimiento, un corazón tanto corporal como espiritual con él; él mismo debe ser tu espíritu, tu corazón, tu amor, tu vida y tu todo.

Todo esto empieza en un cristiano por su Bautismo. Se acrecienta y fortalece con la Confirmación, y por el buen uso de las otras gracias que Dios le comunica. Recibe soberana perfección por la santa Eucaristía si aportamos las santas disposiciones que preceden, acompañan y siguen a la recepción de este gran sacramento. Si reflexionas en el contenido de la oración citada de san Agustín comprenderás por qué es aconsejable recitarla después de la santa comunión.

Vuelvo a ti, Madre admirable, para decir que en ti todas estas maravillas se cumplieron perfectamente y de manera eminente, sin comparación con nadie. De ti se puede afirmar verdaderamente que tu Hijo Jesús es todo en ti y que tú eres todo en él; que eres uno con él, y todo de forma excelentísima. Por tanto, su espíritu es tu espíritu, su Corazón, sea corporal o espiritual o divino, es tu Corazón; que él mismo es el espíritu de tu espíritu, el alma de tu alma, la vida de tu vida, y el Corazón de tu Corazón. Las criaturas todas del universo lo bendigan, alaben y glorifiquen eternamente, por todas las gracias que te ha concedido y por todos los poderes de su humanidad y de su divinidad.

LIBRO SEGUNDO

El Corazón del eterno Padre es el primer fundamento de la devoción al
Corazón admirable
de la santa Madre de Dios.
Doce hermosos cuadros para contemplar
este Corazón virginal.

CAPÍTULO I

Origen y fundamento
de la devoción al Corazón de la santa Virgen

Lo expuesto hasta ahora sería suficiente para demostrar que después de Dios nada hay en el universo que merezca tanto honor y veneración como el Corazón sagrado de la santa Madre de Dios, y que la devoción a este dignísimo Corazón es muy santa y agradable a su divina Majestad, y muy útil a todos los cristianos. Para acrecentarla y fortalecerla en los corazones donde ya existe y tratar de establecerla donde todavía no ha encontrado lugar, es mi deseo demostrar ampliamente que esta devoción no carece de fundamento y razón sino que tiene bases sólidas y firmes, de forma que todos los poderes de la tierra y del infierno son incapaces de hacerla tambalear.

El primer fundamento y la primera fuente de la devoción al santísimo Corazón de la santa Virgen es el Corazón adorable del eterno Padre y el amor incomprensible de que este Corazón está colmado a la amabilísima Madre de su Hijo amadísimo. Ese amor lo ha llevado a darnos varias imágenes bellas, y excelente cuadros del dignísimo Corazón de esta divina Madre.

Este Padre omnipotente, a quien se atribuye la creación del mundo y el establecimiento de la Ley antigua, tuvo a bien figurarnos y expresarnos por doquier en el universo y en los misterios, sacrificios y ceremonias de la antigua Ley, a aquel por el cual hizo todo y por el cual quiso rehacer y repararlo todo pues es el fin y la perfección de toda la Ley. En efecto, ha querido que en las Escrituras sea presentado con el nombre y las calidades de sol, de lluvia y rocío, de fuente, de río y mar, de tierra, de águila y león, de cordero, de piedra, de lirio, de viña, de vino y de trigo, y de muchos otros semejantes. Todo esto es bosquejo y figura de este Hombre-Dios y de sus atributos y perfecciones. El maná, el cordero pascual, las víctimas y todo el contenido de la Ley mosaica eran igualmente sombras de él mismo y de los misterios que iba a obrar en la tierra.

El Padre Dios, con gran complacencia, diseñó a la que había escogido desde la eternidad para ser la Madre de este adorable Reparador, tanto en el estado de este mundo visible como en el de la Ley de Moisés. *Anunciada por los profetas, die san Jerónimo, figurada por los patriarcas, con enigmas prefigurada, exhibida y mostrada por los*

*evangelistas*²⁰. La predijeron los profetas desde mucho tiempo antes de su nacimiento; los patriarcas la designaron bajo diversas figuras y los evangelistas nos la anunciaron. San Ildefonso afirma que en ella se realizan las predicciones de los profetas y los enigmas de las Escrituras²¹. Y él mismo añade que el Espíritu la predijo por los profetas, la anunció mediante diversos oráculos, la manifestó bajo figuras, la predijo en todo lo que la precedió, y la confirmó por lo que la siguió²².

San Juan Damasceno dice que el paraíso terrenal, el arca de Noé, la zarza ardiente, las tablas de la ley, el arca de la alianza, el vaso de oro en que se conservó el maná, el candelero de oro que reposaba en el tabernáculo, la mesa de los panes de la proposición, la vara de Aarón, la hoguera de Babilonia eran figuras de esta incomparable Virgen.

Hugo de san Víctor abunda al respecto diciendo: “Ciertamente, cuanto hay de loable y excelente en las Escrituras y en todas las criaturas puede ser empleado en la alabanza de María, la Madre de Dios. Ella es aurora que previene la salida del sol, flor hermosa, rayo de miel y dulzura, violeta humilde, rosa de caridad, lirio de pureza, viña que llena la tierra y fruto delicioso que deleita el cielo, perfume hecho con todos los aromas cuyo suave olor se difunde por el universo, fortaleza imposible de asaltar, torre y muralla inexpugnables, escudo impenetrable, columna incommovible, esposa de fidelidad invencible, amiga de amor sin par, Madre de fecundidad del todo divina, Virgen íntegra e inmaculada, dama digna y poderosa, reina majestuosa, oveja inocente, cordero de candor y pureza, paloma sencilla, tórtola castísima”²³.

San Bernardo va más allá. “La dama soberana de todo no es solo un cielo y un firmamento más sólido que todos los firmamentos sino que tiene otros nombres y es significada por otras realidades: es el tabernáculo de Dios, su templo, su casa, su alcoba, su lecho nupcial, el arca del diluvio, la paloma portadora de la rama de la paz, arca de la alianza, bastón milagroso de Moisés, vaso de oro lleno de maná, el

²⁰ *Sermón de la Asunción*

²¹ *Sermón 1.*

²² *Libro de la virginidad de María.*

²³ *Sermón 34,*

maná mismo, la vara florida de Aarón; es el vellón de Gedeón, la puerta de Ezequiel, la estrella de la mañana, aurora que anuncia la salida del sol, lámpara ardiente y brillante, trompeta que anima a los soldados de Jesucristo para el combate y aterroriza a los enemigos; montaña mayor que todas las montañas, hontanar de los jardines, desierto lleno de misterios y prodigios, columna de nube y fuego, tierra prometida que mana leche y miel. Estrella del mar, navío enviado por Dios para atravesar seguros el mar proceloso del mundo, vía que debe seguirse para llegar felizmente al puerto, divina red que usa Dios para atrapar las almas, viña del Señor, su campo y su granja.

“Es el establo sagrado de Belén, el pesebre santo del Niño Jesús. Es el palacio del gran rey, su sala de despacho, su fortaleza y su ejército, su pueblo, su reino, su sacerdocio. Es la amadísima oveja del soberano Pastor, la madre y la nodriza de las demás ovejas. Es el verdadero paraíso terrenal, el árbol que da el fruto de la vida. Es el bello y precioso ropaje del que Dios se revistió, la perla de valor inestimable, el candelero de oro de la casa de Dios, la mesa de los panes de la proposición. Es la corona del rey eterno, su cetro, el pan que nutre a sus hijos, el vino que llena de alegría sus corazones, el aceite que los hermosea, los alimenta y fortalece. Es el cedro del Líbano, el ciprés del monte Sion, la palma de Cadés, la rosa de Jericó, bello olivar de sus campos, árbol plantado al borde de las aguas, canela y bálsamo de suavísimo aroma, mirra exquisita y escogida, cuya fragancia es agradable, incienso que perfuma el entorno. Es nardo, zafrán, azúcar que menciona el Espíritu Santo en el Cantar. Es hermana esposa, hija y madre al tiempo.

“En una palabra, de ella, por ella y para ella las Escrituras se hicieron y todo el mundo fue creado. Dios la colmó de su gracia; por su medio el mundo fue rescatado, el Verbo se hizo carne; Dios se humilló hasta lo infinito, el hombre fue exaltado hasta lo posible”. Estos son los sentimientos de san Bernardo.

Ricardo de San Lorenzo, se extiende mucho más. Nos presenta más de cuatrocientos datos sacados de las Escrituras y de otras fuentes para delinear la persona de la sacratísima Madre de Dios, en sus misterios, calidades y virtudes²⁴.

Observa, te ruego, que así como el Padre eterno no se contentó con presentar la persona de su Hijo Jesús con rasgos de Abel, Noé,

²⁴ *De laudib. Mariae*, lib 1 y siguientes.

Melquisedec, Isaac, Jacob, José, Moisés, Aarón, Josué, Sansón, Job, David y muchos otros santos que precedieron su venida a la tierra no temió ir más allá y nos dio hermosos cuadros de sus misterios, como el de su desposorio con la naturaleza humana por el misterio de la encarnación, de la pasión, muerte, resurrección y ascensión. Igualmente no le bastó figurarnos y representarnos la persona de la queridísima Madre de su amado Hijo, en María, la hermana de Moisés, en la profetisa Débora, de la ponderada Abigaíl, la prudente Tecuita, la casta y generosa Judit, la bella y santa Ester y de otras semejantes. Pero fue más allá y nos dio imágenes y retratos de sus misterios, cualidades, virtudes, e incluso de las más nobles facultades de su cuerpo virginal. Así aparece en las Sagradas Escrituras, en especial en el capítulo 24 del Eclesiástico y en el libro del Cantar. Allí su concepción inmaculada es representada con el lirio que crece en medio de espinas sin recibir heridas (Cantar 2, 2); su nacimiento con la aurora, fin de la noche y nacimiento del día (Cantar 6, 9); su ascensión al cielo con el arca de la alianza que san Juan vio en el cielo (Ap 11, 19); la cima de su dignidad, de su poder y santidad con la altura de los cedros del Líbano (Sir 24, 13); su caridad con la rosa, su humildad con el nardo, su paciencia con la palma, su misericordia con el olivo, su virginidad con la puerta cerrada del templo que Dios mostró a Ezequiel, su cabeza con el monte Carmelo, su cabellera con la púrpura del rey, sus ojos con los de la paloma y las piscinas de Hesebon, sus mejillas con las de la tórtola, su cuello con una torre de marfil²⁵

El Padre celestial ha querido poner ante nuestros ojos varias figuras hermosas y cuadros maravillosos de este santísimo Corazón. Quiere que veamos cómo le es amado y precioso y que sus privilegios, perfecciones y maravillas son tan innumerables que no pueden ser pintados y representados sino mediante cantidad de figuras y cuadros.

¿Dónde están estas figuras y estos cuadros del Corazón admirable de la Madre del amor hermoso? Entre muchos otros descubro doce muy excelentes: seis en las partes principales del mundo, es decir, en el cielo, en el sol, en la tierra, en la fuente que regaba toda la tierra de que se habla en el capítulo segundo del Génesis; en el mar y en el paraíso terrenal. Las seis restantes en seis realidades muy considerables que se ven en este mundo, desde Moisés hasta la muerte de Jesucristo, esto es, desde la zarza ardiente que vio Moisés en el monte Horeb, en el

²⁵ Sir 39, 17; 24, 18.19; 44, 2; Cantar 1, 9. 11; 11, 5; 7, 4.5; 7, 4; Ez 44, 2

arpa misteriosa del rey David de que se habla en varios lugares de las divinas Escrituras, en el trono magnífico de Salomón, en el templo suntuoso de Jerusalén, en la hoguera prodigiosa de que habla Daniel, capítulo 3º, y en la montaña santa del Calvario.

Estos son los doce hermosos cuadros que representan el Corazón augusto de la reina del cielo. Los vamos a estudiar uno por uno para movernos a alabar y bendecir la mano del divino pintor que los hizo; a reverenciar y admirar las singulares perfecciones del prototipo del cual son solo imágenes, y a concebir alta estima de la devoción a este sagrado Corazón de la Madre de Dios; es devoción muy sólida y bien fundamentada cuyo primer fundamento y primer origen es el Corazón adorable del eterno Padre que nos ha regalado estos retratos.

CAPÍTULO II

Primer cuadro: el Corazón de María es un Cielo

El primer cuadro que el Padre celestial nos ha dado del Corazón incomparable de su Hija muy amada de su Corazón es el Cielo. Este Corazón purísimo es un auténtico cielo. Los cielos que nos cubren no son más que sombra y figura de él. Es Cielo elevado sobre todos los cielos. De él habla el Espíritu Santo cuando dice que el Salvador del mundo sale de un cielo más excelente que los otros cielos: *Sale del sumo cielo* (Sal 19, 7) para venir a realizar en la tierra la salvación universal. Al formarlo en su Corazón esta Madre admirable, antes de concebirlo en sus entrañas, lo tuvo oculto en ese mismo Corazón, como lo estuvo desde toda la eternidad en el seno del Padre. De allí salió para manifestarse a los hombres. Salió del cielo y del seno de su Padre, sin abandonarlo, *Excessit, non recessit*, dice Tertuliano, así salió del Corazón de su Madre, que es un cielo del que salió, permaneciendo sin embargo siempre ²⁶en él con permanencia eterna: *Oh Dios, tu Verbo permanece en el cielo* (Sal 109, 89).

San Juan Crisóstomo al hacer el elogio del corazón del apóstol san Pablo, no temer decir que es un cielo, con cuanta mayor razón se puede dar este calificativo al Corazón celeste de la reina de los apóstoles.

²⁶²⁶ Hom 55 al cap. 28 de Hechos.

El cielo puede llamarse obra de las manos divinas: *Los cielos son obra de tus manos* (Sal 102, 26). El Corazón de la divina María es obra maestra incomparable de su omnipotencia, de su sabiduría incomprensible y de su bondad infinita.

Dios hizo el cielo para morada de su divina majestad: *El Señor preparó en el cielo su sede* (Sal 103, 19). El llena el cielo y la tierra con su divinidad: *Lleno el cielo y la tierra* (Jer 23, 24), pero más el cielo que la tierra pues allí puso la plenitud de su grandeza, de su poder y de su magnificencia divina: *Tu magnificencia se eleva sobre los cielos* (Sal 8, 2). Puede decirse entonces que el Corazón de la sacratísima Madre de Dios es el verdadero cielo de la Divinidad, de los divinos atributos, de la santísima Trinidad, en el que la divina esencia, con todas sus perfecciones, y las tres eternas Personas han hecho siempre su morada de manera admirable.

Escucho a un soberano Pontífice decir que la plenitud de la Divinidad ha hecho su morada en el cuerpo sagrado y en las benditas entrañas de esta Virgen Madre: *En ella habitó corporalmente la plenitud de la Divinidad*²⁷. Escucho también que usa parecido lenguaje: *María, como si fuera un cielo, mereció ser sagrario de la plenitud de la Divinidad*²⁸. Hizo morada en el cuerpo adorable de Jesucristo, y por consiguiente en el cuerpo virginal de su divina Madre, en su residencia de nueve meses en ella. ¿Quién dudaría que la plenitud de la Divinidad no haya hecho igualmente morada antes en su Corazón? Imposible dudar que la plenitud de la Divinidad haya morado en este Corazón admirable como en su cielo, no solo por espacio de nueve meses sino siempre, después como antes, pues Jesús al salir de las entrañas de María siguió morando en su Corazón y allí permanecerá eternamente.

Escúchalo que dice: *Si alguno me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos* (El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) *a él y haremos nuestra habitación en él* (Jn 14, 23), o sea, en su corazón y en su alma. Jamás nadie ha amado tanto a Jesús como María ni nadie ha seguido más fielmente sus palabras. Reconoce entonces que su Corazón es un cielo en el que la santa Trinidad tiene residencia de manera más digna y excelente que en cualesquiera otros corazones que aman a Dios.

Todo ese universo es casa de Dios. Es el primer templo que él mismo se construyó para ser adorado, alabado y glorificado en él por

²⁷ Inocencio III, -ser. 2 de la

²⁸ San Pedro Damiano, *Serm. 3 de ativ. Mariae*.

todas sus criaturas. *Oh Israel, qué grande es la casa de Dios y espacioso el lugar de su posesión* (Bar 3, 24). La parte más santa de esta casa de Dios y el lugar más sagrado es el cielo, que es su santuario: *Mira desde tu santuario y del excelso habitáculo de los cielos* (Dt 26, 25). Por eso las divinas Escrituras lo llaman *el lugar santo de Dios* (Sal 68, 6).

Me atrevo a decir que el Corazón de la santa Virgen es un cielo más santo, y que en él Dios hace su morada más santamente que en el primer cielo. En efecto, la divina Palabra me enseña que los cielos no son puros a los ojos de Dios: *Los cielos no son puros en su presencia* (Job 15, 15). Atrevidamente digo con san Anselmo que "el Corazón de la reina de los ángeles es tan puro que, aparte la pureza divina, no se puede concebir otra mayor"²⁹. Los cielos fueron manchados por la soberbia de Lucifer y de los ángeles réprobos, pero, ningún pecado, ni original ni actual, entró en el Corazón inmaculado de la muy humilde María.

Aunque Dios sea el soberano Monarca del cielo y de la tierra, solo reina absoluta y perfectamente en el cielo. *El cielo es el trono de Dios* (Mt 5, 34) dice el Hijo de Dios. Según la divina Palabra el cielo es llamado *el Reino de Dios* (Lc 6, 20), *Reino de los cielos* (Mt 5, 20). Todo porque allí Dios reina soberanamente.

Nadie puede dudar que reine con mayor magnificencia en el Corazón de la reina del cielo. En el cielo no ha podido reinar siempre perfectamente, pues la rebelión de los ángeles apóstatas se lo impidió; en cambio en el Corazón virginal de María ha ejercido su imperio sin obstáculo alguno. Para su divina Majestad ha sido más glorioso reinar en el Corazón de la soberana emperatriz del universo, que sobrepasa en dignidad, santidad y poder cuanto hay de grande y santo en el mundo, que hacerlo en los corazones de los hombres y los ángeles.

En la Iglesia se escucha resonar todos los días el divino cántico de alabanza a la Trinidad santa: *Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de su gloria*. Con todo, esta gloria no resplandece y no se manifiesta tanto en la tierra como sí en el cielo, pues allí Dios ostenta claramente su gloria y sus grandezas: *Su gloria cubrió los cielos* (Hab 3, 3)

Proclamo con todas las fuerzas que el Corazón de la Madre de amor es un cielo más lleno de la majestad de la gloria de Dios que todos los cielos. Ciertamente es un cielo en el que Dios ha sido, es y será

²⁹ *De concept. Vir. Cap. 18*

eternamente adorado, alabado y glorificado más santa y perfectamente que en todas las criaturas que existen en la tierra y en el cielo. Esta preciosa Virgen lo ha adorado, alabado y glorificado siempre con toda la capacidad de gracia de su alma y de su Corazón. La gracia que le fue dada desde el momento de su Concepción fue más excelente, al decir de varios grandes doctores, que toda otra gracia que haya sido jamás comunicada a ángel alguno en el cielo o a hombre alguno en la tierra.

Es cierto que la divina Majestad hizo maravillas en la parte más alta y noble del mundo, que es el cielo, y en cuantos lo habitan. Pero ¿quién podrá comprender los efectos admirables de luz, de gracia, de amor y santidad que los divinos atributos y las Personas eternas han obrado en el Corazón de la Madre de Dios?

Escucho decir a la divina Palabra que el Espíritu de Dios ha adornado el cielo con magníficos ornamentos: *Su espíritu adornó los cielos* (Job 26, 13), con el sol, la luna y las estrellas. Pero enriqueció y adornó nuestro nuevo cielo, el Corazón de nuestra reina, con un sol infinitamente más esplendoroso que es el amor divino; con una luna incomparablemente más luminosa que es la fe; con un ejército de estrellas mucho más brillantes que son todas las virtudes.

Lo que dice san Bernardo sobre la Virgen puede decirse de su Corazón virginal: que es un cielo y un firmamento en el que Dios ha puesto el verdadero sol, la luna verdadera y las estrellas auténticas, es decir, Jesucristo que habita de continuo en ella; la Iglesia que también está allí con su cabeza bajo formas diversas; está en ella más santamente que en el corazón de san Pablo, quien asegura a los fieles que los lleva en su corazón: *Los llevo en mi corazón* (Fp 1, 7), junto con innumerables gracias y prerrogativas: *En este firmamento puso Dios el sol, la luna, Cristo y la Iglesia, y las estrellas, prerrogativas numerosas de gracias*³⁰.

Las divinas Escrituras llaman al sol *el muy rico tesoro de Dios* (Dt28, 12). Mostraré por otra parte que el Corazón de la Reina del cielo es el tesoro de los tesoros de la Majestad divina, en que ha encerrado riquezas sin cuento.

Este Corazón admirable es cielo empíreo, o sea, cielo de fuego y llamas por entero, pues estuvo siempre abrasado de fuegos y llamas de un amor del todo celeste y de un amor más ardiente y santo que el

³⁰ San Bernardo, *Sermón 3 sobre la Salve*

amor de los serafines y de los mayores santos que habitan el cielo empíreo.

Es el cielo de los cielos, hecho para solo Dios, herencia preciosa y rica heredad del Señor que la ha poseído siempre perfectamente (Sal 114, 16). Y lo es por tres grandes razones:

Primero, ¿no es cierto que su Hijo Jesús es el verdadero cielo de la santísima Trinidad, pues el Espíritu Santo nos asegura que la plenitud de la divinidad mora en él (Col 2, 9)? ¿No vimos ya que Jesús ha habitado y habitará por siempre en el bienaventurado Corazón de su dignísima Madre? Y no es de admirar pues según la Palabra de Dios él habita desde esta vida en los corazones de los que creen en él con fe viva y perfecta (Ef 3, 17). En consecuencia, puesto que este amable Salvador es un cielo y dado que no tiene morada más gloriosa y feliz, después del seno adorable de su Padre eterno, que el Corazón de su divina Madre, que es otro cielo, es un cielo que habita en otro cielo. Por tanto el Corazón de la Madre de Jesús es el cielo del cielo.

Segundo, es el cielo del cielo pues la preciosa Virgen, considerada en su persona, es un verdadero cielo. Así la llama el Espíritu Santo, según interpreta un sabio y piadoso autor: *Desde el cielo Dios miró a la tierra* (Sal 102, 20), es decir, el Señor, que ha fijado su morada en la santa Virgen como en un cielo, ha puesto sus ojos misericordiosos en la tierra, en los pecadores. Esa Virgen maravillosa es un cielo porque como todo lo que vive bajo el cielo, en el orden de la naturaleza, recibe la vida por influencia de los cielos, así la Iglesia nos dice que la vida de la gracia nos es concedida por la bienaventurada Virgen. Esta incomparable Virgen es un cielo, y cielo nuestro en el mundo de la gracia, porque después de Dios ella es fuente de nuestra vida sobrenatural, y por tanto se puede decir que su Corazón es el cielo del cielo, por ser el principio tanto de su vida corporal como de la espiritual, de que gozó en la tierra como de la eterna, según veremos.

Tercero, este Corazón maravilloso es el cielo del cielo, porque, según san Bernardo, contiene en sí toda la Iglesia, que la Escritura llama Reino de los cielos, y todos los hijos de la Iglesia, como dijimos, reciben por su medio la vida de la gracia. Si san Pablo asegura a los cristianos de su tiempo que están alojados en sus entrañas (2 Cor 7, 3) ¿quién se atrevería a desmentir a san Bernardino de Siena³¹ cuando dice que la preciosa Virgen lleva en su Corazón a todos sus hijos como buena

³¹ Tom. 3. Serm. 6. Art. 22, cap. 2

Madre? ¿Quién me contradice si digo que, como consecuencia, ella llevará eternamente a todos los habitantes del cielo en su Corazón, que es, por tanto, el cielo del cielo, verdadero paraíso de los bienaventurados, lleno de gozo y delicias para ellos, a causa del amor inconcebible de que este Corazón maternal está encendido hacia ellos? Por eso éste será su canto eterno: “Oh santa Madre de Dios, tu amor sin límites ha ensanchado tu corazón hasta tal punto que es como ciudad inmensa, o mejor como un cielo ilímite, todo lleno de consuelos inefables y de gozos inenarrables para tus hijos amadísimos, cuya mansión serás para siempre”.

De esta manera el Corazón amabilísimo de nuestra divina Madre es un cielo, un cielo empíreo, y el cielo del cielo. ¡Oh cielo, más elevado, dilatado y amplio que todos los cielos! ¡Oh cielo que lleva en sí a quien los cielos de los cielos no pueden contener! ¡Oh cielo más colmado de alabanzas, de gloria y amor por Dios que ese cielo admirable, morada de la eterna beatitud! ¡Oh cielo, en el que el Rey de los cielos reina más perfectamente que en el resto de los cielos! ¡Oh cielo en el que la santa Trinidad mora más dignamente y obra cosas mayores que en el cielo empíreo! ¡Oh cielo en el que la divina misericordia ha establecido su trono y dispone todos sus tesoros para dar audiencia a todos los míseros y socorrerlos en sus necesidades! (Sal 26, 6). Vamos, acudamos confiados, visitemos este trono de gracia para presentar a su muy benigno Corazón las gracias que necesitamos para ser gratos a la divina Majestad.

¡Oh cielo donde están escritos los nombres de todos los verdaderos hijos de la Madre de amor! ¡Alégrense, salten de gozo todos ustedes que tienen la fortuna de ser contados entre los hijos de esta santa, buena y muy amable Madre! Sus nombres están escritos en el cielo de su Corazón maternal. Levanten a menudo los ojos y el corazón hacia ese hermoso cielo. De él deben esperar luz, fortaleza, auxilios que necesitan para no caer en las trampas peligrosas que sus enemigos tienden por doquier; para deshacerse de lazos terrenos; para combatir y vencer el amor del mundo y de sí mismos que le enfrentan dura guerra; y para hacer generosa y fielmente el objetivo por el que los creó y rescató: para amar fuerte, pura y únicamente a su Creador y Redentor, y para ser también ustedes un cielo a imitación del cielo del cielo; para ser lugar santo, elevado por encima de todo lo terreno, donde el Santo de los santos more continuamente y donde sea adorado,

alabado, glorificado sin cesar, y donde el amor, la caridad, la santidad, la misericordia y todas las demás virtudes reinen perfectamente.

CAPÍTULO III

Segundo cuadro: El Corazón de la Virgen es un Sol

El segundo cuadro que el Creador del cielo y de la tierra nos ha dado del divino Corazón de la reina de la tierra y del cielo es el sol. No solo hizo este maravilloso astro para ser la luminaria de este mundo; lo hizo también para ser el retrato de las perfecciones excelentes del Corazón luminoso de la soberana Señora del universo. Tú sabes que la infinita omnipotencia compuso este gran universo dividido en tres estados u órdenes diferentes: la naturaleza, la gracia y la gloria. Su divina sabiduría estableció relación, vínculo y semejanza perfecta entre estos tres estados, y entre todo lo que ellos encierran, de forma que todo lo que se da en el orden de la naturaleza es imagen de lo que se da en el orden de la gracia, y todo lo que se da en la naturaleza y la gracia es figura de lo que se da en la gloria. De donde se concluye que el sol, que es como el corazón de este mundo visible, la más bella y esplendorosa obra de la naturaleza, no es, sin embargo, con todas sus brillantes luces, sino oscura sombra de nuestro divino sol que es el Corazón de la Madre de Jesús.

¡Qué hermoso cáliz es el sol! Dice la divina Palabra: obra es del Soberano. Grande es el Señor que lo hizo: *Vaso admirable, obra del Excelso, grande es el Señor que lo hizo* (Sir 43, 2.5). Digamos del muy excelente Corazón de la Madre de Dios: obra maestra, incomparable, de la mano omnipotente del Altísimo; compendio de cuantas maravillas hizo en las criaturas, objeto eterno de la admiración y asombro de hombres y ángeles; grande, y muy grande es el que lo hizo pues su divina magnificencia se manifiesta más en este Corazón admirable que en todo cuanto hay de maravilloso en la naturaleza, la gracia y la gloria.

El sol que ilumina el mundo visible, que es como su corazón, es todo luminoso, todo luz y hontanar de todas las luces de los demás

astros del firmamento. El Corazón de María está totalmente rodeado, rebosante, penetrado de luz, pero de un brillo incomparablemente más luminoso y excelente que todas las luces del firmamento. Es todo él luz y, después de Dios, la fuente primera de todas las luces que iluminan el cielo de la Iglesia. *Yo hice en lo cielos que se originara una luz indeficiente* (Sir 24, 6). Sol admirable, en el que descubro doce luces diferentes. Escucho a san Alberto el Grande decir que, no sin razón, María quiere decir iluminada, iluminadora e iluminante, revestida del sol eterno, con la luna a sus pies, llena de diez clases de luces³².

1. Las luces adquiridas por el uso de la razón, muy purificada en ella, jamás entenebrecida por el pecado.
2. Las luces recibidas por la lectura de los santos Libros.
3. Las luces recibidas en su espíritu por la muy sublime contemplación.
4. Las luces de que su Corazón fue lleno por el trato que tuvo con los santos ángeles.
5. Las que recibió de Dios inmediatamente.
6. Las luces que recibió por el gusto y la continua experiencia de las cosas divinas.
7. Las luces derramadas en ella por el saludo y las palabras del ángel san Gabriel.
8. Las que recibió por la venida del Espíritu Santo a ella en el momento de la encarnación.
9. Las maravillosas claridades con las que el Padre de las luces llenó su Corazón cuando la revistió de su divino poder para formar en sus sagradas entrañas al que es la luz eterna.
10. Las luces inconcebibles de que fue colmada cuando la plenitud de la divinidad hizo morada en su cuerpo por espacio de nueve meses y en su Corazón por siempre.

A estas añado dos más: una undécima, aquella con que su espíritu fue iluminado por la comunicación ininterrumpida que tuvo con su Hijo amadísimo durante todo el curso de su vida mortal en la tierra y desde su resurrección hasta su ascensión al cielo. Y una duodécima que comprende las luces inefables de que fue colmada cuando la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, incomprensibles a todo otro entendimiento, e indecibles en toda lengua.

³² *Coment. al cap. de Lucas.*

El sol es el principio de la vida vegetativa, sensitiva y animal del mundo visible. El Corazón de la santa Virgen es fuente de vida de tres grandes mundos. En primer lugar lo vimos como fuente de la vida de la Madre de Dios, que es mundo lleno de cosas grandes y maravillosas, ajenas a este mundo que contemplan nuestros ojos.

Añado que él es la fuente de tres vidas diferentes que se encuentran en esta divina Madre: de la vida humana y natural en su cuerpo durante su paso en la tierra; de la vida espiritual y sobrenatural que su alma poseía entonces; y de la vida gloriosa y eterna de que su alma y su cuerpo gozan en el cielo. Porque, como todo el mundo lo piensa, si el corazón es el principio de la vida del cuerpo, es preciso aceptar que es origen de la vida del alma tanto en la tierra como en el cielo, siendo como es la fuente del amor y la caridad que son la verdadera vida del alma cristiana en tiempo y eternidad.

En segundo lugar, el Corazón de la Madre de Dios es principio de la vida de otro mundo más admirable que el precedente. ¿De qué mundo se trata? Es el Hombre-Dios, colmado de infinidad de singularidades y maravillas. Este Hombre-Dios es hijo de María, y por tanto el Corazón de María es fuente de su vida puesto que el corazón de la madre es principio de la vida del niño y de la madre.

En tercer lugar, el Corazón de la Madre del Salvador es origen de la vida de un tercer mundo, compuesto de todos los verdaderos hijos de Dios, que viven en la tierra animados de la vida de la gracia, y, en el cielo, de la vida de la gloria. Después de Dios, reciben ambas vidas de la Madre de aquel que es su cabeza y del que son miembros; por ellos son deudores de su santísimo Corazón que por su profunda humildad, por su pureza virginal y por su amor ardentísimo la hizo digna de ser la Madre de Dios y de todos los hijos de Dios.

San Juan Crisóstomo dice con razón que el corazón de san Pablo es *el corazón de todo el mundo* pues "por medio de este corazón apostólico el Espíritu de la vida verdadera se derramó sobre todas las cosas y fue dado a los miembros de Jesucristo".³³

³³ Hom. 23, sobre el cap. 16 de la carta a los Romanos.

Con cuanta mayor razón cabría decir lo mismo del muy caritativo Corazón de la reina de los apóstoles. Muy cierto es que es el corazón de todo el universo, corazón del cielo y de la tierra, corazón de la Iglesia peregrinante, sufriente y triunfante, pues el Espíritu Santo nos hace cantar: "Naciones todas redimidas por la sangre preciosa de Jesús, regocíjense, alaben a su Redentor y a su gloriosa Madre. Estaban condenados a muerte eterna pero el Hijo de María los rescató y la Madre de Jesús les devolvió la vida, vida eterna, al darles a su Hijo que es la vida esencial y fuente de toda vida".

Madre de vida, tu divino Esposo, el Espíritu Santo pronunció, por uno de sus más señalados servidores, san Juan Damasceno, que tu eres *tesoro de vida*³⁴. Este elogio se dirige primera y principalmente a tu dignísimo Corazón. Es el tesoro de toda clase de vida. Es tesoro de la vida de un Hombre-Dios. Tesoro de la vida de una Madre de Dios, de su vida corporal, de la espiritual y de la eterna; es tesoro de la vida de los hijos de Dios, de la vida santa de sus almas mientras están en la tierra y de la vida bienaventurada de sus almas y de sus cuerpos cuando estén en el cielo una vez resucitados. ¡Oh cómo es cierto que el sol, brillante y esplendoroso de luz y belleza es solo una sombra muy oscura del Corazón de la reina del cielo. Aquel es solo principio de vida terrestre, animal y mortal; éste es fuente de vida celestial, divina e inmortal.

El sol está en perpetuo movimiento desde la creación y su curso es tan rápido que según suponen los matemáticos en cada hora recorre más de un millón de leguas. El Corazón de la Madre del amor hermoso, desde el momento de su inmaculada concepción, ha estado en movimiento continuo de amor a Dios y de caridad al prójimo. Mientras este Sol estuvo en la tierra, corrió, mejor voló, con tal rapidez en el camino de la santidad que la velocidad del sol material no es sino sombra y figura de aquella. Nuestro divino Sol hizo, sin comparación, más camino en la carrera mística y sobrenatural en el mundo de la gracia, que el que hace el sol al girar en torno a este mundo visible.

La divina Palabra nos enseña que el sol es el tabernáculo de Dios: *Puso en el cielo su tabernáculo* (Sal 19, 6). Esto es mucho

³⁴ *Sermón de la Asunción*

más verdadero dicho del Corazón de la preciosa Virgen. San Ambrosio le aplica así estas palabras, especialmente a su Corazón: “En él Dios ha hecho su morada más gloriosamente y obra prodigios mayores que en el sol”. Escucho al Padre eterno que dice que el trono de su Hijo es como un sol en su presencia (Sal 89, 38). ¿Cuál es ese trono del Hijo de Dios sino el Corazón de su Madre amadísima? El es ese Sol que brilla sin cesar ante la faz del Padre de las luces.

El sol material derrama su luz, calor e influencias sobre todo lo que hay en la tierra. Este Sol místico difunde sus luces santas, sus divinos calores, y sus celestes influencias por doquier, en el cielo y en la tierra, sobre hombres y ángeles: *No hay quien escape a su calor* (Sal 19, 6). Con su aspecto regocija a todos los habitantes de este mundo elemental; pero beatifica todo el universo con su grande e inmensa caridad de que rebosa hacia todas las criaturas de Dios: *Anuncia gozo al universo entero*. Es consuelo de las almas que penan en el purgatorio; alegría de los fieles que habitan la tierra; júbilo de los ángeles y los santos que viven en el cielo.; complacencia y delicia de la Trinidad santa; gozo universal de todo el mundo, al decir de san Germán de Constantinopla³⁵; océano inagotable de felicidad según san Juan Damasceno³⁶.

Quiten el sol que ilumina el mundo sensible, dice san Bernardo, *¿Qué sería del día? ¿Supriman a María, estrella del mar, (o bien supriman el Corazón de María, sol verdadero del mundo cristiano), qué pasará sino que quedaremos sumergidos en horribles tinieblas y sepultados en sombras de muerte*³⁷?

Se cuenta de un célebre astrólogo, tan apasionado del sol, que hizo de él el principal objeto de su estudio y de su ciencia. Quería mirarlo siempre y sintió placer en arriesgar su vista para contemplarlo. Se tuvo por afortunado al haber perdido sus ojos por esa causa. Ojalá todos los cristianos tuvieran tanta pasión por este maravilloso Sol, como el de ese sabio por el astro que vemos al igual que lo ven los animales.

³⁵ *Homilía en la Natividad de María;*

³⁶ *Oración 2 en la Dormición de la Madre de Dios.*

³⁷ *Sermón del acueducto en la Natividad de María*

¡Oh bondadoso Corazón de mi reina, mi amabilísimo Sol, qué afortunados son los corazones que te aman! ¡Cuán dichosos son los entendimientos que estudian tus excelencias y las lenguas que las predicán y las cantan! ¡Dichosos los ojos que te contemplan! Entre más te contemplan más desean contemplarte y reciben más luz y fortaleza para hacerlo. Es cierto que los encegueces pero solo para no ver lo terrenal y los haces más clarividentes ante lo celestial y eterno. Bienaventurada ceguera que hace decir con san Pablo: *No tenemos ojos para lo visible sino solo para lo invisible: lo que se ve con los ojos corporales es transitorio pero lo que se ve con los ojos de la fe es eterno y permanente* (2 Cor 4, 18).

¡Oh Sol admirable, oh dignísimo Corazón de mi muy venerada Madre, me regocija infinitamente verte tan luminosa y brillante en toda clase de perfecciones! Gracias eternas se tributen por todos los corazones y lenguas de hombres y ángeles al que es el Sol por esencia e increado, por haberte hecho partícipe en tan alto grado de sus divinas calidades. Sol hermoso, ilumina nuestras tinieblas, calienta nuestras frialdades, disipa las nubes y oscuridades de nuestras mentes, enciende nuestros corazones en fuegos sagrados, derrama sin cesar tus suaves efluvios en nuestras almas para que en ellas florezcan todas las virtudes y sean fecundas y fértiles en buenas obras. Por tu mediación ante la divina bondad, haz que vivamos en la tierra de la vida del cielo, y que no busquemos otra felicidad que la propia de los hijos de Dios que no quieren cosa distinta de agradar a su amabilísimo Padre y seguir siempre su divina voluntad.

Sol divino, concede que nuestro corazón sea espejo terso y claro; complácete en fijarte e imprimirte tú mismo en él para que sea imagen perfecta de tu humildad, pureza y sumisión a la divina Voluntad; de tu caridad, amor, santidad y de todas las demás virtudes y perfecciones. Que sea todo para la sola gloria de quien la hizo solo para él.

CAPÍTULO IV

*Tercer cuadro: representa el Corazón de la santísima Virgen
como EL MEDIO DE LA TIERRA*

en el que Dios obra nuestra salvación

El tercer cuadro del nobilísimo Corazón de la reina del cielo se expresa con estas palabras: *Dios, nuestro Rey, obró la salvación en MEDIO DE LA TIERRA* (Sal 74, 12). ¿De qué se trata y cuál es el medio de esta tierra? Es admitido que no puede tratarse de esta tierra en que caminamos. Si es considerada como se presenta, pues como es redonda en su superficie, el único medio que tiene es su centro. Pero según el parecer común de los teólogos allí se encuentra el infierno y la perdición. No es posible por tanto afirmar que Dios haya obrado allí la salvación del mundo. Debemos por consiguiente entender estas palabras como referidas a otra tierra.

Encuentro varios sentidos de tierra en la Sagrada Escritura. Primero, la tierra que Dios hizo al comenzar el mundo. La que dio al primer hombre y a sus hijos: *Dio la tierra a los hijos de los hombres* (Sal 114, 16). Segundo, la tierra que hizo para el hombre nuevo, Jesucristo Nuestro Señor, según se le dijo: *Bendijiste, Señor, tu tierra* (Sal 83, 2).

La primera fue tierra maldecida por la boca de Dios por causa del pecado del primer hombre: *Maldita será la tierra con tu trabajo* (Gn 3, 17). Tierra de tinieblas, de desorden, de muerte, de horror y de horror eterno (Job 10, 22).

La segunda tierra es tierra de bendición, de gracia, de luz, de vida y de vida eterna. Tierra más noble y augusta, más luminosa y santa que los mismos cielos. ¿De qué tierra se trata? Es la sacratísima Virgen. La primera tierra, considerada en el estado en que fue hecha por Dios antes de la maldición del pecado, es apenas sombra, esbozo, muy imperfecto.

De esta tierra habla el Espíritu Santo al decir: *Que se abra la tierra y brote el Salvador* (Is 45, 8). Es la verdadera tierra prometida, dice san Agustín, mucho tiempo antes prometida por la voz profética, en la que nació el Hijo de Dios: *la Verdad nació de la tierra* (Sal 85, 12).

En medio de esta tierra se obró nuestra salvación (Sal 74, 12). San Jerónimo y san Bernardo aplican estas palabras a la bienaventurada Virgen. Observa bien, sin embargo, que el Espíritu Santo que las pronunció por boca del profeta rey, no solo afirma

que Dios obró la salvación del universo en esta tierra sino *in medio terrae* o según otra versión *in intimo terrae*, como si dijera “en el medio, en el corazón de la tierra”, es decir, en el Corazón, en el seno de esta Virgen incomparable. Ciertamente, fue en el corazón de esta *buena tierra*, para decirlo mejor, en este bueno, bonísimo Corazón de María, Madre de Jesús. En su *bueno y óptimo Corazón* (Lc 8, 15), la palabra increada y eterna, al salir del seno de Dios para venir a salvar a los hombres acá abajo, fue recibida y conservada cuidadosamente. *El trigo de los elegidos* (Zac 9, 17) fue sembrado abundantemente y produjo fruto al céntuplo y al mil veces por céntuplo.

Es lo que anuncia el salmo 72, 16, divina profecía en la que el Espíritu Santo encierra grandes y admirables misterios, traducida por uno de los más célebres poetas³⁸, con alabanza y aprobación de grandes doctores y teólogos de la facultad de París:

Puñado rico de trigo aventado
 en montes y cimas altaneras
 crecerá tan largamente dilatado,
 que sacudidos por vientos impetuosos
 sus frutos ondulantes semejarán
 verdeantes bosques del Libano.

¿Qué significa ese trigo lanzado a puñados generosos sino el Hijo único de Dios, trigo verdadero de los elegidos, pan de Dios, vida y fuerza para el corazón el hombre? *Pan que fortalece el corazón del hombre* (Sal 104, 15) –llamado por ello *firmamentum*– que el Padre eterno ha derramado y derrama diariamente, a manos llenas, al darnoslo con tanto amor en el misterio de la encarnación, y bondadosamente en la santa Eucaristía. ¿Qué significan esos montes de cimas altaneras sino su dignísima Madre, que el Espíritu Santo pone ante nuestros ojos, bajo el nombre y la figura, no de una sino de muchas montañas, pues contiene en eminencia todas las montañas, es decir, todos los santos que la Palabra de Dios llama *montañas santas* (Sal 87, 1), *montañas de Dios, montañas eternas* (sal 76, 5)? Esas cimas muy

³⁸ Felipe des Portes

altas son las prerrogativas y las perfecciones sublimes de esta Dama soberana del universo.

Sobre esos montes de cimas altaneras, en medio de esta tierra santa, en el bondadoso Corazón de la muy buena María, este trigo adorable ha sido sembrado y esparcido primeramente, pues ella lo recibió en su Corazón antes de recibirlo en sus entrañas. De ahí se extendió por todo el universo llevado por la voz alada de los predicadores apostólicos, animados por el Espíritu Santo y se multiplicó infinitamente en los corazones de los verdaderos cristianos.

Con verdad puede decirse que Jesús es fruto no solo del vientre sino del Corazón de María; y también puede afirmarse que los fieles son frutos de ese mismo Corazón. En un discurso que san Benito pronunció ante sus religiosos sobre el martirio de san Plácido y sus compañeros, que eran sus hijos espirituales, los llama frutos de su corazón. Decía: *He deseado siempre ofrecer al Dios poderoso un sacrificio que sea fruto de mi corazón*³⁹, con cuánta mayor razón se puede decir que los verdaderos cristianos son fruto del Corazón de su divina Madre.

La fe, la humildad, la pureza, el amor y la caridad de su Corazón la hicieron digna de ser la Madre del Hijo de Dios. Esas mismas virtudes de su Corazón la han hecho Madre de los hijos de Dios. El Padre eterno le dio la capacidad, cubriéndola con su divino poder, el mismo poder con que él da nacimiento a su Hijo desde toda la eternidad en su seno adorable, de concebir ese mismo Hijo en su Corazón y en su seno virginal, *el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra* (Lc 1, 35); así le dio el poder, al mismo tiempo, de formarlo y hacerlo nacer en el corazón de los hijos de Adán y por ese medio hacerlos miembros de Jesucristo e hijos de Dios. Así como ella concibió y llevó y llevará eternamente a su Hijo en su Corazón, concibió de igual manera, ha llevado y llevará por siempre en ese mismo Corazón a todos los santos miembros de esa Cabeza, como a hijos amadísimos, frutos de su Corazón maternal, para ofrecerlos de continuo, como perpetuo sacrificio, a la divina Majestad.

Esta *tierra buena* hizo fructificar el grano de trigo que cayó en ella, mortificado y como aniquilado, para no permanecer solo

³⁹ Surius en *La vida de san Plácido*

sino para producir otros granos incontables (Jn 12, 24-25). Este Corazón bueno ha producido fruto mil veces centuplicado. Así el Rey de reyes y el Dios de los dioses ha hecho la obra de nuestra salvación en medio de esta tierra.

Sección I

Cómo el Corazón de la sagrada Virgen ha cooperado en el comienzo y el progreso de nuestra salvación

Lo que hemos dicho hasta ahora encierra alta consideración y provecho para el Corazón sagrado de la Madre de Jesús. Pero hay mucho más. Esta maravillosa obra maestra de la salvación del género humano fue hecha, no solo en el Corazón, sino, en cierto modo, por el Corazón de esta Madre admirable.

Luego de lo afirmado por san Juan Crisóstomo, respecto del corazón de san Pablo, al que considera principio y comienzo (después de Dios, se entiende) de nuestra salvación: *Principio y elemento primario de nuestra salvación*⁴⁰, ¿quién tomaría por desatinado si se da este mismo elogio al sagrado Corazón de la Madre de Dios? Ciertamente y no sin razón ni fundamento. En efecto, no solo recibió, ella la primera, en su Corazón al Salvador del mundo, cuando salió del Corazón de su Padre para venir a trabajar en la tierra la obra de la Redención, sino que lo conservó y por siempre lo conservará en él; y además este Corazón sin igual, encendido en amor a Dios y en caridad al hombre, cooperó siempre con él en esta obra, en su comienzo, en su progreso y en su acabamiento.

Colaboró en el comienzo: hace más de cuatrocientos años, un hombre muy piadoso y sabio dijo que los dos primeros hechos que dieron comienzo a nuestra salvación proceden de su sacratísimo Corazón: la fe y asentimiento que ella dio a la Palabra del ángel⁴¹. Dios no quiso cumplir el misterio de la encarnación sino a partir del asentimiento del corazón divino de María, misterio que es el fundamento de nuestra salvación, principio de los demás misterios obrados por Nuestro Señor para la redención, y fuente

⁴⁰ Hom. 23, del cap. 16 de la carta a Romanos

⁴¹ Ricardo de San Lorenzo, *De laud. B.M.V.* lib.2, partit. 2, p. 104.

primera de las gracias que nos adquirió para liberarnos de la esclavitud del pecado y del infierno, y para conducirnos al cielo.

Colaboró en el progreso: veamos de qué manera este caritativo Corazón de la Madre del amor hermoso cooperó en el progreso de esta obra. Descubro cinco maneras principales y muy señaladas.

Primero, por los cuidados, premuras y afanes continuos que el amor y la caridad de que estaba lleno su Corazón hicieron que esta divina Madre tuviera, para conservar, alimentar y educar un Salvador.

Segundo, por las oraciones fervientes que dirigía sin cesar a Dios con todo su Corazón para el cumplimiento de los designios que este adorable Redentor albergaba para realizar la salvación del mundo.

Tercero, por las mortificaciones, humillaciones y sufrimientos que padeció. Todo lo ofreció al Padre eterno con amor muy ardiente y caridad increíble, en unión de lo que su Hijo padeció, y por las mismas intenciones que él tuvo: la destrucción del pecado y la salvación de las almas.

Cuarto, por la unión estrechísima que tenía con su Hijo con el que tenía un solo Corazón, un alma, un espíritu y una voluntad. Quería lo que él quería; hacía y sufría, con él y en él, lo que él hacía y sufría. Cuando él se inmoló en la cruz por nuestra salvación, se sacrificaba unida a él por la misma causa. ¡Oh María, dice san Bernardo, qué rica eres! Lo eres más que todas las criaturas del cielo y de la tierra; eres lo bastante rica para enriquecerlas a todas, pues esa porción de tu sustancia que diste a nuestro Salvador, cuando quiso ser tu Hijo, es suficiente para pagar todas las deudas del mundo⁴².

Quinto, el Corazón de esta gloriosa María contribuyó a la obra de nuestra redención, porque Jesús, que es al mismo tiempo, hostia sacrificada por nuestra salvación y sacerdote que la inmola, es fruto del Corazón de esta bienaventurada Virgen. Este Corazón es, al mismo tiempo, el sacrificador que ofreció esta divina hostia y el altar en el que fue ofrecida, y no solo una vez sino mil y mil veces, en el fuego sagrado que ardía sin cesar en ese altar. La sangre de esta adorable víctima, derramada como precio de

⁴² Citado por Ricardo de San Lorenzo, ib. Lib. 3

nuestro rescate, es parte de la sangre virginal de la Madre del Redentor. Ella la dio con tanto amor que estaba dispuesta a dar hasta la última gota para este fin. San Bernardo añade: "El Padre, queriendo rescatar el mundo, puso todo el precio del rescate entre las manos y el Corazón de María"⁴³.

De esta manera este buen Corazón cooperó en la obra de nuestra redención. Nos queda por ver lo que hizo y continúa haciendo en el acabamiento de esta obra.

Sección II

Cómo el Corazón de la bienaventurada Virgen cooperó en el acabamiento de nuestra salvación

El Hijo de Dios vino a este mundo, nació en un establo y murió crucificado. Vino para dar cumplimiento a la obra que el Padre había puesto en sus manos: hacer morir el pecado; liberar las almas de su tiranía para santificarlas; para nacer, vivir y reinar en ellas; y para que en ellas su Padre reinara y fuera glorificado. Esta obra se cumple cuando una a una estas etapas se realizan. Como él tiene el deseo incomprensible de que esta obra se lleve a término, desea infinitamente la destrucción del pecado; la salvación de las almas; verse él mismo vivo y reinante en ellas; y consolidar en ellas el reino de su Padre. Por ello, está atento y trabaja sin descanso, tanto personalmente como a través de su Iglesia, que es su Cuerpo místico. Además presenta sin cesar ante su Padre las oraciones e intercesiones de la Iglesia triunfante; el cuidado y atención de la Iglesia peregrinante; la práctica de los sacramentos que estableció en ella; todos los ministerios eclesiásticos que se verifican en ella; las buenas obras, la vigilia, ayunos y mortificaciones que se hacen de continuo en ella; los sudores y trabajos de los obreros evangélicos que cooperan con él en la salvación de las almas. La Palabra de Dios los llama, en efecto, *Cooperadores de Dios* (1 Cor 3, 9) y *Cooperadores de la verdad* (3 Jn 8). Así, pues, los ángeles y los santos del cielo, y todos los cristianos verdaderos que hay en la tierra cooperan con el Salvador, cada uno, en la medida de su gracia y del uso que hace de ella, en la realización de su obra. Por eso,

⁴³⁴³ *Serm. In signum magnum.*

cada uno puede decir, a su manera, con san Pablo, que cumple lo que falta a la pasión y a los misterios del Redentor; falta en efecto que su fruto y sus efectos sean aplicados a las almas.

Pero el Corazón de la dignísima Madre de Jesús coopera, él solo, más eficaz y provechosamente, a la culminación de su obra, que todos los santos juntos del cielo y de la tierra. En la tierra cooperó de cinco maneras principales como vimos; y en el cielo coopera también de cinco formas principales:

Primero, por la aversión inconcebible que tiene contra el pecado, la caridad indecible que abriga hacia las almas y el amor ardentísimo que la inflama hacia el Padre eterno y a su Hijo Jesús, que animan e impulsan a esta divina Madre a orar incesantemente para que la tiranía del infierno sea derribada, para liberar las almas que él tiene cautivas y para implantar el reino de Dios en ellas.

Segundo, por el santo ejercicio de esa misma caridad, que abrasa su Corazón hacia las almas, y la impulsa a hacer uso de varios grandes poderes y de privilegios señalados que Dios le ha concedido para ayudarles eficazmente en su salvación, de maneras extraordinarias que solo conoceremos en el cielo.

Tercero, por la oblación perpetua que hace, de todo corazón, al Padre eterno, unida a su Hijo Jesús, de los sufrimientos, la muerte, y todos los estados y misterios de ese mismo Jesús, como de algo que es suyo, pues Jesús es todo para ella y ella es uno con él de espíritu, de corazón, de voluntad, de manera mucho más perfecta que cuando vivió con él en la tierra.

Cuarto, por el uso que hace con amor increíble del poder que tiene de formar y hacer nacer y hacer vivir a su Hijo Jesús en los corazones de los fieles; formación, nacimiento y vida que es el fruto principal de su pasión y de su muerte, cumplimiento de sus designios y plenitud de su obra.

Oh santa Madre de Dios, cómo es de cierto que el Todopoderoso hizo y al presente hace, todos los días, maravillas en ti y por ti; que te ha concedido poderes y privilegios grandes y señalados que no hay entendimiento que los pueda concebir ni expresar debidamente con su palabra: ¿Quién podrá decir los poderes maravillosos de la admirable María y quién tendrá la suficiente elocuencia para publicarlos con fuerza suficiente y hacer que el universo entero escuche las alabanzas que ella se merece?

Quinto, su Corazón caritativo coopera con su Hijo Jesús en la consumación de su obra distribuyendo a los hombres con gran caridad los frutos de la vida, la pasión y la muerte de su Hijo. Son las gracias y bendiciones que él les mereció durante el curso de su vida mortal y pasible, de las que su Corazón maternal es depositario y guardián vigilante. En ese gran Corazón ella conservó los misterios que su Hijo obró acá abajo por nuestra redención. *María conservaba todas estas palabras en su Corazón* (Lc 2, 19). Este adorable Redentor depositó en el Corazón de su queridísima Madre todas las riquezas que adquirió y los bienes eternos de que hizo acopio durante los treinta y cuatro años de su paso por la tierra. San Bernardo escribe: El Salvador derramó a manos llenas, sin medida ni límites, todos los tesoros, en su seno⁴⁴. La constituyó tesorera de sus dones y gracias y decidió no dar algo de ellos a quien quiera sea sino por su mediación; que nada pase sino por sus manos. Y añade: Dios no quiso darnos algo que no pasara por sus manos⁴⁵.

Sí, Madre de gracia, eres la tesorera de la santa Trinidad. Tú conservas en tu seno y en tu Corazón los ⁴⁶tesoros de Dios para distribuirlos a los pobres, es decir, a los pecadores. Lo haces con liberalidad digna de tu magnificencia real, según el querer de la divina Providencia y según norma de la santa Voluntad de Dios. Ella reina tan perfectamente en ti que eres transformada del todo en ella queriendo lo que ella quiere en tiempo y eternidad y como ella lo desea. Se diría con toda propiedad que la divina Voluntad guarda en ti todos los tesoros de Dios y en ti los distribuye a quien le place, como le place, según la disposición de nuestras almas.

Vemos así claramente cómo el amabilísimo Corazón de la Madre del Salvador ha cooperado con él, bajo diversas formas, en el inicio y en el progreso de la obra de nuestra salvación y cómo igualmente, de diversas maneras, coopera en su acabamiento. Por eso san Juan Damasceno dice, hablando del vientre sagrado de la Virgen de las vírgenes lo que podría decirse con mejor título de su Corazón: "Comienzo, mitad y fin de toda clase de bienes".

Se deduce de aquí que los santos Agustín, Jerónimo, Juan Damasceno, Efrén, Germán, patriarca de Constantinopla, Bernardo, y

⁴⁴ *In deprecatione ad Vir. Mar*

⁴⁵ *Serm. 3 de vigil. Nat. Domni.*

⁴⁶ *Orat. 1, de dormit. B. Virginis*

otros santos Padres y señalados doctores la llamen auxiliante y cooperadora, con su Hijo, de nuestra redención, fuente de nuestra salvación, esperanza de los pecadores, mediadora de nuestra reconciliación y de nuestra paz con Dios, redención de los cautivos, gozo y salvación del mundo. Aseguran que en ella, de ella y por ella Dios ha rehecho y reparado todo; que nadie se salva sin su mediación, y que Dios no hace gracia a nadie sino por ella. Escuchémoslos:

San Agustín: "La madre del género humano llenó el mundo de dolor y miseria; la Madre de Nuestro Señor nos trajo la salvación del mundo. Eva es fuente y madre del pecado, María es fuente y Madre de la gracia. Eva nos causó la muerte; María nos dio la vida. Aquella nos hirió; ésta nos sanó"⁴⁷.

Él mismo: "Tú eres, después de Dios claro está, la única esperanza de los pecadores, pues por ti, Virgen muy dichosa, esperamos alcanzar de Dios el perdón de los pecados. Por ti esperamos recibir de Dios los dones y favores de su divina bondad"⁴⁸.

San Jerónimo: "Veneremos a quien es autora de salvación"⁴⁹.

San Juan Damasceno: ""Viniste a la vida, Virgen santa, para trabajar y cooperar con tu Hijo en la salvación del universo"⁵⁰.

San Efrén: "Por ti fuimos reconciliados con Dios. Tú eres redención de los cautivos, salvación de todos. Te saludo, gloriosísima mediadora"⁵¹.

San Germán, patriarca de Constantinopla: "Nadie se salva sin ti; nadie es protegido de peligros sin ti, Virgen María; Nadie, amadísima de Dios, recibe nada de su mano que no pase por las tuyas"⁵².

El beato Amadeo: "Como todos murieron en Eva, todos serán vivificados en María; como el crimen de Eva fue perdición del mundo, la fe de María lo reparó"⁵³.

San Bernardo: "Merecidamente todas las criaturas vuelven sus ojos a ti, porque en ti, de ti, por ti la bondadosa mano del Omnipotente ha rehecho y reparado lo que el pecado había arruinado"⁵⁴. Y él mismo

⁴⁷ *Serm. 18 de sant.*

⁴⁸ *Ib. paulo infra.*

⁴⁹ *In epist. De Virg. Assumpt.*

⁵⁰ *Orat. 1 de Nativitate*

⁵¹ *Orat. Ad B. Virg.*

⁵² *Orat. de dormit. B. Mariae Virg.*

⁵³ *De laudib. Virginis, homil. 7.*

⁵⁴ *Serm. 2 de Pentecost.*

continúa: “Inventora de la gracia, Mediadora de la salvación, Restauradora de los tiempos”⁵⁵.

El Papa Inocencio III: “Lo que Eva perjudicó, María lo salvó”⁵⁶.

Ricardo de san Víctor: “María deseó, buscó y alcanzó la salvación de todos; aún más, por ella fue hecha la salvación de todos; por eso es llamada Salvación del mundo”⁵⁷.

San Bernardo de nuevo: No es que el Salvador no fuera suficiente para hacer él solo la obra de nuestra salvación sino que “como el hombre y la mujer habían sido causa de nuestra ruina, era conveniente que el hombre y la mujer cooperasen en nuestra reparación”⁵⁸.

Esto se hizo sin embargo de forma muy diferente: el Hombre- Dios obró nuestra redención como causa primera y soberana y por sus propios méritos. Su santa Madre cooperó en ella, como causa segunda, dependiente de la primera, y por los méritos de su Hijo, en la manera dicha⁵⁹.

Pudiera dar la palabra a varios otros santos Padres e ilustres doctores sobre este punto. Baste lo dicho para hacer ver cómo obró Dios nuestra salvación no solo *in medio terrae*, en medio de esta tierra santa de que aquí se habla, es decir, en el sagrado Corazón de María, la Madre de Jesús, sino también por ese mismo Corazón, que cooperó con su divina bondad en todas las formas aducidas, pues recibió tal plenitud de gracia, dice el doctor Angélico, santo Tomás⁶⁰, que bastó para cooperar en la salvación de los hombres. San Buenaventura anota: “De su Corazón brotó toda la salvación”⁶¹.

¡Cuán agradecidos debemos estar con el caritativo Corazón de nuestra misericordiosa Madre! ¿Qué reconocimientos debemos tributarle, qué alabanzas dirigirle, cuántas fiestas celebrar en su honor, que sean dignos de su excesiva caridad con nosotros, y por tantos favores que por su mediación hemos recibido de la divina misericordia!

⁵⁵ *Epist. 174 ad canon. Lugdun.*

⁵⁶ *Serm.2 de Assumpt.*

⁵⁷ *Cap. 26 In Cant.*

⁵⁸ *Serm. De verb. Apoc. Signum magnum*

⁵⁹ Este texto no está en negrilla en el original. Se resalta para conocer el pensamiento de san Juan Eudes en este punto. Es claro y da luz en ese punto controvertido. Nota del Traductor.

⁶⁰ “Es grande en algún santo que tenga tanta gracia, suficiente para la salvación de muchos; pero cuando tenga para la salvación de todos los hombres del mundo es lo máximo; es lo que en Cristo y en María”.

Opusc. 8

⁶¹ *In Psalt. B. Virg. Sal. 80.*

¿Cuál debe ser nuestra mirada sobre esta gran obra de nuestra salvación en la que este amable Corazón ha estado y está sin cesar implicado con tanto amor y bondad? Es por excelencia la obra de Dios: *Oh Señor, es tu obra* (Hab 3, 1). En ella él pone en acción sus divinos atributos, sus tres Personas eternas, sus pensamientos, designios y afectos; sus preocupaciones y palabras; sus acciones, cuanto él es, cuanto tiene, todo su poder. Es la obra del Hombre-Dios. A ella consagró sus vigiliias, sudores y trabajos; sus sufrimientos y toda su vida; su cuerpo, su sangre, su alma; su divinidad y todo lo que él es. Es la obra de la Madre de Dios. Por ella lo hizo todo, lo sufrió todo, lo abandonó todo, lo dio todo. Es obra que ocupa a los ángeles y santos del cielo; a la Iglesia triunfante, peregrinante y sufriente. La obra máxima, lo *único necesario*, la mayor de nuestras tareas, en verdad la única; en ella está empeñada nuestra suerte: ganar o perder un imperio eterno, todas las glorias y felicidades que hay en Dios o perderlas todas definitivamente, y ser sumergidos en el abismo de tormentos espantosos e inacabables.

¿Qué valoración debemos hacer de obra tan importante? ¿Qué cuidado debemos prestar a esta obra por la que nuestro Salvador y su santa Madre tanto hicieron y sufrieron? Sin embargo la mayoría de los mortales no le prestan atención y la consideran como cosa sin importancia. ¡Qué locura, qué ceguera, qué crueldad del hombre consigo mismo! No hagamos lo mismo. Entremos en los sentimientos que el santísimo Corazón de Jesús y María tienen respecto de ella. Llenemos nuestro corazón del espíritu de amor, caridad y celo que animan y encienden este divino Corazón para dar cumplimiento a esta obra, a fin de cooperar con él, mediante nuestra oración fervorosa, con la santidad de nuestras obras y en todo lo que nos sea posible, a la salvación de las almas, que le son tan amadas, y en particular a la salvación y santificación de la nuestra. Nada omitamos de cuanto podamos aportar con diligencia para que sea del agrado de la divina Majestad. Imitaremos entonces el caritativo Corazón de nuestra santa Madre, en el que y por el que la mano todopoderosa de Dios ha realizado nuestra salvación. En verdad, *Dios, nuestro Rey, hizo la salvación en medio de la tierra* (Sal 74,12).

Sección III

*Cómo el Corazón de la santa Virgen cooperó
en nuestra salvación*

El Padre eterno concibió el designio de enviar a su Hijo a este mundo y de que se hiciera hombre no solo para salvar a los hombres sino para hacerlos dioses. Hubiera podido no hacerlo nacer de una madre al darle en el momento de la encarnación un cuerpo tan perfecto como el que dio al primer hombre en la creación, y unir ese cuerpo hipostáticamente a la persona de su Hijo. Pero el deseo infinito que tiene de mostrarnos las maravillas de su amor hizo que no se contentara con que su Hijo fuera hombre sino que tuviera una Madre sin padre en la plenitud de los tiempos como tiene un Padre sin madre en la eternidad. Quiere no solo elevar la naturaleza humana al más alto trono de la gloria, uniéndolo a la naturaleza divina con unión tan perfecta que sea posible decir que Dios es hombre y que el hombre es Dios; la quiere enriquecer además con dos tesoros incomprensibles dándole un Hombre-Dios y una Madre de Dios. Quiere con bondad inconcebible que tengamos por padre a un Dios, un Hombre-Dios por hermano y una Madre de Dios por madre.

Con ese fin escogió una virgen, del todo inmaculada y santa, de la raza de Adán, llamada María, hija de Joaquín y Ana, para asociarla con él a su divina paternidad, y hacerla Madre del mismo Hijo del que él es Padre. La hizo partícipe de su mismo poder: *el poder del Altísimo te cubrirá con su nombre* (Lc 1, 35). Ese poder engendró desde toda la eternidad ese Hijo en su seno adorable y ahora hace posible que ese Hijo nazca del seno virginal en forma tan maravillosa y verdadera, que como un día dijo de él su Padre: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy* (Heb 5, 5), esta Madre puede decirle también en su encarnación: *Tú eres mi Hijo, hoy te he dado nacimiento en mí. Tu Padre adorable te hace nacer de su divina sustancia en tu generación eterna, yo te he hecho nacer de mi propia sustancia en tu generación temporal. Nada tienes en tu divinidad que no hayas recibido de tu Padre, y nada tienes en tu humanidad según el cuerpo que no lo hayas recibido de mí. Toda tu divinidad la debes al Padre, toda tu humanidad según la carne me la debes a mí.*

Ciertamente, dice san Agustín: *La carne de Cristo es carne de María*⁶². ¿Qué se sigue de ahí? Escucha las siguientes consecuencias:

⁶² Sermón de la Asunción de María, c. 6

Si la carne de Jesús es carne de María, ¿no es cierto que los santos ojos de Jesús son los ojos de María y que los torrentes de lágrimas que esos divinos ojos derramaron para llorar nuestros pecados y alcanzarnos el perdón son los ojos y las lágrimas de María?

Si la carne de Jesús es carne de María, ¿no es cierto que los sagrados oídos de Jesús que escucharon injurias, blasfemias y maldiciones para liberarnos de maldiciones eternas son los oídos de María?

Si la carne de Jesús es carne de María ¿no es cierto que los labios adorable de Jesús, abrevados de hiel y amargura para preservarnos de la hiel y la amargura del infierno son los labios de María?

Si la carne de Jesús es carne de María, ¿no es cierto que la lengua divina de Jesús, que nos enseñó la ciencia de la salvación y nos dirigió palabras de vida y de vida eterna, es la lengua de María?

Si la carne de Jesús es carne de María, ¿quién puede negar que las manos y los pies sagrados de Jesús, traspasados por gruesos clavos, que padecieron dolores extremos y derramaron ríos de sangre para liberarnos de tormentos eternos, son las manos y los pies de María?

Si la carne de Jesús es carne de María, ¿quién puede negar que la llaga que causó la lanza al traspasar el costado sagrado y el Corazón divino de Jesús, para extraer de él hasta la última gota de su sangre para rescatarnos y testimoniarnos los excesos de su amor, es llaga del Corazón de María?

Finalmente, si la carne de Jesús es carne de María, ¿quién puede negar que las llagas que cubrieron esta carne santa, de la cabeza a los pies, los dolores que sufrió, la sangre que derramó y la muerte cruel que padeció, son las llagas, los dolores, la sangre y la muerte de María? ¿Quién pondrá en duda que esta divina Madre, que tiene con su Hijo un solo Corazón y una misma voluntad, ofreció unida a él todo esto a Dios por los mismos fines con que él lo ofreció, por nuestra redención, y que así cooperó de manera excelente en la obra de nuestra salvación?

Ciertamente, los méritos infinitos de las lágrimas, acciones, llagas, dolores, sangre y muerte del Salvador, con los que él satisfizo a Dios, con justicia rigurosa, por nuestros pecados, y nos conquistó delicias inmortales, sacaron su precio y su valor de la unión hipostática de su divina carne con su adorable persona. Es igualmente cierto, que no solo esta santa Virgen nos dio esta santísima carne, formada de su

sustancia virginal, sino que, en opinión de varios grandes teólogos, cooperó con las tres divinas Personas en la unión muy íntima que se hizo de esta misma carne con la Persona del Verbo en el momento de la encarnación⁶³.

No te extrañe entonces que la santa Iglesia haga resonar en todo el universo estas palabras dirigidas a Dios en el nacimiento del Salvador: *¡Oh Dios, por la fecunda virginidad de santa María, diste al género humano las glorias y felicidades de la salvación eterna!*

No te extrañe que yo atribuya principalmente al amabilísimo Corazón de esta Madre admirable su cooperación en el comienzo, el progreso y la consumación de la obra de nuestra salvación eterna pues ella hizo todo lo que he señalado, con Corazón colmado de amor a Dios y pleno de caridad a nosotros, como no lo ha habido ni lo habrá jamás en los corazones humanos y angélicos.

¿Corazón incomparable de nuestra divina Madre, qué entendimiento podrá concebir las obligaciones indecibles que tenemos contigo por tu ardentísima caridad? ¿Qué lengua podrá agradecerte digna y suficientemente? ¿Qué corazón podrá estar a la altura del amor y la veneración que te debemos? Solo el Corazón de un Dios podría hacerlo perfectamente. Que el espíritu, la lengua, el Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te alaben, te bendigan y te amen como lo mereces. Y ellos hagan que seas bendecida, alabada, venerada y amada por todas las criaturas del universo.

Sección IV

El Corazón sagrado de la santa Virgen es centro del mundo cristiano

Hemos visto en las secciones precedentes que el Corazón maravilloso de la Madre de Dios nos es presentado por el Espíritu Santo con estas palabras del salmo 74, 12: *Dios, nuestro Rey, obró la salvación in medio terrae*, en el medio de la tierra, pero de una tierra santísima y más santa que los cielos. En ella y por ella Dios obró nuestra salvación. Quiero terminar este capítulo descubriendo otro misterio que

⁶³ Granada, *De incarnat. Tr. 4*; Hurtado, salmantino, *De Incarnat.* Disp 23; Suárez, *De Incarnat.* Dial.19, sec- 1; Bernal, *De Incarnat.* Disp. 19, n. 29; Vega, *Theologia Mariana*, n,1543.

encuentro en estas palabras: EN EL MEDIO DE LA TIERRA; y que es gloria y alabanza del amabilísimo Corazón de la reina del cielo. Es el siguiente:

Quien dice *el medio de tierra* está diciendo *el centro de la tierra*. La santa Virgen, identificada con esa *tierra*, según lo ya dicho, es la tierra santa del mundo santo, del mundo cristiano, del mundo del hombre nuevo, del mundo del amor divino y de la caridad santa. ¿No cabe decir que el medio de esta preciosa tierra, que es su Corazón, es el centro de este mundo nuevo? Ciertamente, y por tres razones:

Primero, ¿no es cierto que cada ser considera que su centro es el lugar de su salvación, de su conservación y de su reposo? ¿Si la salvación de los hombres se hizo en el Corazón de María, los cristianos no estarían llamados entonces a considerarlo como la fuente de su vida, después de Dios, como la causa de su gozo y como el centro de su felicidad?

Es el sentir de algunos santos Padres. San Bernardo, hablando directamente de la persona de la santa Virgen, dice estas palabras que bien pueden aplicarse a su Corazón. "Muy atinadamente María es llamada el medio de la tierra, pues los habitantes del cielo y los del infierno, los que nos precedieron y los que nos seguirán, los hijos de sus hijos y toda su posteridad, la consideran, después de su Hijo, como mediadora entre Dios y los hombres, entre la Cabeza y los miembros, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre el cielo y la tierra, entre la justicia y la misericordia; es como el medio y el centro del mundo. La miran como al Arca de Dios, arca de alianza y de paz entre Dios y su pueblo, como a la causa de todo lo bueno, como a la obra y el compromiso de todo el tiempo pasado y por venir. Quienes habitan el cielo, los ángeles, la tienen por aquella por quien las ruinas que el pecado les causó fueron reparadas; los que están en el infierno, es decir, en el purgatorio la miran como su intercesora para su liberación; los que se nos han anticipado la tienen como aquella en quien se cumplieron las antiguas profecías; los que vendrán luego la considerarán como aquella por cuyo medio podrán gozar un día de gloria inmortal".

Estas palabras de san Bernardo no solo pueden aplicarse al Corazón de la Madre de Dios sino que le convienen mejor que a su persona. La causa, en efecto, es más noble que sus efectos. Y así su Corazón, lleno de humildad, es causa y fuente de todas las cualidades de que está dotada y la hacen digna de ser el objeto, el refugio y como

el centro de todas las criaturas que ha habido y que hoy pueblan el universo. De donde concluyo que este maravilloso Corazón es el medio y el centro del mundo del hombre nuevo.

Segundo, afirmo que es el centro del mundo nuevo que es el mundo del amor divino y de la caridad santa, mundo que es todo corazón y amor, que no conoce ley distinta que la caridad porque todos los amores santos y las divinas caridades que hay en los corazones de los ángeles y de los hombres, que aman a Dios por sí mismo, y aman al prójimo en Dios y por él, se encuentran reunidos en el Corazón de la Madre del amor hermoso, como los rayos del sol vienen a reunirse en el fondo de un hermoso espejo, lo bastante grande para acogerlos a todos.

Tercero, recuerda lo dicho al comienzo de este libro: que la humilde y purísima Virgen, habiendo cautivado y atraído a sí el Corazón adorable del Padre eterno que es su Hijo, se constituyó en el Corazón de su Corazón, de modo que Jesús es el verdadero Corazón de María. ¿No es acaso este amadísimo Jesús el amor y las delicias del cielo y de la tierra? Y por consiguiente ¿no es ya seguro que el verdadero Corazón de María, que es Jesús, es el centro de los corazones de los ángeles y de los hombres, hacia el cual todos se dirigen para contemplarlo sin descanso, para aspirar hacia él de continuo y para tender a él sin cesar? El es, en efecto, el lugar de su perfecto reposo y de su máxima felicidad. Fuera de él el hombre no encuentra sino turbación, inquietud, angustia, muerte e infierno.

¡Oh Jesús, Corazón verdadero de María, arrebatada y embelesada nuestros corazones. Haz que no amen, anhelan, busquen, se deleiten sino a ti y en ti; que no encuentren reposo ni complacencia sino solo en ti; que hagan morada perpetua en ti, que se consuman en la hoguera ardiente de tu divino Corazón, y que por siempre se transformen en él!

CAPÍTULO V

Cuarto cuadro: representa el Corazón de la Madre de Dios como hontanar y fuente inagotable de infinidad de bienes

El cuarto cuadro del Corazón de la santa Virgen es la fuente maravillosa que Dios hizo brotar de la tierra en el comienzo del mundo. De ella se habla en el Génesis: *De la tierra surgía una fuente que irrigaba toda la superficie de la tierra* (Gn 2, 6). San Buenaventura nos

dice que “esta fuente figuraba a la santísima Virgen”⁶⁴. Podemos añadir con razón que es figura de su Corazón. Él es, en efecto, fuente viva cuyas aguas irrigan no solo toda la tierra sino cuantos seres creados hay en cielo y tierra.

San Juan Crisóstomo compara el corazón de san Pablo con esta fuente creada por Dios en la creación del mundo y afirma que el corazón del divino apóstol era fuente de agua viva que regaba no solo la superficie de la tierra sino los hombres que la habitan⁶⁵. Que de ese mismo corazón “brotaban fuentes de lágrimas que corrían día y noche por la salvación de los pecadores”. Finalmente habla así de ese corazón apostólico: “Quien diga que el corazón de san Pablo era fuente y nacimiento de innumerables bienes, no anda errado”.

Si este “Pico de oro” habla así del corazón de un apóstol “qué no decir o pensar del Corazón de la dignísima Madre del Rey de los apóstoles? Digamos audazmente, y con sobrada razón, que es fuente y origen de infinidad de bienes.

Es la fuente sellada de la Esposa santa que su divino Esposo llama: *fons signatus* (Cantar 4, 12). En efecto, estuvo siempre sellada no solo al mundo, al demonio y a toda especie de pecado, sino incluso a querubines y serafines, en lo que se refiere al conocimiento de variados tesoros inestimables y secretos maravillosos que Dios ocultó en este Corazón y en esta fuente, solo conocidos por él.

El corazón humano es perverso e inescrutable, dice la Palabra de Dios, *¿Quién podrá conocerlo?* (Jer 17, 9). Pero al hablar del Corazón de la reina de los santos debemos usar otro lenguaje: *Santo e inescrutable es el Corazón de María, ¿quién podrá conocerlo?* Solo Dios, pues al guardar en él sus tesoros puso en él un sello no solo para que no entre en él algo que no sea de su agrado sino para mostrarnos que contiene riquezas tan grandes que solo pertenecen a él, a saber, su cantidad, calidad y precio. *Dios lo creó mediante su divino Espíritu y solo él vio, numeró y midió* (Sir 1, 9). Son gracias guardadas por él en esta fuente sellada que podemos llamar fuente de luz, de agua bendita y santa, de agua viva y vivificante, fuente de leche y miel, fuente divina, que da origen a grandes ríos, cuatro ríos maravillosos, fuente, finalmente, de infinidad de bienes.

1. *Fuente de luz*. Una sombra y figura de ella tenemos en la reina Ester, a quien el Espíritu Santo nos describe en las divinas Escrituras como *fuentecita que se convierte en gran luz, transformada en un sol* (Est 10, 6). Es la *fente del sol* de que habla el libro de Josué⁶⁶.

Ciertamente, el Corazón de María. Su nombre, que significa iluminada e iluminadora y estrella del mar, es fuente de luz. La Iglesia la

⁶⁴ *In opusc. Inscripto Laus Virg.*

⁶⁵ *In cap. 16, epist. ad rom. Hom 23.*

⁶⁶ Josué 15,5; 18, 17

contempla y honra como la puerta resplandeciente de la verdadera luz: *Tu, porta lucis fulgida;* y la saluda como la puerta por la que la luz divina entró en el mundo: *Salve, porta, ex qua mundo lux est orta.* El Corazón de María es la fuente del sol pues ella es la Madre del Sol de justicia y este divino Sol es el fruto del Corazón de María.

¡Oh prodigio inaudito, milagro inconcebible! ¿Quién hubiera podido imaginarse que un sol pudiera nacer de una estrella y que una fuente se convirtiera en fuente del sol? El Corazón virginal es, pues, fuente de luz.

2. *Es fuente de agua, pero de agua bendita, santa y preciosa.* Me refiero al agua de tantas y tantas lágrimas brotadas de esta sagrada fuente para unirse a las lágrimas del Redentor y cooperar por este medio con él en nuestra redención. ¡Cuántos arroyos de lágrimas corrieron de tus ojos de paloma, Virgen sagrada, de los que tu Corazón amoroso, caritativo, devoto y apiadado ha sido fuente! ¡Lágrimas de amor, lágrimas de caridad, lágrimas de devoción, lágrimas de gozo, lágrimas de dolor y compasión! ¡Cuántas veces el amor que ardía en tu Corazón por un Dios tan amable te hizo derramar arroyos de lágrimas, al verlo no solo poco amado, sino odiado, ultrajado, deshonrado por la mayoría de los hombres, sin embargo llenos de motivos de servirlo! ¡Cuántas veces tu caridad, inflamada por las almas creadas a imagen de Dios y rescatadas con la sangre preciosa de tu Hijo, te hizo derramar copioso llanto viendo que las almas se pierden por millones por su pura malicia a pesar de todo cuanto hizo y sufrió por salvarlas! ¡Cuántas veces los ángeles han visto correr por tus sagradas mejillas lágrimas santas de sincera devoción en tus encuentros místicos con la divina Majestad: el don de lágrimas concedido a tantos santos no pudo faltar a quien poseyó en plenitud los dones y gracias comunicadas a todos los santos.

¿No es acaso cierto también, Madre de Jesús, que la dicha, de que tu Corazón estuvo colmado en diversas ocasiones, mientras estuviste en la tierra en compañía de tu amadísimo Hijo, hizo brotar de tus ojos una suave lluvia de lágrimas, lágrimas de gozo y consolación? Sucedió cuando se encarnó en tus benditas entrañas; cuando en seguida visitaste a tu prima Isabel; cuando lo viste nacer en Belén; cuando recibiste con él a los reyes que vinieron a adorarlo; cuando lo encontraste en el templo en medio de los doctores después de esos tres días de extravío; cuando después de su resurrección te visitó y cuando lo viste subir triunfante al cielo.

Pero infortunadamente, los consuelos que tuviste durante esta vida son poca cosa en comparación de las angustias que sufriste. También es cierto que si los gozos de tu Corazón hicieron manar algunas lágrimas de tus ojos, los sufrimientos muy amargos que padeció hicieron brotar de él arroyos y torrentes, en cantidad de ocasiones, particularmente durante la pasión y muerte de tu muy amado Hijo.

Entonces experimentaste la verdad de estas palabras: *Lloren noche y día; que sus lágrimas sean un torrente; no se den reposo y que la pupila de sus ojos no enmudezca, sino que hable sin cesar mediante su llanto y sus lágrimas* (Lam 2, 18).

Todas esas lágrimas, lágrimas de amor y caridad, de devoción y de dicha, de dolor y compasión, son aguas benditas que nacen de la fuente bendecida del muy buen Corazón de la Madre de Jesús. No sin razón afirmamos que este Corazón sagrado es fuente de agua bendita, santa y preciosa.

¿No seríamos irracionales, más crueles en contra de nosotros mismos que los tigres, si tal Hijo y tal Madre, que gimieron y lloraron tanto con ocasión nuestra, no despertaran en nosotros ningún sentimiento frente a sus sollozos, no reconociéramos que somos causa de ellos y no uniéramos nuestras lágrimas a sus lágrimas? Llorea, pues, corazón mío; lloran ojos míos, pero que no sea el mundo ni motivos vanos y frívolos los que los hacen llorar.

Lloremos con Jesús y María. Lloremos como ellos lloraron, por amor y caridad, por piedad y compasión. Lloremos por los motivos que causaron sus lágrimas; merecen ellos un mar de lágrimas y un mar de lágrimas de sangre. Lloremos porque un Dios tan grande, bueno, adorable, digno de ser servido y amado, no es ya conocido ni honrado en la tierra; incluso es conculcado por casi todos los hombres; porque no habiendo nadie tan amable no solo no sea tan amado sino que no hay nadie tan despreciado. Lloremos porque nuestro Señor Jesús está muerto en gran parte de las almas cristianas.

Lloremos por sus muchos trabajos, por los sudores y lágrimas que derramó; oró tanto; hizo sin número de ayunos y mortificaciones; sufrió ignominias y suplicios; derramó tanta sangre y padeció muerte crudelísima; su Corazón y el Corazón de su santísima Madre, que forman un solo Corazón, se colmó y embriagó, durante treinta y cuatro años, de hiel y absintio; de tristezas, dolores y angustias; todo esto lo hizo para salvar a los hombres.

Sin embargo, esto ha llegado a ser inútil no solo para paganos, judíos y herejes sino también para la mayor parte de los cristianos; no se han servido de ello, y parece que más bien los ha llevado a sumergirlos en un abismo de perdición. Lloremos por semejante ceguera, por tan monstruosa ingratitud, por tan increíble endurecimiento. Lloremos por tantísimas almas que a diario se precipitan en la muerte eterna.

Finalmente, tenemos infinidad de motivos para fundirnos en lágrimas y obedecer esta voz venida del cielo: *Lloren noche y día; que sus lágrimas sean torrenciales. Benditos los que lloran pues serán consolados* (Mt 5, 5). Su tristeza se trocará en gozo eterno que nadie les

podrá arrebatar. Si lloramos así, nuestro corazón imitará al Corazón de nuestra divina Madre, como fuente de agua santa y bendita.

3. Es también *f fuente de agua viva*, fuente no solo de luz sino también de gracia. No se extrañen de esto pues hace mucho, por boca de un arcángel, la Madre del Salvador fue declarada llena de gracia: *Gratia plena*; y por la voz de la Iglesia es llamada *Madre de gracia, madre de la divina gracia*. Tan colmada de gracia que el doctor angélico, Tomás de Aquino, afirma que tiene suficiente para regarla en todos los hombres⁶⁷.

Sí, su Corazón muy generoso es fuente de agua viva que derrama sus aguas saludables hacia todos los costados, no solo en tierras buenas sino incluso en tierras estériles a imitación del muy bueno y misericordioso del Padre de los cielos que hace llover sobre justos e injustos. Con razón este Corazón caritativo de la Madre de misericordia es llamada en un lugar, por el Espíritu Santo *f fuente de los jardines* (Cantar 4, 15). En otro lugar dice que es *f fuente que irriga el torrente de espinas* (Joel 3, 18). ¿Qué significan esos jardines y ese torrente de espinas que reciben el riego de esta hermosa fuente?

Esos jardines son las santas Órdenes de la Iglesia donde se lleva vida verdaderamente cristiana y santa. Son jardines deliciosos para el Hijo de Dios, llenos de flores y frutos pedidos por la santa Esposa cuando dice: *Apóyenme en flores, rodéenme de frutos porque languidezco de amor* (]Cantar 2, 5). Esos jardines son igualmente las almas santas de cualquier estado y condición en las que el divino Esposo encuentra sus delicias, entre flores hermosas de santos pensamientos, deseos y afectos de que están llenas y en medio de frutos agradables de la práctica de virtudes y buenas obras.

Estos jardines son irrigados de continuo por las aguas de esta fuente que el Espíritu Santo llama *f fuente de los jardines*, según opinión de varios santos doctores que aplican estas palabras a la gloriosa Virgen. No hay que pensar que le atribuyan algo que sea exclusivo de Dios. Es cierto que él es la primera y soberana fuente de todas las gracias; pero esto no impide que existan otras fuentes de gracia según el testimonio de la divina Palabra. Si no fuera así, en vano el Espíritu Santo, por boca de un profeta, nos diría que hemos bebido con gozo de las aguas de la gracia en las fuentes del Salvador. No habla de fuente sino de fuentes. *Sacarán aguas con gozo de las fuentes del Salvador* (Is 12, 3). ¿Cuáles son las fuentes del Salvador? Son los profetas, los pastores, los sacerdotes de su Iglesia, y cuantos él ha establecido en ella como dispensadores de diversas gracias (1P 4, 10). Son fuentes inferiores, que salen de la fuente soberana de la que toman y reciben sus aguas para irrigar los jardines, o sea, las almas dispuestas a

⁶⁷ *Opusc. 8*

recibir las. Las comunican no como causas primeras ni como causas físicas y eficientes o meritorias, en especial respecto de las gracias justificantes y santificantes que son exclusivas de Dios y del Hombre-Dios. Son causas segundas que actúan bajo dependencia de la primera; causas morales que no obran física sino moralmente; causas instrumentales movidas por la mano de Dios, pero como instrumentos vivos y libres que libremente cooperan con él en la salvación de las almas, sea por sus oraciones y lágrimas, sea por sus enseñanzas y consejos, sea por el ejemplo de su vida o de cualquier otra manera.

Entre estas fuentes, el Corazón de la Madre de gracia es la primera y principal, con ventajas y privilegios superiores a las otras. Primero, porque recibió en sí, en plenitud, todas las aguas de la gracia. En segundo lugar, porque Dios le ha concedido poderes singulares, solo propios del Corazón de una Madre de Dios, para comunicar y distribuir por vías extraordinarias, solo conocidas por quien ha querido honrarla con estas prerrogativas. Sabemos, y lo escuchamos en la voz de los santos Padres, que su divina bondad no ha dispensado y no dispensará jamás gracia alguna a nadie que no pase por las manos y por el Corazón de la que es la tesorera y dispensadora de todos sus dones. De ahí que un Padre antiguo le dirija estas palabras: *Tú eres fuente riquísima de toda santidad*⁶⁸. Conviene muy bien esta palabra a su santísimo Corazón, que por este motivo es llamado fuente de los jardines (Cantar 4, 15).

No solo es la fuente de los jardines cuyas aguas irrigan las almas justas y santas. Es también *la fuente del torrente de espinas*. Esta fuente de la que habla un profeta, Joel, y que san Jerónimo aplica a la santa Madre de Dios⁶⁹; "Saldrá una fuente de la casa del Señor y regará el torrente de las espinas". ¿De qué espinas y de qué torrente se trata? Las espinas son los hombres malvados cuya vida está erizada toda ella de las espinas de sus pecados. El torrente es el mundo, torrente impetuoso, lleno de basuras y hediondez, que hace mucho ruido pero que pasa prontamente: *El mundo pasa y su concupiscencia* (1 Jn 2, 17). Ese torrente arrastra cantidad de hombres hacia el abismo de la perdición.

El Corazón de la Madre de misericordia está colmado de bondad. Hace sentir sus efectos en el torrente de espinas, o mejor, en las espinas que arrastra ese torrente hacia la hoguera del infierno para que allí ardan eternamente. Las aguas maravillosas de esa fuente sagrada vienen a regar esas espinas muertas e infructuosas que solo sirven para ser quemadas en el fuego eterno. Resucita algunas e incluso las transforma en árboles hermosos que producen luego buenos frutos,

⁶⁸ San Metodio, ob. De Tiro. *Orat. In Hypap. Dom.*

⁶⁹ Adv. Jovinianum, *Apolog. Ad Palmachum*

dignos de servirse en la mesa del Rey eterno. Así las divinas aguas de esta fuente no solo son vivas sino que son vivificantes. Es, pues, fuente de vida y de vida eterna.

Escucha a Nuestro Señor que dice que cuando el agua de su gracia llega a un alma la convierte en fuente de vida y de vida eterna (Jn 4, 14). Y añade que de las entrañas de los que creen en él manarán ríos de agua viva (Jn 7, 38). Si es posible decir esto de todas las almas y corazones que poseen la fe y la gracia del Salvador, ¿qué decir del Corazón de la divina Madre, lleno de fe, gracia y amor por encima de todos los corazones de los fieles en su totalidad? Es fuente de agua viva y vivificante cuyo poder es tan admirable que no solo conserva la vida en los que ya la tienen, los preserva de la muerte y los hace inmortales sino que fortalece a los débiles y vacilantes, no solo devuelve la salud a los enfermos, sino que resucita a los muertos. Es propio de la naturaleza de estas aguas milagrosas, de este torrente del que habla el profeta Ezequiel, que da vida a todo lo que la toca: *A cuantos llegue este torrente vivirán (Ez 47, 9)*

4. Pero no basta dar la vida. Es necesario proporcionar el alimento necesario para nutrirla y mantenerla. Así este Corazón no solo es fuente de agua viva y vivificante sino que es *fuentes de leche, miel, aceite y vino*.

De leche y miel, pues el divino esposo le habla así: *Esposa mía, tus labios destilan miel, bajo tu lengua se esconde leche y miel (Cantar 4, 11)*. O sea, tus palabras están llenas de dulzura y suavidad y por tanto ellas desbordan de tu Corazón. Pues si su Corazón y su lengua están siempre concordes y hay perfecta conformidad entre sus palabras y sentimientos, si tiene leche y miel en la boca, también las tiene en su Corazón. Bajo su lengua y sus labios se esconden pues su corazón reboza de ellas.

Escúchale decir a ella misma: *Mi espíritu es más dulce que la miel y la herencia de mi Corazón es mansedumbre y suavidad superiores a la miel (Sir 24, 27 vlg)*. Su Corazón es, por tanto, verdadera fuente de leche y miel. Sus arroyos corren sin cesar y se derraman en los corazones de sus verdaderos hijos para hacer verdaderas estas divinas palabras del Espíritu Santo: *Serán llevados en los senos y serán acariciados en las rodillas como la madre acaricia a su pequeño (Is 66, 12)*. Dichosos los que no pongan obstáculo a estas palabras. Dichosos los que cierran sus oídos a la voz de esta dulcísima Madre que de continuo exclama: *Como niños recién nacidos, apetezcan sencillamente la leche para que crezcan en su salvación (1 Pe 2, 2)*. Vengan, hijos muy amados, vengan a comer mi miel y a beber mi leche para que gusten y comprueben cómo es suave y delicioso servir a quien me ha hecho tan amable y dulce para sus hijos y cómo mi Corazón está colmado de

ternura, y suavidad hacia los que me aman. *Yo amo a los que me aman* (Prov. 8, 17).

Entiendan entonces cómo el Corazón de esta Madre del amor hermoso es fuente de leche y de miel para sus hijos, en especial, para los que son todavía débiles, tiernos y delicados, y no pueden tomar alimento sólido.

5. Es también fuente de aceite, esto es, de misericordia para los desdichados. También de vino para dar vigor y fuerza a quienes los necesitan; para consolar a los tristes y afligidos, según la divina Palabra: *Da vino a los que sufren amargura en el alma* (Prov 31, 6). Vino que regocija a quienes consuelan a los demás por espíritu de caridad y sobre todo para embriagar con el vino del amor sagrado a quienes trabajan en la salvación del prójimo. A todos ellos esta Madre caritativa, encendida en celo por la salvación de las almas, les proclama vigorosamente: Vengan, hijos míos, vengan amados de mi Corazón, vengan a beber en la fuente del Corazón de su Madre el vino celeste del amor divino; tómenlo a grandes sorbos; nunca caerán en excesos. *Beban y embriáguense, amadísimos* (Cantar 5, 1) con este vino puro que es padre de la virginidad y de las santas vírgenes: *Vino que hace germinar vírgenes* (Zac 9, 17); vino del que los serafines están embriagados; vino que embriagó a los apóstoles de mi Hijo; vino que lo embriagó santamente cuando en el exceso de su amor se olvidó de las grandezas de su divinidad y se redujo a aniquilarse en las penurias de un pesebre y en las ignominias de la cruz. Embriáguense con este vino delicioso para olvidar y menospreciar lo que ama y estima el mundo, para amar y estimar solo a Dios y para dedicarse con todas las fuerzas a implantar en las almas el reino de su amor y de su gloria. Así serán los hijos muy amados de su Corazón y del mío.

Por todo lo dicho puedes ver que no sin razón Dios mismo, al hablar a la bienaventurada Virgen en el salmo 87, que la Iglesia le aplica íntegramente, le dice, según interpretación del último versículo que san Jerónimo hace: *Todas mis fuentes están en ti*, pues este Corazón admirable contiene en sí una fuente de agua viva, fuente de vida, de leche, de miel, de aceite y de vino. Sus arroyos lo inundan todo y benefician a buenos y pecadores, a débiles y fuertes, a afligidos y a quienes los consuelan, de los que se pierden y de los que trabajan en salvarlos, y en general a toda clase de personas.

Todos los cristianos deben, por tanto, manifestar veneración particular a este augusto Corazón y esforzarse por honrarlo según Dios, de todas las formas posible.

Recogí en la vida de la venerable María Villant, fundadora del monasterio de Santa María del divino Amor, en Nápoles, algo digno de consideración: Un día Dios le hizo ver, en un éxtasis, el Corazón admirable de la reina del cielo, como el jardín de delicias del soberano Monarca. En él manaba una fuente muy clara y fresca. Escuchó a la reina de los ángeles que invitaba a sus devotos a beber de las aguas de esa fuente: *Ustedes, todos los sedientos, vengan a beber de las aguas de mi fuente; ustedes, los que no tienen dinero, vengan a beber de mi vino y de mi leche gratuitamente* (Is 55, 1). ¡Oh vino, gritó entonces esta santa joven, que me embriagas de amor divino! ¡Oh leche que por tu celeste santidad me purificas! ¡Cuándo se me dará sumergirme en tu amable fuente y no solo embriagarme de ella, sino perderme y ahogarme en ella felizmente! Así suspiraba ella cuando la santa Virgen la invitó a calmar su sed en esta clarísima fuente. Entonces vio una multitud innumerable de hombres y mujeres que traían sus vasos y los llenaban con estas aguas claras. Quién tomaba más, quién menos según la capacidad de sus recipientes. Vio algunos que por más que porfiaban por llenar sus vasos, perforados y rotos, trabajaban en vano. Vio que toda el agua que echaban salía de inmediato. Los ángeles la recogían en seguida y la distribuían en los que tenían sus recipientes sanos.

Se acercó ella a la fuente cristalina y encontró entre sus manos un vaso rico, de oro, lleno hasta los bordes de esas hermosas aguas. Se le explicó la visión. Los que iban a sacar agua de esa fuente eran los devotos de María, que es el canal por donde nos vienen las aguas de de las gracias divinas y de los favores y consuelos celestes. Los que se esforzaban en vano por llenar sus recipientes rotos, incapaces de retener el agua, a pesar de que la fuente inagotable se la brindaba copiosa, eran los pecadores que, fingiéndose devotos de la Madre de misericordia, vienen con sus almas y sus corazones rotos por sus pecados, a sacar el agua de las gracias celestiales, pero, a pesar de que les son dispensadas siempre, no pueden recibirlas pues se escapan por las rupturas de sus corazones.

Esas aguas sin embargo no se perdían en la tierra. Eran recogidas por los ángeles y distribuidas a otras personas pues la santa Virgen está bien atenta a que los que estén en gracia rueguen por los que están en pecado, y así se aferren a su devoción y levantándose de su pecado se salven.

Sección única

Continúa la explicación del cuarto cuadro

Es muy consolador para los cristianos saber que tienen una misma Madre con su adorable cabeza, Jesús; que esta divina Madre goza de pleno poder en el cielo y en la tierra; y que es tan bondadosa que su Corazón maternal es para ellos fuente de luz, de agua viva, de vida eterna, de leche, de miel, de vino y de un vino celestial y angélico.

Pero hay todavía algo grande y muy digno de admiración y de maravilloso provecho en esta milagrosa fuente. Ella da origen a un gran río que se divide en cuatro ríos que se derraman por todo el universo para regarlo con sus aguas vivas y saludables. Es lo que está figurado en esta fuente que Dios hace brotar de la tierra al crear el mundo, fuente de un río que produce otros cuatro.

¿Cuál es este río que nace de esa divina fuente que es el Corazón de María? ¿No es su Hijo Jesús? Sí, ciertamente. Él es el fruto de su Corazón, como ya dijimos. Pero podemos avanzar. Este río que nace de esta fuente es la abundante caridad de este Corazón generoso, que se divide en cuatro ríos que irrigan todo el mundo: el primero es río de consuelo; el segundo, río de santificación; el tercero, río de compasión y justificación; el cuarto, río de gozo y glorificación.

El primero es para las almas de la Iglesia sufriente. A ellas la caridad increíble del Corazón apiadado de la Madre de Dios procura diversos consuelos y alivios, e incluso liberación; y solo pueden dejar sus penas por su medio.

El segundo es para todas las almas justas y fieles de la Iglesia peregrinante, que por medio de la caridad del Corazón de su muy buena Madre reciben infinidad de luces, gracias y bendiciones de parte de la bondad divina, para su santificación.

El tercero es para todas las almas infieles que están en estado de perdición. Comprende todas las almas de paganos, judíos, herejes y malos católicos para los cuales este Corazón bondadosísimo está lleno de misericordia inconcebible y hace oficio de mediadora ante su Hijo para pedir sin cesar su conversión e impetrar de él gracias para este fin y obtener efectivamente la salvación de unos cuantos.

El cuarto río es para los habitantes de la Iglesia triunfante. De él se dijo: *Hay un río copioso cuyas aguas regocijan la ciudad santa de Dios* (Sal 46, 5). Si la Iglesia peregrinante canta diariamente, en alabanza de nuestra buena Madre, que es causa de su alegría cuanto más la triunfante tiene motivos para cantar lo mismo. Además de lo que veremos en seguida, que el Corazón de la reina del cielo es, después de Dios, la fuente de toda las glorias y felicidades de los santos que están allí, gozan del amor inexplicable con el que este Corazón de su dulcísima Madre los

abrazo a todos en general y a cada uno en particular, los colma y los cubre de gozo incomprensible para toda mente e inefable en toda lengua, en especial los que tuvieron respeto y devoción singulares a este Corazón, mientras estuvieron acá abajo.

Dos de los más señalados servidores de esta gran princesa, san Bernardo y san Anselmo, han cantado en especial esta fuente admirable que irriga todo el universo con sus aguas, mediante esos cuatro ríos.

Dice bien san Bernardo que todas las generaciones te dicen bienaventurada, a ti que engendras la vida y la gloria de todas las generaciones. Los ángeles encontraron en ti el gozo para siempre; los justos, la gracia; los pecadores el perdón⁷⁰.

San Anselmo se expresa así: Señora del universo, por tu virginal fecundidad el pecador es justificado, el excluido es llamado; el cielo, los astros, la tierra, las flores, los ríos, el día, la noche, y todas las criaturas que están bajo el poder del hombre, y fueron creadas para su servicio se regocijan pues por ti, en cierto modo, han resucitado y han sido dotadas de inefable y nueva gracia.

¡Oh Dios de maravillas! ¡Oh Corazón admirable! Grandes cosas deben pensarse y decirse de ti. ¡Oh fuente de luz, de gracia, de agua viva y vivificante; fuente de leche, miel y vino; fuente que das nacimiento a un grande, más aún a cuatro grandes ríos; fuente que das origen a cuanto hay de extraordinario y precioso, de deseable y amable, en la Madre de Dios, en la casa de Dios, que es su Iglesia, y en el Hombre-Dios que es Nuestro Señor Jesucristo! ¡Qué honor, qué veneración, qué devoción son debidos a un Corazón, abismo de gracia de santidad y milagros!

¡Cuántas alabanzas y acciones de gracias debemos tributar al Corazón adorable de la santísima Trinidad, primer Rey de todos los corazones y paradigma de este santo Corazón, principio de todas las perfecciones que lo adornan, por haberlo hecho tan noble y regio, tan bueno y magnífico, y por habérselo dado como fuente inagotable de consuelo, fortaleza, santificación y de todos los bienes! ¡Todos los espíritus y todos los corazones de los hombre y los ángeles te den gracias infinitas, Corazón infinitamente amable de mi Dios. Por desgracia, la mayoría de los cristianos no toman conciencia de este grandísimo don y de este inconcebible favor.

En tu santo evangelio, leo, Jesús mío, que un día, durante tu permanencia visible en este mundo, ibas a pie de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo para llevar a todos los pueblos la divina

⁷⁰ *Serm. 2 en Pentecostés.*

palabra de tu Padre. Te sentiste cansado y fatigado por la dureza del camino, te sentaste al lado de una fuente llamada pozo de Jacob. Te encontraste allí con una pobre mujer venida a sacar agua del aljibe. Aprovechaste la ocasión para catequizarla y, entre las santas enseñanzas que le diste, le dijiste que tú tenías un agua viva para darle, que quien bebiera de esa agua jamás volvería a sentir sed, o sea, no volvería a tener sed de las aguas envenenadas que el mundo sirve a los que lo siguen.

En otra lugar del mismo evangelio encuentro además que tu bondad infinita hacia el hombre encendió en tu Corazón un deseo infinito de darles de esa agua viva. Estando un día en el templo de Jerusalén, en medio de gran multitud, clamaste a plena voz: *Si alguno tiene sed que venga a mí y que beba* (Jn 7, 37).

Lo que entonces hiciste, cada día lo haces de nuevo. Te veo, no ya en la fuente de Jacob, sino en medio de esta divina fuente de que hablamos aquí; te escucho gritar sin descanso: *Si alguno tiene sed que venga a mí y beba*. Vengan a mí todos los recargados, fatigados y sedientos que van por los caminos del mundo, llenos de trabajos y miserias; vengan a mí aquí, es decir, a esta fuente, no ya de Jacob sino del Corazón de mi dignísima Madre. Allí me encuentran porque allí habito para siempre. Yo hice esa hermosa fuente con más amor por mis hijos que el que tuve cuando al principio hice una para los hijos de Adán.

La hice para ustedes. Para ustedes la llené de infinidad de bienes. Allí me encuentro para ustedes; para mostrarles y distribuirles los tesoros inmensos que tengo guardados en ella. Aquí estoy para refrescarlos y fortalecerlos; para darles nueva vida mediante las aguas vivas de que rebosa. Estoy allí para alimentarlos con la leche y miel; para embriagarlos con el vino que mana de ella. Vengan a mí.

Hace mucho tiempo, Salvador mío, clamabas así. Pero pocos abren sus oídos para escucharte. Si el mundo no escucha al Señor no escuchará tampoco al servidor. No importa, permíteme gritar yo también, para que tu siervo imite a su Señor.

Quien me diera voz tan vigorosa para ser escuchado en las cuatros esquinas del universo. Para gritar al oído de todos: *Todos los sedientos vengan a las aguas; apresúrense los que no tienen dinero; vengan, compren sin dinero vino y leche* (Is 55, 1). Vengan a beber las bellas y buenas aguas de esta milagrosa fuente, no le hace que no tengan dinero; dense prisa, vengan.

Los sedientes de falsos honores de este mundo vengan al venerado Corazón de la reina del cielo. A ejemplo de ese Corazón, encendido únicamente en sed ardentísima de la gloria de su Dios, aprendan que solo hay honor auténtico en seguir a su divina

Majestad; *Gloria grande es seguir al Señor* (Sir 23, 38). Todo otro honor es humo, vanidad e ilusión.

Los que buscan riquezas de la tierra, vengan y encontrarán aquí tesoros incomparables. Los ávidos de placeres mundanos vengan y encontrarán contentos angélicos, delicias divinas, paz y gozo de hijos de Dios y de la Madre de Dios, según la divina promesa dirigida a cada uno: *Haré correr para él ríos de paz y lo inundaré con torrentes de gloria* (Is 66, 12).

Salgan, abandonen ese sucio y horrible torrente del mundo, torrente de espinas que los arrastra al abismo de la perdición y vengan a perderse santamente en las aguas dulces de este río de paz y de este torrente de delicias. Apresúrense, ¿qué esperan? ¿Por qué tardan un solo momento? ¿Temen perjudicar la bondad sin igual del adorabilísimo Corazón de Jesús, su Dios y redentor, si se dirigen a la caridad del Corazón de su Madre? ¿No saben acaso que María es nada y nada tiene ni puede sino de Jesús, y por él y en él; y que es Jesús quien es todo, puede todo y hace todo en ella? ¿No saben que Jesús hizo el Corazón de María tal como es, y que quiso hacer de él fuente de luz, de consuelo y de todas las gracias para los que recurren a él en sus necesidades? ¿Ignoran acaso que no solo Jesús reside y mora continuamente en el Corazón de María sino que él es el Corazón de María, el Corazón de su Corazón, el alma de su alma y que por tanto venir al Corazón de María es venir a Jesús; honrar el Corazón de María es honrar a Jesús; invocar el Corazón de María es invocar a Jesús?

¿Por qué temen? ¿Piensan que esta Madre de gracia y de amor los va a desconocer por sus pecados, infidelidades e ingratitudes continuas hacia su Hijo y hacia ella? ¿Olvidan que tantos Padres anuncian que jamás ha rechazado a nadie? ¿No la escuchas decirte, con su Hijo: *Al que venga a mí no lo echaré afuera?* (Jn 6, 37). Nunca, nunca ha rechazado a nadie; no temas, no empezará por ti.

Solo te pide una cosa. Que si deseas gustar las dulzuras de leche y miel y experimentar el espíritu del vino que manan de la fuente de su Corazón, tienes que renunciar por entero a la mesa del infierno y a no beber nunca la copa del demonio. Beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios al tiempo es imposible. Comer en la mesa de Dios y en la mesa del diablo no es posible (1 Cor 10, 21) ¡Escojan! ¡Cómo es de fácil hacerlo!

¡Qué cosa bien extraña! El mundo solo te ofrece migajas y gotas de su mesa, es decir, sus honores, riquezas y deleites. Te vende esas migajas y esas gotas por alto precio, es decir, a precio de mil penas, inquietudes, amarguras, angustias y a menudo al precio de tu sangre y de tu vida. Por eso el Espíritu Santo te grita:

¿Por qué compras tan caro y con tanto trabajo algo que no va saciar tu hambre ni a quitarte la sed? (Is 55, 2).

Hay más. Todo lo que el mundo te vende a precio tan alto son solo aguas turbias y ponzoñosas. No solo son incapaces de quitarte la sed sino que te envenenan y te causan muerte eterna. *¿Qué buscas en esas aguas turbias y sucias de Egipto? (Jer 2, 18).* ¿Qué satisfacción te pueden brindar? El Hijo de Dios e Hijo de María quiere *embriagarte con las delicias inenarrables de su casa y sumergirte en el torrente de sus gozos eternos (Sal 36, 9)* Te ofrece todos los tesoros que posee y las coronas gloriosas de un imperio eterno. Y a pesar de todo, le vuelves la espalda, menosprecias dones tan grandes que con tanta bondad te da gratis. Prefieres la mesa del diablo a la de Dios, la copa del Anticristo a la copa de Jesucristo.

¡Qué ceguera! ¡Qué locura! Algo extraordinario que debe aterrorizar cielo y tierra y que asombra incluso a Dios y le hace decir: *Cielos, pásmense de lo que voy a decir y horrorícense con espanto: dos males hizo mi pueblo; me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron cisternas, cisternas agrietadas que no retienen el agua (Jer 2, 12-13).*

Señor Jesús, apiádate de tantas miserias, te lo suplico, por el Corazón sagrado de tu santa Madre. Danos el agua viva de que rebosa esta fuente. Apaga por entero en nuestros corazones la sed maligna de lo de este mundo. Enciende en ellos una sed ardentísima de agradarte, amarte y poner todas nuestras delicias y nuestro máximo bien en seguir en todo y por doquier tu adorable voluntad a imitación de este divino Corazón que jamás tuvo otro contento que agradarte, ni otra gloria que glorificarte, ni otro paraíso que cumplir en todo y perfectamente tus santas voluntades.

CAPÍTULO VI

Quinto cuadro: representa el Corazón de la Madre de Dios como un mar

El Corazón admirable de la preciosísima Virgen no es solo una fuente sino que es un *mar*, del que el océano que Dios hizo en el tercer día de la creación del mundo es bella figura.

San Juan Crisóstomo dice que el corazón de san Pablo es un mar⁷¹. El Espíritu Santo, empero, da este nombre a la madre de Dios y por tanto a su Corazón, al cual conviene mejor que a otra persona puesto que, como diremos en seguida, este Corazón es el principio de todas las calidades de que está adornado.

Ciertamente, el Espíritu Santo nos declara que María, su dignísima Esposa, es un mar. Dicho sabio y humilde autor, cuando nos comparte las hermosas luces de su espíritu en sus excelentes comentarios de los Salmos, nos ha querido ocultar el mérito de su nombre y su persona⁷²; nos enseña que esta gloriosa Virgen lleva el nombre de *Mar*, en las sagradas Escrituras. En efecto, dice, es un mar puro, dilatado, útil. Puro y dilatado como diremos adelante. Útil pues como el mar, dice este santo doctor, no deja que las tierras que le son aledañas sean estériles, así todos los que se acercan a la Madre de Dios como verdaderos devotos, producen abundancia de frutos de bendición por las gracias que les comunica generosamente. Digamos entonces que su Corazón es un mar lleno de infinitud de grandes portentos.

El mar es una de las asombrosas maravillas de la omnipotencia divina en el orden de la naturaleza: *Admirables las grandezas del mar* (Sal 43, 4). Y Dios que es admirable en todo, por excelencia lo es en el mar: *Admirable el Señor en la hondura del mar*. El Corazón de la divina María es océano de prodigios y abismo de milagros. Es obra maestra del amor esencial e increado en el que los efectos de su poder sabiduría y bondad infinitas resplandecen más que en todos los corazones de los hombres y los ángeles.

¿Qué es el mar? Reunión de aguas, dice la santa Palabra, o si prefieres, lugar donde confluyen todas las aguas: *Que se congreguen las aguas que hay bajo el cielo en un lugar* (Gn 1, 6). Y llamó mares la acumulación de las aguas, continúa el texto. ¿Y el Corazón de nuestra augusta María qué es? Es el lugar en que las aguas vivas de todas las gracias brotadas del Corazón de Dios, como de su fuente original, son congregadas y reunidas. Escucha a san Jerónimo que dice: *La gracia está repartida entre los otros santos pero María posee la plenitud de la santidad*⁷³. Y por ello san Pedro Crisólogo⁷⁴ la llama *Collegium sanctitatis*, es decir, lugar donde la gracia y la santidad está reunida y recogida. Y san Bernardo⁷⁵: *Mar prodigioso de aguas*.

⁷¹ Hom. 55 al cap. 28 de Hechos.

⁷² *Incognitus*, al Sal. 72.

⁷³ *Serm. Assump. Virginis*.

⁷⁴ *Serm. I, 46*

⁷⁵ *Serm. Sobre la Virgen*

Todos los ríos de la tierra desembocan en el mar y sin embargo el mar no se rebosa (Qoh 1, 7). Asimismo todos los arroyos y torrentes, todos los ríos de gracias celestiales van al Corazón de la Madre de gracias y todos encuentran puesto en él.

Todas las gracias del cielo y de la tierra (Sir 24, 25), las gracias de los ángeles y de los hombres, las de los serafines y querubines, de los tronos dominaciones y virtudes, de los potestades y los principados, las de los arcángeles y ángeles, las de los patriarcas y profetas, de los apóstoles y evangelistas, de los santos discípulos de Jesús, de los mártires, sacerdotes y levitas, de los confesores y ermitaños, de la vírgenes y viudas, de los santos inocentes y de todos los bienaventurados que hay en el cielo, vienen a derramarse en este gran mar del Corazón de la Madre del Santo de los santos; no rebosa, nunca tiene demasiado; es digno de recibir todos los dones y todas las liberalidades de la bondad infinita de Dios y capaz y disponible para recibirlos y hacer de ellos el uso que debe hacerse para gloria de su divina Majestad.

San Juan Damasceno llama el cuerpo de la gloriosa Virgen, depositado en la tumba, *abismo de gracia*⁷⁶. Si este cuerpo, separado de su alma, es abismo de gracia, ¿qué decir de su Corazón viviente y animado por el Espíritu Santo que es fuente de todas las gracias? Oigamos a san Bernardino de Sena: todos los dones y gracias del Espíritu Santo descendieron al alma y al Corazón de la divina Virgen en tan copiosa plenitud, en especial al concebir al Hijo de Dios en sus purísimas entrañas, que es mar y abismo de gracias impenetrables e incomprensibles para toda mente humana y angélica. Solo el entendimiento divino, el de su Hijo Jesús y el suyo, tiene la capacidad de conocer plenamente su abundancia y perfección⁷⁷.

El mar no se manifiesta avaro con sus aguas. Por el contrario, las comunica de muy buena gana a la tierra por medio de los ríos, que no salen del océano sino para volver a él, y entran para salir de él nuevamente, a irrigar la tierra con sus aguas y fecundarla con toda clase de frutos: *Al lugar de donde salieron los ríos regresan para salir nuevamente* (Qoh 1, 7). El Corazón de nuestra magnífica reina no retiene nada de todas las gracias que recibe de la mano generosa de Dios. Las envía nuevamente a su primera fuente y de allí se derraman, en cuanto sea conveniente y necesario, sobre las tierras secas de nuestros corazones para que fructifiquen para Dios y para la eternidad (Ro 7, 4).

⁷⁶ *Orat. 2, de dormit. Deip.*

⁷⁷ *Serm. 5 en la Nativ. B. Virg.*

Piensa estas hermosas palabras de san Bernardo: *María se hizo toda para todos. Su muy abundante caridad hizo que se sintiera deudora a toda clase de personas. Abrió el seno de su misericordia y de su generoso Corazón a todos; que de él el cautivo recibiera redención, el enfermo sanación, el triste y afligido consuelo, el pecador perdón, el justo incremento de gracia, el ángel crecimiento de su gozo, el Hijo de Dios la sustancia de la carne humana, y finalmente la santa Trinidad gloria y alabanza eternas. Es así como el Creador y todas las criaturas sintieron el amor y la caridad de su Corazón*⁷⁸.

Si se tomaran al pie de la letra las palabras del profeta David al decir que fundó la redondez de la tierra con todos sus habitantes sobre las aguas del mar: *Super maria fundavit eum* (Sal24, 2) sería fácil entenderlas. Porque qué otro medio habría de entender, dadas la inseguridad e inestabilidad de las aguas del mar en perpetuo movimiento, fueran el fundamento de la tierra y de todos sus habitantes, pues el mismo profeta afirma en otro lugar que Dios fundó la tierra en su propia estabilidad y firmeza (Sal 104, 5). En un sentido más elevado y espiritual es fácil entender que el mar de que trata es el que venimos mencionando, es decir, el Corazón augusto de nuestra gran reina. Solo de este mar se puede afirmar con verdad que Dios lo ha escogido para ser, después de su Hijo Jesús, el primer fundamento del mundo cristiano y de cuantos lo habitan, ya que nuestra salvación se ha hecho en este Corazón y por este Corazón, pues es fundamento estable, sólido e inmóvil del cristianismo del que no podemos prescindir so pena de incurrir en perdición y ruina eterna.

Quita uno de los fundamentos principales de una casa, ¿qué sería de ella? Suprime a María de la Iglesia, que es casa de Dios y morada de los hijos de Dios, ¿qué se hará con todos los que moran en ella? ¿Qué haríamos nosotros, indigentes que somos, dice muy bien san Buenaventura, qué haríamos en medio de la noche tenebrosa de este mundo si nos vemos privados de esta columna luminosa⁷⁹?

Son desgraciados los herejes y cuantos no tienen la devoción y la confianza que los verdaderos cristianos deben tener en esta buena y poderosa reina. ¿Qué pueden hacer ellos en medio de las vicisitudes e inconstancias de este mundo, y en medio de las debilidades y fragilidades humanas, sin tener en que apoyarse, sin esta firme columna y sin este fundamento incommovible? ¿Qué haríamos sin el bondadoso Corazón de nuestra muy buena Madre?

⁷⁸ *Serm. Sobre Apoc. Signum magnum:*

⁷⁹ *De Speculo B. Mariae Virg.*

¿Cómo subsistiríamos sin el socorro y la asistencia continuas que recibimos de este Corazón maternal, encendido en celo, cuidado y vigilancia por nosotros, y que mueve sin cesar a esta muy benigna Madre a rogar por nosotros? El venerable Beda dice que hace mucho tiempo el mundo hubiera sido destruido si las oraciones de María no lo sustentaran, y san Fulgencio añade: hace mucho tiempo que el cielo y la tierra serían aniquilados si las intercesiones de la divina Madre no hubieran sido su apoyo y fundamento⁸⁰.

El Corazón de nuestra admirable María es un mar, y este mar, después de Jesucristo, es el fundamento del mundo cristiano. Mar de caridad, de amor, pero de amor fuerte, constante e invariable. Mar más sólido que el que sustentaba a san Pedro que caminaban sobre él a pie enjuto; mar más firme que el firmamento; mar del que habla san Juan en los capítulos cuarto y decimoquinto del Apocalipsis, mar de aguas claras, limpias y lucientes como si fueran de cristal y llameantes como fuego; mar que estaba ante el trono de Dios; mar que sostenía a los santos, que estaban de pie sobre sus olas, cantando las alabanzas de Dios, como veremos en seguida.

Sección primera

El Corazón de la Madre del Salvador es un mar de aguas cristalinas mezcladas con fuego

Vi en el cielo, dice san Juan, un trono magnífico, y *ese trono que vi era un mar de vidrio semejante al cristal* (Ap 4, 6). Quiere decir, un mar de aguas claras como el vidrio y el cristal. Y más adelante dice: *Vi un prodigio grande y admirable en el cielo: un mar de vidrio mezclado con fuego* (Ap 15,2), o sea, un mar cuyas aguas claras como el cristal estaban mezcladas con fuego.

¿Qué quiere decir esto? ¿Cuál es ese mar prodigioso sino aquel de que venimos hablando, a saber, el Corazón maravilloso de la reina del cielo? Hemos visto que es un océano de gracias, al cual convergen todos los ríos de la gracia, y que difunde sus aguas saludables en todo el universo. El mundo nuevo, el mundo santo y cristiano se fundamenta y establece sobre este mar. Veamos ahora por qué el Espíritu Santo, que hizo ver este prodigio a san Juan, compara las aguas de este maravilloso mar al vidrio y al cristal y cuál es el fuego al que se mezclan.

⁸⁰ *Sermón de santa María.*

Si consideramos esto atentamente, encontramos antes que nada que como el vidrio es producto de un fuego temporal y fruto maravilloso de una hoguera ardiente en la que tomó origen y recibió su perfeccionamiento, así el Corazón de la Madre de amor es, entre todas las criaturas, la más excelente obra de este fuego divino del que se dice: *Tu Dios es un fuego devorador* (Dt 4, 24). Ese fuego se formó en la hoguera ardiente del Corazón adorable de la santa Trinidad, que es el Espíritu Santo; durante el curso de esta vida fue acrisolado como el oro y perfeccionado en la hoguera de las tribulaciones; y finalmente fue consumido, como hostia santa, en el fuego del amor celeste de la caridad divina, que lo transformó en ella. Es así todo fuego y todo llama de amor a Dios y de caridad a los hijos de Dios.

El vidrio y el cristal tienen tres propiedades notables que representan tres cualidades de este Corazón virginal.

Primero, un cristal hermoso es sin tacha. Es de pureza inmaculada como es el Corazón de María que jamás fue manchado por el menor de los pecados. Es mar sin suciedad ni corrupción que rechaza y aleja toda clase de inmundicia.

Segundo, el vidrio y el cristal son transparentes, totalmente expuestos a todas las miradas. Esto denota sencillez y sinceridad, propias de quien no sabe de sutilezas ni fingimientos, que no se disfraza ni usa de artificios, que desconoce duplicidad e hipocresías; es una de las más loables cualidades de un corazón fuerte y generoso. Solo el corazón flojo y débil disimula y engaña; un corazón lleno de fortaleza y generosidad es siempre sencillo, franco y sincero. Así es el Corazón de la gloriosa Virgen que puede repetir mejor que san Pablo: *Nuestra seguridad se basa en el testimonio de nuestra conciencia que nos atestigua que actuamos en este mundo con sencillez de corazón y en sinceridad ante Dios* (1 Cor 1, 12).

Tercero, el vidrio y el cristal no solo no se oponen a los rayos del sol y no los repelen como lo hacen los objetos materiales sino que los reciben en sí mismos y se dejan penetrar totalmente de modo que llegan a ser del todo luminosos y transformados en luz. El sol se dibuja y se imprime perfectamente en ellos y llegan a ser como otro sol; incluso transmiten y comunican la luz que reciben en plenitud del sol a los lugares y objetos que están cercanos. Así es el Corazón de la Madre de Dios: Estuvo siempre abierto a las luces celestiales; estuvo colmada y penetrada por ella en forma maravillosa e inexplicable.

Ha sido y será por siempre como un hermoso espejo de cristal en el cual el Sol de justicia ha reflejado la imagen perfecta de sí mismo. Por eso san Juan lo contempló como un mar de vidrio

semejante al cristal *que está ante el trono de Dios* (Ap 4, 6), continuamente expuesto ante la faz y la vista de su divina Majestad. Ella tiene de continuo sus ojos clavados en ese gran espejo, traza e imprime en él sin cesar una imagen perfecta de sí misma y de todas sus divinas perfecciones.

No solo este divino Sol imprime su imagen en este purísimo cristal sino que lo transforma en sí. Para captar bien esta verdad, figúrate un gran corazón de cristal, en el que el sol está encerrado. ¿No te parece que está de tal manera lleno y penetrado, en todo lo que es, del sol, de la luz del sol, del calor del sol, de la fuerza del sol y de las demás excelentes cualidades del sol? Se hizo del todo luminoso, luz total, transformado por completo en sol, todo sol, capaz de comunicar y difundir por doquier la luz, el calor, la fuerza y las influencias del sol.

Y todo esto es solo sombra del Corazón de la Madre del Sol eterno. ¿Qué es este Corazón? Es la casa de este divino Sol que ha sido siempre y será eternamente habitante de este Corazón. Él lo llena, lo anima, lo posee, lo transforma en sí tan perfectamente que hace del otro sol, en cierto modo, un mismo sol con él, capaz de derramar incesantemente sus rayos, su luz y su calor en todo el universo.

San Juan nos dice además que vio algo prodigioso en este mar de vidrio semejante al cristal, que está ante el trono de Dios. Ese mar está *lleno de fuego mezclado con sus puras aguas* (Ap 15, 2). Portento grande contemplar fuego en medio de un mar, mezclado con sus aguas sin apagarse. Maravilla ver el agua y el fuego llevársela juntos.

¿Qué significa esto? Escucha al Espíritu Santo que te dice en alabanza de su amadísima Esposa: Un diluvio de aguas no pudo extinguir el fuego del amor y de la caridad de su Corazón (Cantar 8, 7). ¿De qué aguas se trata? Son las de las grandes tribulaciones en las cuales se vio sumergido, en especial durante la pasión de su Hijo. Se pudo decir entonces con toda verdad: *Tu aflicción es grande como un mar, Madre dolorosa* (Lm 2, 13). Tu Corazón está abismado en un mar de penas, amarguras y angustias.

Pero todas las aguas de este mar no solo no fueron capaces de apagar el fuego ardentísimo del amor divino que arde en el Corazón de María sino que, por el contrario, provocaron un incendio todavía mayor.

Finalmente san Juan ve a los santos que en pie permanecen en este mar de vidrio semejante al cristal (Ap 15, 2). Ellos le confirman la enseñanza que nos dio a través del santo profeta David, que después de Jesucristo, el mundo cristiano está

fundado y establecido en este gran mar: *Lo estableció sobre los mares* (Sal24, 2).

Conozco bien lo que se dice en otra parte: *es imposible poner un fundamento distinto del que ha sido puesto, es decir Jesucristo* (1 Cor 3, 11). Tampoco ignoro que esto quiere decir que Jesucristo es el primero y principal fundamento y la piedra angular, y que no puede ponerse otro en su lugar, o sea, en el primer puesto y en el sitio de este primer fundamento. Esto no impide que haya otros fundamentos que dependen de él. ¿Acaso los profetas y los apóstoles no ostenta también esta calidad en las Escrituras? (Ef 2, 20). ¿Quién puede encontrar errado que se atribuya al Corazón de la reina de los apóstoles, quien contribuyó ella sola más a la fundación y establecimiento de la Iglesia, por su fe, su humildad, su amor, su caridad, su celo y de todos los modos que dijimos, que todos los apóstoles y profetas y todos los santos tomados en conjunto?

Por ello san Juan ve a los santos en este mar de cristal, que representa este mismo Corazón. Allí tienen ellos su lugar y allí hacen su morada, junto con su adorable cabeza, el Hijo amadísimo de María, quien eternamente permanecerá en el Corazón de su amabilísima Madre. Allí ellos cantan, dice san Juan, el cántico del Cordero y el cántico de Moisés, servidor de Dios y figura del Cordero, por su gran mansedumbre, cántico lleno de amor, suavidad y gozo: *Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios omnipotente, justos y verdaderos tus caminos, Rey de los siglos. ¿Quién no temerá y magnificará tu nombre, Señor? Porque solo tú solo eres santo; porque todos los pueblos vendrán a adorarte, y tus juicios se pondrán de manifiesto* (Ap 15, 3-4).

Oh Jesús, concédenos que cantemos contigo, con tu digna Madre y con todos los santos ese misterioso cántico para alabanza del adorabilísimo Corazón de la santa Trinidad, fuente de todas las maravillas que hay en el mar del Corazón de tu sacratísima Madre. Él es otro mar de amor infinitamente más dilatado, rico y admirable que este, el que solo es una gota de rocío en la inmensidad del primer y vasto océano.

A este divino mar dirijo ahora mi voz y mi súplica: ¡Escucha, escucha, oh inmenso mar de amor! Una diminuta gota de agua, el más pequeño y el último de todos los corazones, pide abismarse en tus ondas para perderse en ellas enteramente y no ser encontrado jamás de nuevo. Oh María, reina de todos los corazones consagrados a Jesús, aquí está esta gotita de agua, indigno corazón, que se presenta y se entrega a ti para ser sumergido con el tuyo en el océano de amor, de caridad y para perderse allí por siempre. Infortunadamente, tú ves, Madre

piadosa, que estamos aquí dentro de un mar tormentoso de tribulaciones y tentaciones, que nos asedian por doquier. ¿Quién podrá subsistir entre tan furiosas tormentas, tantos escollos, tantos peligros sin naufragar? Pon tus ojos misericordiosos en nosotros y que tu compasivo Corazón se compadezca de nosotros; que sea nuestra estrella y guía; nuestra protección y defensa; nuestro apoyo y fortaleza para que podamos entonar este otro cántico:

Divino Corazón, tú eres mi luz,
mi alcázar de todos los días.
¿Qué podrá causarme temor?
Tú bondad me sostiene;
eres el firme sostén de mi vida,
nada puede perturbar mi corazón.

Sección II

*Otras excelencias del mar del Corazón de María;
su profundidad y altura, su longitud y anchura*

Cuando san Juan Crisóstomo hace el elogio del corazón de san Pablo lo compara con el mar. Afirma que es mar en el que se puede navegar, no de ciudad a ciudad, sino de la tierra al cielo; mar en el que el viento es siempre favorable pues lo produce el hálito del Espíritu Santo; mar sin escollos, ni tempestades, ni monstruos ni naufragios; mar más sereno y seguro que el mismo puerto; mar en el que nada hay salado y amargo sino todo dulzura y suavidad; mar colmado de inmensos tesoros y grandes riquezas; quien quiera entrarse en él va a encontrar bienes que constituyen el Reino de los cielos; podrá ser rey y poseer el mundo⁸¹.

Con mayor razón puedo afirmar todo esto del Corazón augusto de la emperatriz del universo. Todas estas cualidades le pertenecen con mayor derecho y excelencia; él supera de todas formas e infinitamente cuanto hay de grande y maravilloso en los corazones de apóstoles y santos. Añadiré aún dos que van a constituir materia de este capítulo.

La primera es que aunque es cierto que el benigno Corazón de la Madre del amor hermoso jamás gustó la amargura del pecado y lo tuvo rebotante de la gracia y suavidad de la caridad, es sin embargo cierto que este corazón sintió la embriaguez de la hiel y del absintio por la infinidad de aflicciones que sufrió y de las que hablaremos en su momento.

⁸¹ Homilía 55 sobre Hechos de los Apóstoles.

Aún más, este Corazón es un Mar Rojo lleno de amargura para los egipcios, o sea, para los demonios. En el Mar Rojo el rey de Egipto pereció ahogado con todo su ejército. En el Mar Rojo del Corazón de María, enardecido de amor a Dios y de caridad al los hombres, el enemigo de Dios y de los hombres, el príncipe del infiernos, con todos sus poderes infernales, fue sumergido, pues mediante este mismo Corazón, el Hijo de María nos libró de su tiranía como ya dijimos.

De él se habla en el salmo 74, en el pasaje en que el profeta rey dice que Dios obró nuestra salvación en medio de la tierra, o sea, del Corazón de la santísima Virgen, como dijimos; y añade de inmediato estas palabras que dirige a su divina Majestad y que pueden aplicarse muy bien a la misma Virgen, pues el Espíritu Santo la llama a veces tierra y a veces mar: *Asentaste con tu poder el mar; sumergiste en las aguas las cabezas de los dragones* (Sal 74, 13).

San Buenaventura, el Seráfico, dice: María es un mar muy amargo para el diablo y sus ángeles que en él fueron subyugados; como el mar Rojo fue amargo para los egipcios, que en él perecieron; mar amargo y temible para los egipcios, así es amarga y pavorosa esta Madre para los demonios⁸².

A nadie temen más que a esta generala de los ejércitos del gran Dios: *Terrible como avanzada de los ejércitos* (Cantar 6, 3.9). Ella les es más terrible como poderoso ejército para enemigos débiles. Nada temen tanto como a esta Madre admirable y a los verdaderos hijos de su Corazón. Ella los aloja, los lleva y los conserva en el interior de su Corazón como en fortaleza inexpugnable. Con amor incomparablemente mayor que el de san Pablo les dice: *Ustedes están en nuestro corazón para vida y para muerte* (2 Cor 7, 3). Y ellos le responden: "Tu Corazón, oh María, Madre nuestra bondadosísima, es baluarte fortísimo. Si el demonio, el mundo y la carne nos atacan, estaremos a salvo en esta fortaleza donde encontraremos seguridad. Si todos los ejércitos infernales se unen para combatirnos nuestro corazón no los teme. Guárdanos en tu Corazón maternal, Madre amabilísima; y si todos los poderes de la tierra y del infierno se armen para asaltarnos nos burlaremos de ellos".

La segunda es que el Corazón de la Madre de Dios es un mar de profundidad, altura, longitud y anchura inmensas.

¿Cuál es su profundidad, su altura, su longitud, su anchura? Podría decir que su profundidad es su sabiduría y su ciencia; su altura es su fortaleza y su poder; su longitud es la caridad universal hacia buenos y malos, amigos y enemigos; su anchura es su gratitud por los beneficios recibidos de la bondad divina y su perseverancia en su amor, pues estas dos cualidades tomadas juntamente, es decir, la memoria y el

⁸² *In Spec. B. Virg. -3.*

reconocimiento de los favores recibidos de quien la amó desde toda eternidad, y la perseverancia para amarlo eternamente representan dimensiones sin límites.

¿Ha existido acaso un Corazón entre las puras criaturas que haya estado tan lleno de la ciencia de los santos, de la sabiduría de Dios y que haya penetrado tan profundamente en sus inefables misterios, en sus incomprensibles perfecciones, en sus obras maravillosas y en los secretos más ocultos de su Corazón como el Corazón de la que es la Madre de la Sabiduría eterna? Tanto más que estuvo siempre colmado, poseído, animado, iluminado por esta Sabiduría increada que, siendo Hijo de Dios, quiso ser el Hijo de María y el fruto de su Corazón inmaculado.

¿No es cierto que no ha existido fuerza ni constancia semejante a la que este Corazón generoso manifestó en medio de dolores sin par y de tormentos inauditos que soportó durante la pasión del Salvador? ¿Es posible imaginar más elevada fortaleza que la del Corazón que es todopoderoso ante el Corazón del Omnipotente y al que la omnipotencia misma, si es posible decirlo, nada puede rehusar?

¿Qué anchura más vasta y dilatada es posible figurarse que la de un Corazón cuya caridad abarca todo cuanto puede decirse de la caridad inmensa del corazón de Dios?

¿Qué corazón ha existido que haya tenido tanta gratitud no solo por los dones recibidos de la mano generosa de Dios sino por todas las gracias que su infinita bondad ha derramado sobre todas las demás criaturas, y que haya tenido cumplida perseverancia y fidelidad total en el servicio y amor de su divina Majestad?

Es lo que inicialmente puedo decir sobre la profundidad, altura, longitud y anchura de este grande y maravilloso océano de que hablo. Añado todavía cuatro puntos importantes sobre esta materia.

1. Digo primeramente que la *profundidad* de este mar es la humildad incomparable del Corazón de la reina de los ángeles; humildad tan profunda, que, aunque es la primera, mayor y más elevada en gracia, gloria, poder y dignidad entre las criaturas, y aunque conocía muy bien las gracias eminentes que Dios le hizo, la hizo rebajarse sin embargo por debajo de todas las criaturas y mirarse y se considerarse como lo último, más ruin y abyecto de todo lo creado.

Por ello conservaba siempre en su Corazón tres disposiciones características de la verdadera humildad, a saber, baja estima de sí misma, aversión grande a honores y alabanzas, y mucho amor al desprecio y la abyección. Abrazaba todo esto como algo que le era debido y dirigía siempre a Dios todo honor y toda gloria al único a quien pertenecen.

El fundamento y origen de estas tres disposiciones, fuertemente impresas en su Corazón, era el perfecto conocimiento que tenía de sí

misma. Sabía muy que por sí misma nada era, nada tenía, nada podía. Se sabía hija de Adán y que, por tanto, si no hubiera sido preservada en el momento de su concepción inmaculada por milagro de la divina bondad, hubiera caído en el abismo del pecado original como todo hijo de Adán, y en consecuencia, llevaba en sí misma la fuente de todos los crímenes de la tierra y del infierno, o sea, la corrupción de ese pecado de origen, por el que hubiera sido capaz de toda suerte de desórdenes inimaginables

Ante esta mirada y estas luces, mayores y más vivas como nunca las tuvo algún santo, mientras estuvo en la tierra, se humillaba aún más que ninguno de ellos lo hizo. Por su humildad glorificaba a Dios como nadie lo hizo jamás. En efecto, todo el que se ensoberbece rebaja a Dios; y por el contrario quien se rebaja exalta y glorifica a su Dios. *Ingresa el hombre al corazón alto, o como dice el hebreo, al corazón profundo y Dios es glorificado* (Sal 74, 7, Vulgata).

“Cuando el corazón del hombre desciende por verdadera humildad a lo profundo del abismo de su nada, entonces Dios es glorificado y magnificado en él”. Es lo que hizo el Corazón de la reina del universo más que toda otra criatura. Atrajo a sí gracias y bendiciones mayores que las de los hombres y de los ángeles. Por eso es llamada *Pozo de aguas vivas* (Cantar 4, 15). Así la llama el Espíritu Santo tanto por la profundísima humildad de su Corazón como por la profundidad del abismo impenetrable de gracias, dones y tesoros celestiales de Dios, quien, nada limitado con un corazón humilde, derramó a manos llenas en el humildísimo Corazón de María.

No solo atrajo a sí, por su humildad, todas las gracias del cielo sino la fuente misma: al autor de la gracia. Hemos dicho algo que puede merecer no ser entendido; escuchemos entonces las palabras del gran san Agustín quien pondera así la humildad de la santa Virgen:

“Dime, te ruego, santa Madre de todos los santos, ¿cómo hiciste nacer en el seno de la Iglesia esta hermosa flor, más blanca que la nieve, este hermoso lirio de los valles? Dime, te suplico, Madre única, ¿por qué mano o por cuál poder de la divinidad, este Hijo único, que se precia de no tener otro Padre que Dios, se formó en tus purísimas entrañas? Dime, te conjuro, por aquel que te hizo digna de merecer que naciera en ti, ¿qué bien hiciste? ¿Qué presente ofreciste? ¿Qué poder empleaste? ¿De qué intercesores te serviste? ¿Qué sufragios y favores te precedieron? ¿Qué pensamientos y qué designios te inspiró tu mente para llenarte de la felicidad de que aquel que es el poder y la sabiduría del Padre, el que cubre poderoso de un extremo al otro, el que dispone todo con tal suavidad y el que está totalmente en todo lugar, haya venido a tu vientre virginal? ¿Que haya permanecido en él y haya salido de él sin sufrir cambio alguno en sí mismo y que en nada haya alterado

tu virginidad? Dime, pues, te ruego, por qué medio llegaste a algo tan grande?

“Responde ella, me preguntas ¿qué presente ofrecí para llegar a ser la Madre de mi Creador? Ese presente fue la virginidad de mi cuerpo y la humildad de mi Corazón. Por eso mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se estremece de gozo en Dios mi Salvador porque miró la humildad de su sierva, porque no se detuvo en un magnífico ropaje, no en pomposos ornatos de brillante oro y piedras preciosas, no en aretes de altísimo precio, sino en la humildad de su sierva. Vino este buen Señor a la pequeñez de su esclava, y él que es humilde y bondadoso no desdeñó hacer morada y tomar reposo en el Corazón humilde y bondadoso de la que quiso escoger como su Madre”⁸³.

Nada tengo que añadir a estas maravillosas palabras de san Agustín. Esa es la profundidad del mar prodigioso del Corazón de la Madre del Salvador.

2. Hablemos ahora de su *altura*, no menos admirable por su elevación como lo fue en su humildad: *Admirable en la agitación del mar* (Sal 93, 4 vlg.). ¿De qué altura se trata? Es su contemplación sublime. ¿Y de qué contemplación hablas? Los teólogos de la mística nos enseñan que la hay de varias clases. Voy a referirme a la que es la más pura, excelente y agradable a Dios. Consiste en contemplar y mirar siempre fijamente, en todo tiempo y lugar, en todo lo que sucede, su adorabilísima voluntad para seguirla en todo y por doquier.

En esta contemplación el Corazón de la santa Virgen se ocupaba de continuo. Era su dedicación, preocupación y aplicación perpetua. No tenía inclinaciones diferentes, ni otras intenciones en sus pensamientos, palabras, acciones, sufrimientos y en todo lo demás, que agradar a su divina Majestad y cumplir su voluntad DE GRAN CORAZÓN Y ÁNIMO DECIDIDO (2 Mc 1, 3). Es acertado añadir estas palabras del Espíritu Santo: *Se acerca el hombre al corazón alto y Dios es exaltado* (Sal 64, 7). Esta palabra *cor altum* significa un corazón profundo en su humildad y también un corazón elevado por la contemplación y el amor de la divina voluntad. Puede muy bien explicarse así: cuando el hombre se llegue a un corazón profundo y elevado, o sea, a un corazón que se abaja hasta el más profundo abismo de su nada, y a un corazón elevado y atado inseparablemente a la santísima voluntad de su Dios, entonces estará en disposición de rendir mucho honor y gloria a su divina Majestad. Estos son los mejores medios para complacerla y glorificarla.

Si se habla de otra clase de contemplación celeste y divina, sea la que sea, san Bernardino de Siena nos asegura que María fue más elevada y perfecta en este santo ejercicio, desde el vientre de su madre,

⁸³ San Agustín, *Serm. 2 de Nativ. Mariae*. Citado por Cartagena –lib. 5, hom. 13. De ahí pudo tomar san Juan Eudes esta cita que en vano hemos buscado en las Obras del santo. Nota del editor.

que los más altos y santos contemplativos en la perfección de su edad. Y más aún, que fue más iluminada y más unida a Dios por su contemplación, mientras dormía, que los otros mientras estaban despiertos según el testimonio del Espíritu Santo con estas palabras que le hace pronunciar: *Duermo pero mi corazón está en vela*⁸⁴.

3. Trato ahora de la *anchura* de nuestro océano. Consiste en el amor casi inmenso del Corazón de la Madre del amor hermoso a Dios. Ese amor la llevaba a amar muy ardiente y castamente su infinita bondad en todo lugar y en todo tiempo, en todo y por encima de todo. Ese amor la hacía dispuesta a hacer todo, a sufrir todo, a renunciar a todo y a darlo todo para su gloria. Podía muy bien decir: *Preparado está mi Corazón, oh Dios, preparado está mi corazón* (Sal 57, 8).

Y ¿qué fue lo que no hizo? ¿Qué fue lo que no padeció? ¿A qué no renunció? ¿Qué fue lo que no entregó? Y ni hablar de su disposición a hacer, sufrir, renunciar, darlo todo por amor de su Dios. ¿Hizo algo, desde lo más grande hasta lo mínimo, dijo alguna palabra, tuvo algún pensamiento, hizo algún uso de las facultades de su alma y de los sentimientos de su cuerpo, que no consagrara a su sola gloria? ¿Es posible añadir algo a sus padecimientos con este fin? ¿Si hubiera renunciado a cien millones, más, a infinidad de mundos, solo hubiera abandonado una pura nada en comparación con el renunciamiento que practicó, al privarse por la gloria de Dios, de un tesoro infinito que valía infinitamente más que todos los mundos que Dios pudiera crear durante toda la eternidad, cuando se privó de su Hijo Jesús para inmolarlo a la gloria de su Padre. Finalmente, ¿qué podría dar de más grande, rico y precioso que darle un Dios, igual a él en grandeza y majestad, y darlo en sacrificio total a su amor? ¿Podría un amor totalmente inmenso hacer más?

Si eres capaz, mide la extensión, en cierto modo infinita, de ese Corazón virginal, o más bien, confiesa que la longitud de este mar de amor es sin playas ni límites. Aunque sea verdadero, según el testimonio de la divina Palabra, que Dios dio a Salomón un corazón tan amplio y dilatado en sabiduría y prudencia como la arena que hay en el mar (1 Reyes 4, 29), es sin embargo más cierto que el corazón de ese príncipe no era más que un grano de arena en lo que mira al amor, comparado con el Corazón inmensurable de nuestra soberana Princesa.

4. Piensas que la *longitud* de este mar es menor que su anchura? De ningún modo según vas a verlo. ¿De qué longitud se trata? Es su caridad hacia todos los hombres que ha habido, hay y habrá en el tiempo pasado, presente y futuro. Su caridad se extiende de un extremo al otro, desde el principio del tiempo hasta su final, incluso, y me sirvo de la Escrituras, *de una eternidad a otra eternidad* (Sal 103, 17). En

⁸⁴ *Serm. 13 de Exalt. B. Virg. In gloria, cap. 13.*

efecto, esta caridad infinita impulsó a la Madre del Redentor, cuando se encontraba al pie de de la cruz, a ofrecer e inmolar su Hijo por todos los hombres que ha habido desde el comienzo de los tiempos y por cuantos habrá hasta la consumación de los siglos. Si hubiera habido hombres desde toda la eternidad, necesitados de redención, ella lo habría ofrecido por ellos también como por los otros. Si hubiera permanecido para siempre en este mundo, y hubiera sido necesario, para salvación de las almas, hacer este sacrificio eternamente, ella lo hubiera hecho eternamente. Esta caridad no conoce términos ni límites y la longitud de su Corazón no es menor que su anchura. Esa anchura es su amor a Dios y su longitud es la caridad con los hombres. Ese amor y esta caridad son una sola realidad en el Corazón de la Madre de amor pues ella solo ama a Dios en sus criaturas y no ama a las criaturas sino por el amor que tiene a su Creador.

Escucho a san Pablo que grita movido por el ardor de su caridad y su celo por las almas: *Nuestro corazón se ha dilatado* (2 Cor 6, 11). "Mi corazón se ha dilatado y extendido para acoger a todos ustedes, Corintios. Y comenta san Crisóstomo: no hay nada tan dilatado como el corazón de san Pablo. Y no hay por qué maravillarse que tuviera un corazón así por sus fieles pues su caridad se extendía también a infieles y a todo el mundo. Ese corazón era de capacidad tan grande que contenía en él ciudades, pueblos y naciones enteras"⁸⁵. Sería faltar al respeto que este divino Apóstol profesaba a la Madre de Dios comparar su caridad con la suya, pues al caridad de su Corazón maternal sobrepasa la de todos los corazones de ángeles y de santos, como su dignidad de Madre de Dios es en cierto modo infinita; es proporciona a la de los santos y sobresale por encima de todas las dignidades de la tierra y del cielo. No comparemos lo infinito con lo finito.

Tales son la profundidad, altura, longitud y anchura del mar inmenso del Corazón admirable de la reina del cielo; son su humildad profunda, su altísima contemplación, su caridad ilímite al hombre y su muy grande amor a Dios.

Démonos de todo corazón al Espíritu divino, que con estas virtudes ha dotado el Corazón sagrado de nuestra venerada Madre, de manera excelente para que las imitemos en cuanto nos es posible con la gracia de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, y por su santa intercesión. Dichosos los que lo hagan; dichosos los que se pierdan en este mar de amor, caridad, humildad y abandono de si mismos a la divina Voluntad.

Corazón humilde de María, que por tu ejemplo yo aprenda a conocerme a mí mismo, a menospreciarme, a contar por nada, a tener desdén de mí como de pecador y como a fuente del pecado y del

⁸⁵ *In Rom. Cap. 16, hom. 32.*

infierno, y por tanto como a objeto de la ira de Dios y de todas sus criaturas; que ame los desprecios, la ignominia y la confusión como algo que me pertenece; que tema la estima y las alabanzas como la peste de la humildad y refiera siempre a Dios todo honor y toda gloria como al único al que son debidos.

Corazón sagrado de mi Soberana, trono augusto de la divina Voluntad, que por tu intercesión mi propia voluntad sea del todo aniquilada y que la adorable voluntad de mi Dios reine perfectamente y por siempre en mi corazón.

Corazón caritativo de mi reina, cuya caridad no conoce límites, que a tu imitación me vea colmado de caridad sin fronteras; que sea católico, o sea, universal; que abarque de un extremo al otro del mundo; que ame todo lo que Dios ama y como él lo ama; y que deteste solo lo que él detesta, el pecado.

Corazón amable de mi muy venerada Madre, dilatado y extendido por el amor divino hasta lo infinito, que por tu intercesión ese mismo amor tome absoluta posesión de mi corazón; que lo dilate de tal forma que yo corra dichosamente el camino de los mandamientos de mi Dios; que me haga amar, fuerte, pura y únicamente, en todo lugar y tiempo, en todo y por encima de todo, y tan ardorosamente, que esté dispuesto siempre a hacer y a sufrirlo todo por su amor; a darle y sacrificarle todo, para que él pueda decir con verdad; *Mi corazón está dispuesto, Dios de mi corazón*, para todo y sin reservas ni excepción por tu sola gloria y por tu puro amor.

CAPÍTULO VII

Sexto cuadro: el Corazón de la Virgen es el paraíso terrenal

Una de las más acertadas imágenes que la poderosa y sabia mano del Padre eterno nos haya trazado del Corazón beatífico de su amadísima Hija, la Virgen preciosa, es el *Paraíso terrenal* que nos describe el Génesis. Es cuadro maravilloso que su infinita bondad nos ha dado de este bondadoso Corazón. Es paraíso que representa perfectamente otro paraíso. Es el paraíso del primer hombre que nos expresa excelentemente el paraíso del segundo hombre.

Para contemplar este hermoso cuadro en su día consideremos atentamente siete puntos que representan siete aspectos que se encuentran en su prototipo, muy señalados y fructuosos. El primero es el nombre que las Escrituras asignan al primer paraíso; el segundo, quién lo hizo; el tercero, su forma y disposición; el cuarto, su contenido principal; el quinto, el encargado de cuidarlo y cultivarlo; el sexto, lo

que allí sucede; el séptimo, el querubín a quien Dios encarga vigilar la puerta una vez expulsados Adán y Eva. Consideremos cuidadosamente estos puntos; nos van a revelar maravillas conjuntas del verdadero paraíso terrenal y celeste que es el Corazón de nuestra Madre admirable.

Empecemos por el nombre. Si consultamos el oráculo divino conoceremos que ese primer paraíso se llama *Paradisus voluptatis* (Gn 2, 3.10); *locus voluptatis* (Gn 3, 23.24): Paraíso de deleites, lugar de placer, jardín de delicias. Este nombre conviene perfectamente al Corazón sagrado de la Madre de Dios, verdadero paraíso del hombre nuevo que es Jesús: jardín del Amadísimo, cerrado y doblemente cerrado, jardín de delicias. Esos tres nombres se los da el Espíritu Santo al Corazón de su sana Esposa, llenos de sentido.

En primer lugar, es el *jardín del Amadísimo*. Escucha cómo este Espíritu divino hace que ella hable de la siguiente manera: *Venga mi amado a mi jardín* (Cantar 5, 1). ¿Quién es el Amadísimo? Su Hijo Jesús, objeto único de su amor. ¿A qué jardín lo invita a venir si no es a su Corazón virginal, según expresión de un hombre sabio?⁸⁶ A ese jardín lo atrajo por su amor y su humildad. El jardín del Amadísimo es, pues, el Corazón de la Amadísima; el Corazón de María es el jardín de Jesús.

En segundo lugar, es un *jardín cerrado*: *jardín cerrado es mi hermana esposa, huerto cerrado* (Cantar 4, 12), dice su celeste Esposo. ¿Por qué repite dos veces que es jardín cerrado? Es misterioso. Quiere enseñarnos que el Corazón de su queridísima Esposa está absolutamente cerrado a dos realidades: cerrado al pecado que jamás entró en ella, como también a la serpiente, autora del pecado. Cerrado igualmente al mundo y a todo lo del mundo y a todo lo que no es de Dios. En efecto, Dios fue su ocupación perpetua y jamás hubo sitio para algo distinto.

También nos da a conocer que siempre estuvo cerrado doblemente al pecado, con doble muralla; y cerrado al mundo y a todo lo que no es de Dios, igualmente por doble muralla inexpugnable.

¿Cuáles son las dos murallas que lo cerraron al pecado? Es la gracia extraordinaria que se dio a esta santísima Virgen en el momento de su concepción inmaculada. Ella cerró la entrada de su Corazón y de su alma al pecado original; y es la aversión grande al pecado de la que estuvo colmado este Corazón, que lo protegió de toda clase de pecado actual.

¿Cuáles son las otras dos murallas que lo cierran al mundo y a todo lo creado? El primero es el perfecto amor de Dios del que siempre ha estado tan colmado que no deja lugar al amor de cualquier criatura. La segunda es el perfecto conocimiento que esta divina María tenía

⁸⁶ Balinghem, *In locis com. Sacr. Script.* En la palabra *Corazón*, V, 1.

siempre de sí misma y de todo lo creado. Como sabía bien que por sí misma era nada, nada tenía y nada merecía, no se apropiaba de nada estimándose indigna de todo. Y pues conocía muy claramente que cuanto hay en el mundo es nada, no le daba cabida en su Corazón, pues sabía que había sido creado no para la nada sino para aquel que lo es todo. Estas son las razones por las que el Espíritu Santo afirma por dos veces que es un jardín cerrado.

El tercer nombre que le da, al fijarse en su figura que es el primer paraíso, es el de *jardín de delicias, lugar de deleites*. Es el jardín de delicias del Hijo de Dios, y de sus mayores delicias, después de las que de toda eternidad goza en el seno y en el Corazón de su Padre.

Si tú mismo, Jesús, nos aseguras que tus delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8, 31), aunque estén llenos de pecados, ingraticudes e infidelidades, ¿cuántas delicias tuviste siempre en el Corazón amable de tu sagrada Madre? Nunca percibiste en él algo desagradable y allí fuiste siempre alabado, glorificado y amado más perfectamente que en el paraíso de los querubines y los serafines. Ciertamente es posible decir que luego del seno adorable de tu Padre eterno, nunca hubo ni habrá jamás lugar tan santo y digno de tu grandeza, llena de gloria y satisfacción para ti, que el Corazón virginal de tu santa Madre.

De allí viene, Salvador mío, que luego de haberte invitado a venir a su Jardín, o sea, a su Corazón, te dijo: *Venga mi Amado a su jardín*, le respondiste: *Vine a mi jardín, Hermana mía, Esposa mía; recogí mirra y bálsamo, comí miel de mi panal; bebí vino con leche* (Cantar 5, 1). Es decir: recogí todas las mortificaciones y angustias de tu Corazón, todos los actos de virtud que practicaste por amor de mí, para conservarlos en mi Corazón y poner allí mi gozo y mi gloria para siempre. La miel, el vino y la leche son las innumerables delicias de este jardín que me dio mi Padre celestial. Me parece haber tenido allí un festín continuo, festín de miel, vino y leche.

¿Sabes quién hizo el paraíso terrenal? La divina Palabra dice: *Desde el principio, plantó el Señor Dios un paraíso de delicias* (Gn 2, 8). Su bondad infinita con el primer Adán lo llevó a hacer el primer paraíso para él y su posteridad para hacerlo pasar, si hubiera sido obediente, de un paraíso terrestre y temporal a otro celestial y eterno.

También el amor incomprensible del Padre eterno al segundo Adán, su Hijo Jesús, le hizo hacer este segundo paraíso para él y para todos sus verdaderos hijos que eternamente lo habitarán con su bondadoso Padre. Desde ahora los hace y los hará eternamente partícipes de las santas y divinas delicias que allí tiene. Por eso, luego de decir a su dignísima Madre que vino a su jardín para comer miel y beber vino y leche se dirige a esos mismos hijos y les dice: *Coman, beban, embriáguense, amigos amadísimos* (Cantar 5, 1).

Por lo que respecta a la forma y disposición del paraíso terrenal no encuentro nada en las Escrituras santas. Pero, por haber sido hecho por la divina mano de tan admirable obrero no podemos dudar de que allí nada faltó de lo necesario para la belleza y el ornato de un jardín delicioso. Podemos imaginar que hubo hermosas avenidas. Dios acostumbró caminar, e incluso, para usar los términos de la Biblia, *pasearse por el jardín* pues Adán y Eva escucharon sus pasos (Gn 3, 8).

Sea que haya habido avenidas o no en ese primer jardín, encuentro en el segundo, el jardín de Jesús, cuatro agradables y maravillosas.

La primera es una gran avenida que rodea el jardín, sembrada de violetas. Las tres otras del jardín, están igualmente cubiertas de violetas, pero de violeta doble, más bella y aromática, que la de la primera avenida. La divina Misericordia se pasea por la primera avenida y las tres divinas Personas de la santa Trinidad se pasean por las otras tres avenidas. Esta misma Misericordia y estas tres adorables Personas encuentran gran felicidad en caminar sobre las violetas que cubren las avenidas. Entre más las pisan con sus sagrados pies, más se levantan y se hacen brillantes y perfumadas.

¿Qué quiere decir todo esto? La primera avenida que rodea el jardín y que es su límite externo, representa los sentidos interiores y exteriores de la santa Virgen, y son como el exterior y el rostro de su Corazón. No solo nuestros sentidos pertenecen a nuestro corazón, como al principio de su vida y de sus movimientos, sino que son nuestro rostro y exterior, pues revelan y manifiestan nuestras inclinaciones, sentimientos y disposiciones. La violeta que cubre integralmente esta avenida significa la humildad que la humildísima María practicó siempre en todo el uso que hizo de sus sentidos.

Las otras tres avenidas del jardín son las tres facultades de su alma santa: memoria, entendimiento y voluntad. Esas tres facultades están encerradas en el recinto del corazón, como se dijo en el libro primero. La violeta de que están llenas representa la humildad, practicada en todas sus funciones. Esa violeta es doble, más agradable en su belleza y su perfume que la de la primera avenida, pues lo que ha podido verse al exterior de esta preciosísima Virgen es mucho menos que lo que esconde su interior. Nos lo quiere dar a entender el Espíritu Santo al decir: *Tu hermosura es maravillosa, Amadísima mía, tu hermosura es arrebatadora*. Se manifiesta externamente en la modestia, la humildad, y la sencillez de tus ojos como de una paloma. Pero esta humildad que se ve de fuera es poco en comparación de la humildad que se esconde dentro de tu corazón (Cantar 4, 1). Así explican estas palabras varios grandes doctores⁸⁷.

⁸⁷ Martín del Río, *in Cant*, y Ghisler.

¿Qué significa que la divina Majestad se pasee en la primera avenida? Quiere decir que mientras la Madre de toda bondad estaba en este mundo, la Misericordia divina, que la poseía y la animaba enteramente, imprimía no solo en el interior sino también en el exterior de su Corazón, o sea, en todos sus sentidos, compasión muy sensible hacia todas las angustias corporales y espirituales del género humano; la estimulaba a usar sus ojos, su oído, sus labios, sus manos, sus pies, y todo su poder para consolar a los necesitados y a ofrecer a Dios por ese fin las mortificaciones y sufrimientos que padecía en sus sentidos interiores y exteriores.

¿Qué significan los pasos de las tres Personas eternas en las tres otras avenidas? El Padre se pasea en la primera, o sea, la memoria, para urgir a su amadísima Hija a recordarse no solo de todas las gracias que recibió de su bondad sino también de todos los bienes que hizo a todas sus criaturas, para bendecirlo y agradecerle sin descanso. El Hijo se pasea en la segunda avenida, esto es, el entendimiento, para iluminarla con sus celestes luces y para dar a conocer su adorable voluntad a su santísima Madre para que la siga en todo y por doquier. El Espíritu Santo se pasea en la tercera avenida, a saber, la voluntad, para animarla a amar incesantemente a Dios y a usar de caridad con las criaturas de Dios.

Los pasos de las tres adorables Personas en nuestro verdadero paraíso terreno y celeste juntamente, es decir, en el Corazón de nuestra incomparable María, representan las impresiones y comunicaciones que hicieron, en altísimo grado, de sus divinas perfecciones a este Corazón: el Padre, de su poder; el Hijo, de su sabiduría; el Espíritu Santo, de su bondad. Así el Corazón de nuestra venerada Madre tiene todo poder de ayudar, favorecer y colmar a sus verdaderos hijos con toda suerte de bienes, mediante alta participación del poder del Padre; conoce infinidad de medios y recursos para hacerlo, por comunicación abundante de la sabiduría del Hijo; y está lleno de caridad y benignidad para quererlo hacer por impresión muy poderosa de la bondad del Espíritu Santo.

Finalmente, la divina Misericordia y las tres Personas de la muy santa Trinidad gozan inmensamente caminando sobre la violeta que cubre las cuatro avenidas pues nada agrada más a la divina Majestad que la humildad, y sobre todo la humildad del Corazón de la más digna y alta de todas sus criaturas.

Cuando Dios camina sobre esas violetas, se abajan y luego se levantan, para que veamos que entre más Dios ha conferido gracias a este mismo Corazón por la impresión y comunicación de sus divinas perfecciones tanto más él se ha rebajado por su humildad a la vista de su nada. Luego se levanta por su amor a Dios contemplando su bondad. Y así se ha hecho más del agrado de su divina Majestad. Es sublime, en verdad, para nuestra humildísima María ser Virgen; pero es más grande

aún ser Virgen y Madre al tiempo; Virgen y Madre de un Dios. Pero lo que es de admirar por encima de todo es que, a pesar de su grandeza y de estar y elevada en cierto modo infinitamente por encima de todo lo creado por su dignidad, podría decirse infinita, de Madre de Dios, siempre se rebajó por debajo de todas las criaturas, considerándose la más pequeña y última de todas.

¡Oh maravillosa humildad del Corazón de María! ¡Humildad santa, quién podría decir cuán agradable eres al que ama los corazones humildes y rechaza a los soberbios! ¡Tú, oh divina humildad, ofreciste un paraíso de delicias a mi Jesús, en el Corazón de su sagrada Madre. Tú hiciste que habitara y tomara sus delicias en los corazones en verdad humildes. Por el contrario, el demonio habita en los corazones soberbios.

Sí, querido hermano que lees estas páginas, haz de saber que si la verdadera humildad está en tu corazón, para Jesús es un paraíso donde él hace gustosa morada. Pero si el orgullo te habita vives un infierno lleno de horror y maldición, habitado por los diablos. Por consiguiente, teme, detesta, huye la vanidad y la arrogancia. Ama, desea, practica la humildad de todas las formas posibles y graba estas palabras del Espíritu Santo en tu corazón: *Humíllate en todo y encontrarás gracia ante Dios pues los humildes lo honran* (Sir 3, 20).

Sección I

Cuatro cosas principales que se dan en el paraíso terrenal

Luego de haber visto el nombre, el autor y algo de la forma y disposición del paraíso hecho para el primer hombre y cómo esto figura en el paraíso del segundo hombre, veamos ahora lo que contenía este jardín de delicias y lo que esto representa en el jardín de Jesús. Veo cuatro realidades en el jardín del primer Adán.

1 Veo en primer término el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Están plantados en el centro y hay otros árboles que dan frutos agradables a la vista y son deleitables al paladar. En el segundo jardín vemos también otros árboles mejores sin comparación, de los que aquellos son solo una sombra.

Descubramos allí el verdadero *Árbol de vida*, que es Jesús, Hijo único de Dios, plantado por el Padre en este divino Paraíso, o sea, en el Corazón virginal de la santa Madre, cuando el ángel le dijo: *el Señor está contigo*. San Agustín lo explica así: "El Señor está contigo para primero morar en tu Corazón, luego para estar en tu vientre virginal,

para llenar el seno de tu alma, y finalmente para llenar tus purísimas entrañas”⁸⁸.

¿No es este fruto del árbol de vida que nos devolvió la vida, la vida eterna, que habíamos perdido por comer de otro fruto que nos dio de comer otra mujer que se llamó Eva? ¿Y no fueron las manos de otra mujer del todo divina llamada María que nos dio el fruto de vida? Escucha a san Bernardo: *¿Qué dijiste Adán? La mujer que me diste me dio del fruto del árbol, y comí. “Estas palabras perversas solo hacen acrecentar tu falta, y no la aminoran. Cambia tu excusa inicua por una palabra de acción de gracias y di: La mujer que me diste me dio del árbol de la vida, comí, y mi boca lo encontró más dulce que la miel pues me diste la vida por este precioso fruto... Este mismo santo afirma en seguida: ¡Virgen maravillosa y dignísima de todo honor! ¡Mujer merecedora de especial veneración! ¡Mujer incomparable por encima de todas las mujeres, que reparaste la falta de tus antepasados y diste la vida a los de tu raza que vendrán después de ti”*⁸⁹.

Este es el primer árbol que vemos en nuestro segundo paraíso más celeste que terrestre.

Vemos también el *árbol de la ciencia del bien y del mal*, en el hecho de que el Corazón luminoso y radiante de la Madre de Dios, que es la casa del sol como vimos, llevó siempre en sí a aquel en quien todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría están ocultos; ese Corazón está colmado de la ciencia y de la sabiduría del Santo de los santos. Él le hizo conocer perfectamente al soberano Bien que es Dios y le concedió clarísimo conocimiento del soberano mal que es el pecado.

Ella no conoció el pecado como Adán y Eva lo conocieron al desobedecer el mandato divino; lo conoció en la luz de Dios y como Dios lo conoce. Lo detesta como Dios lo detesta. El fruto de ese árbol no le fue funesto y mortal como lo fue el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, plantado en el primer paraíso, para el primer hombre y la primera mujer. Adán y Eva se perdieron y perdieron toda su posteridad al comer de ese fruto contra la voluntad divina. Pero nuestra verdadera Eva, verdadera Madre de los vivientes, se santificó y contribuyó a la santificación de sus hijos, comiendo del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal que Dios había sembrado en su Corazón. Comió de él a la manera como lo hace Dios y como Dios quería que lo hiciera, o sea, haciendo el mismo uso de su ciencia como el que hace Dios de la suya, no empleándola sino para amar a Dios como Dios se ama a sí mismo, y a detestar el pecado como Dios lo detesta.

Al igual que Dios dijo a Adán luego de su pecado pero en sentido que provocaba su confusión y condenación: *Ahí está Adán que ha*

⁸⁸ *De Sanctis*, serm. 13.

⁸⁹ *Homil. 3*, sobre *Missus test*.

llegado a ser uno de entre nosotros, sabedor del bien y del mal (Gn 3, 22). Otro tanto puede decir de nuestra preciosísima Virgen pero en sentido que va a su alabanza y gloria: Ahí está María, que llega a ser semejante a nosotros, que conoce el bien y el mal como lo conocemos nosotros, que hace uso de él como lo hacemos nosotros y por ese medio se hace santa y perfecta como nosotros somos santos y perfectos.

Contemplamos otros árboles en este nuevo jardín, el Corazón de nuestra divina María, cargados de excelente frutos, muy agradables a la vista y deliciosos al gusto del que los plantó. ¿No habla ella de este árbol cuando se dirige a su Amadísimo: *Venga mi amado a mi jardín y coma el fruto de sus pomares* (Cantar 5, 1). ¿Su fe, su esperanza, caridad y sumisión a la divina Voluntad, son otros tantos árboles plantados en su Corazón que producen infinidad de hermosos frutos? ¿No es su pureza virginal un árbol celeste que produjo el fruto de los frutos, el Rey de las vírgenes, y luego a millones de santas Vírgenes que ha habido, hay y habrá en la Iglesia de Dios? Su celo ardentísimo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas no es árbol divino que ha producido tantos frutos como hay de almas en cuya salvación cooperó? De esos frutos, que también llama flores, habla cuando dice, en los excesos y arrebatos de su amor a las almas: *Sosténganme con flores, rodéenme de manzanas, porque desfallezco de amor* (Cantar 2, 5). Por flores entiende las almas recién convertidas, que comienzan a servir a Dios; y por frutos, las que han hecho ya un progreso y son más firmes.

Estos son los árboles del primero y del segundo jardín.

2. ¿No hay *flores* en el jardín? La Sagrada Escritura no dice que las hubiera habido en el primer jardín; pero ¿quién puede dudar de que un jardín de delicias carezca de ellas? Sea lo que sea, consta que el jardín de Jesús rebosa de brillantes flores celestes, las más perfumadas que es posible imaginar. El Corazón de su santa Madre es una era celestial en la que están sembradas, en todo tiempo, las santas flores de todas las virtudes cristianas, flores inmortales que jamás se marchitan y conservan siempre su encantadora belleza y su agradable aroma; flores que difunden su suave perfume en el universo entero y son regocijo de ángeles y hombres e incluso del mismo Dios; flores que al tiempo son flores y frutos; *Mis flores son frutos de honor y honestidad* (Sir 24, 23).

Estas flores adornan la mansión del Rey eterno que se sirve de ellas para atraer hacia él corazones innumerables. Son frutos con los que hace honrosos y exquisitos manjares para saborearlos él mismo y para alimentar a sus hijos. Él nos asegura que encuentra reposo y agrado en las obras de misericordia, la cual es una de las primeras flores de su jardín: *Ahora descanso, dejen reposar al fatigado; este es mi refrigerio* (Is 28, 12). Él hace sus comidas, festines, delicias con las virtudes que nacen de los corazones buenos y sobre todo el óptimo Corazón de su gloriosa Madre y con ellas nutre las almas de sus hijos.

Esto les quiso dar a entender cuando le oyeron decir que vino a su jardín y que allí comió miel y bebió vino y leche, y que luego invitó a sus amigos y a sus hijos a comer y a beber y a embelesarse con él (Cantar 5, 1).

Entre las flores de este jardín del divino Esposo de María, san Bernardo admira en especial el aroma de las violetas, la blancura de los lirios y el esplendor de las rosas. Estas son sus palabras: "Eres, oh Madre de Dios, jardín cerrado. En él recogemos toda clase de flores, en especial tres que cautivan nuestra admiración: las violetas, los lirios y las rosas. Ellas saturan toda la casa de Dios con su suave aroma. ¡Oh María, violeta de humildad, lirio de castidad, rosa de caridad"!⁹⁰. Yo añado: ¡Oh María, clavel de misericordia, clavel doble, porque tu Corazón está colmado de misericordia y compasión no solo por nuestras desgracias corporales sino con mayor razón por las espirituales, que son más numerosas e infinitamente mayores que las corporales. ¡Madre de misericordia, apiádate de los desdichados, en especial compadécete de tantos infortunados que no se apiadan de sí mismos!

3. No sé cómo hablar ahora de la hermosa *fuenta* a que se alude en el capítulo segundo del Génesis pues la Sagrada Escritura no dice que se hallara en el paraíso terrenal. Sin embargo es cierto que hay asomo de que estuviera allí aunque el texto no lo dice expresamente. Ya hablé de ella ampliamente pues está llena de misterios y nos proveyó el material para el cuarto cuadro del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen.

4. Paso a otro punto que veo en el paraíso terrenal. Dios, como nos refiere el capítulo segundo del Génesis, una vez creados los animales y los pájaros, se los trajo al primer hombre para que les impusiera nombres adecuados como signo de su dominio sobre ellos y de que le estarían sometidos. Según el parecer de algunos doctores el hombre seguramente ofreció algunos en sacrificio a la divina Majestad.

Pero ¿qué puede haber en el nobilísimo Corazón de la reina del cielo que haya sido bosquejado con colores tan imperfectos y representado en seres tan inferiores como son animales y pájaros? Pues así es y no se admiren por ello, pues su Hijo, que es Hijo de Dios, ha querido ser figurado por bueyes, ovejas, corderos y otros animales y pájaros que eran sacrificados a Dios en la antigua Ley.

¿Qué representan esos animales y pájaros, sometidos por Dios a la autoridad de Adán en el paraíso? Representan las pasiones naturales que tienen su sede en el corazón sensible y corporal del hombre. Subrayo dos clases: unas más terrestres y animales como la cólera, el odio, el temor, la tristeza, la aversión, la desconfianza. Estas están significadas por los animales. Las otras, son más espirituales: el amor,

⁹⁰ *In deprecat. et laude ad B. Virg.*

el deseo, la esperanza, la audacia y el gozo. Estas son significadas por las aves.

Unas y otras, según vimos antes, estuvieron en el Corazón de la santísima Virgen como lo están en todos los hijos de Adán. Pero ella llevaba ventaja pues estaban sometidas por entero a su razón, como los animales más feroces estaban bajo la plena dependencia de Adán en el paraíso terrenal. El espíritu del hombre nuevo, que reinaba perfectamente en el Corazón de María, dominaba por entero sobre todas sus pasiones. Ellas solo obedecían a sus órdenes. Nunca hizo uso de ellas sino por moción del Espíritu de Dios y solo para gloria de la divina Majestad. Nunca amó algo distinto de Dios; nada deseó ni pretendió, ni esperó sino agradarle; solo temió desagradarle; no emprendió cosa alguna, grande o difícil, que no fuera servirlo y glorificarlo; la gloria de Dios fue el único objeto de sus alegrías; y la sola causa de su tristeza fueron las injurias y el deshonor que recibe Dios por el pecado. Éste fue el único objeto de su aversión, de su rechazo y de su cólera. Todas sus pasiones nunca tuvieron uso o sentimiento distinto, y parecían muertas y aniquiladas respecto del mundo y de todo lo que es del mundo, respecto de sí misma y de su interés propio; y en general respecto de todo lo creado; y no tuvieron vida ni movimiento sino para complacerlo, o para no desagradar a aquel que era su dueño, que las animaba y las conducía en todo.

Así pues, el Corazón de la sagrada Virgen era un verdadero paraíso terrenal. En él no había guerra ni perturbación, ni desorden alguno, solo paz, tranquilidad y orden maravilloso, en continuo ejercicio de adoración, alabanza y bendición hacia aquel que había establecido su trono en este paraíso. En él todas las pasiones estaban totalmente sometidas a la razón y al espíritu de Dios; en perfecta armonía entre ellas, bendecían y alababan sin cesar, con admirable concierto en la variedad de sus diversos movimientos, usos y funciones, dirigidos todos por el mismo espíritu; todos con un único fin: glorificar a su divina Majestad.

Vimos antes que este Corazón era como un altar sagrado, en el que la digna Madre del soberano sacerdote inmolaba sin cesar sus pasiones como víctimas santas; ellas las hacía morir y aniquilar respecto de cuanto no fuera Dios; las quemaba y consumía en el fuego del amor divino de que este Corazón ardía sin cesar; las sacrificaba de continuo a la gloria y al amor de su Dios.

Debemos usar de nuestras pasiones a imitación de nuestra santa Madre. Quiera la caridad incomparable de su Corazón maternal obtenernos de su Hijo la gracia de imitar este mismo Corazón en esta y en todas sus demás virtudes para que el corazón de los hijos sea imagen viviente del Corazón perfectísimo de su amadísima Madre.

Sección II

El Jardinero del primero y del segundo jardín y lo admirable que allí pasa

Si deseas saber ahora quien era el jardinero de este jardín de delicias, hecho por Dios al comienzo del mundo, escucha la divina Palabra y te dirá que habiendo creado al hombre, lo tomó y lo puso en esta jardín *para trabajarlo y cuidarlo* (Gn 2, 15). El jardinero fue por tanto el primer hombre. Pero en lugar de cuidarlo lo vendió a su enemigo. Es decir, a la serpiente, en cuanto le fue posible. Se lo vendió a bajísimo precio, por un trozo de manzana, y para una muy breve satisfacción. Lo perdió y perdió al mismo tiempo la gracia de su Dios, e incurrió en maldición para él y para toda su posteridad. En lugar de cultivar este jardín lo llenó de espinas y cardos en cuanto pudo; aún más, así como Lucifer prefirió el paraíso del cielo al infierno, también Adán quiso hacer de su paraíso un infierno, introduciendo en él el pecado, pues donde está el pecado, ahí está el infierno. ¡Oh guardián desleal, qué pernicioso jardinero!

¿No hay mejor jardinero para nuestro segundo jardín? Ciertamente lo hay, sensato, más atento y fiel. ¿Quién es? Es la Sabiduría eterna que tomó plena y absoluta posesión de este jardín, desde el primer momento de su existencia; lo ha conservado desde entonces e hizo y hará de él lugar de sus amadas delicias. Lo ha cultivado tan divinamente que ha estado siempre y estará por siempre pleno de flores perfumadas y de frutos exquisitos. La tierra de este jardín ha producido siempre frutos al céntuplo y al mil veces céntuplo.

Este divino Jardinero tenía tres excelentes obreros para ayudarlo en el cultivo de su Jardín: el amor, la gracia y la paciencia divina. El amor divino cavaba y removía la tierra para disponerla a recibir la semilla del cielo; la gracia divina sembraba y la paciencia divina lo abonaba. El amor la removía invitando al espíritu y a los sentidos a desear proezas grandes por Dios; es máxima del amor que quien ama mucho realiza maravillas con poco trabajo. La gracia la sembraba inspirando lo que debía hacerse en cada caso y ayudando a realizarlo; la paciencia lo abonaba disponiéndolo a realizar todo, sufrir todo y a dar fruto mediante la perseverancia.

Pasemos a lo que aconteció en el paraíso terrenal. Destaco cuatro sucesos principales:

El primero es el matrimonio entre el primer hombre y la primera mujer. Matrimonio entre vírgenes, presidido por el mismo Dios, celebrado en un paraíso, matrimonio santo y misterioso, matrimonio que

representa la divina alianza de la Persona del Verbo eterno con la naturaleza humana, y de Nuestro Señor Jesucristo con su Iglesia; contrato celebrado en el Jardín del divino del Esposo, esto es, en el Corazón de su divina Madre. Allí, al decir de un notable prelado del que hablaremos luego, se realizó secreto y admirable comercio entre el Padre eterno y la bienaventurada Virgen respecto del misterio de la encarnación. Allí, apunta otro doctor que citaremos después, la misericordia y la justicia divinas se dieron el beso de la paz. Allí, finalmente, esta amadísima de Dios ofreció una esposa al Hijo de Dios a quien ella urgió que lo aceptara y consintiera en matrimonio, a quien ella atrajo hacia sí misma, aún más, cautivó y la arrebató del seno de su Padre, como ya vimos, para que contrajera inefable alianza por la que entró en nuestra humanidad; es el divino matrimonio entre él y su Iglesia.

El segundo suceso que aconteció en el paraíso terrenal es que el hombre, una vez quebrantado el mandamiento que Dios le había impuesto, se vio reducido a estado tal, que habiéndolo buscado y no encontrándolo, Dios se vio obligado a preguntar: *¿Dónde estás?* El pecado lo había ocultado a los ojos de Dios y lo había reducido a nada.

Lo que la cruel malicia humana hizo al hombre en el primer jardín, la bondad sobreabundante de Dios lo hizo al mismo Dios con miras a la salvación del hombre en el segundo Jardín. Veo al hombre anonadado en el primer paraíso y veo a Dios también anonadado en el segundo paraíso: *Se anonadó a sí mismo* (Fp 2, 7); de tal manera anonadado que tres reyes que lo buscan deben preguntar: *¿Dónde está?* Pero son dos anonadamientos muy diferentes. El pecado causó el primero y el amor produjo el segundo. Ciertamente el amor incomprendible que el Hijo único de Dios tiene por nosotros lo obligó a anonadare a sí mismo para sacarnos del abismo espantoso de la nada del pecado y para restablecernos en él mismo y darnos nueva vida y nuevo ser en él, más nobles y provechosos sin comparación que la primeros. ¡Oh bondad admirable! ¡Oh caridad inefable! Dios de amor, Dios de mi corazón, seas bendito, adorado y amado eternamente por todas tus criaturas.

Jesús, líbranos de la horrible y espantosa nada del pecado. Haz que contigo entremos en tu divino y amable anonadamiento. Anonádanos para que seamos establecidos en ti, o mejor para que tú te establezcas en nosotros pues somos indignos de poseer el ser y la vida. Innumerables veces merecimos perderlos por nuestros pecados. Bien sabemos que tú eres el único digno de existir y vivir. Haz que nos convirtamos en nada y que en cambio tú lo seas todo en nosotros. Sé nuestro ser, nuestra vida, nuestro espíritu, luz y corazón; nuestra fortaleza y tesoro; nuestro gozo y gloria; en una palabra, nuestro todo para que nuestro Padre eterno, que no quiere ni ver ni amar cosa

distinta de ti, nos mire y solo perciba en nosotros a Jesús, objeto único de su mirada, de su amor y de su complacencia.

El tercer suceso que aconteció en el paraíso terrenal es la sentencia pronunciada por Dios en contra de la serpiente: *Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre su linaje y el suyo, ella te herirá la cabeza* (Gn 3, 15). Este decreto fue pronunciado en el primer paraíso pero fue ejecutado en el segundo, en el Corazón de esta divina mujer llamada María, de dos maneras: primero aquí fue quebrantada la cabeza de la serpiente que es el pecado original. En segundo lugar, porque en el Corazón de la Madre del Salvador la sentencia de condenación y muerte, pronunciada contra nosotros, fue cancelada. *En el paraíso del nuevo Adán la condenación fue abolida*, dice san Juan Damasceno⁹¹ cuando fue hecha la salación del mundo como vimos en el tercer cuadro.

El cuarto suceso del paraíso primero es que el hombre que había sido puesto en él, una vez que se rebeló contra su Creador, fue indigno de permanecer en ese lugar de delicias. Fue expulsado y arrojado para siempre de allí, él y toda su posteridad. A un querubín se le encomendó la puerta, con una espada llameante en la mano, para impedir que él y sus hijos entraran en él. Así quien quiera encontrar puesto en el verdadero Paraíso terrestre, o sea, en el Paraíso del segundo Adán, que es el Corazón de su dignísima Madre, debe salir de la raza y genealogía de su primer padre, para entrar en la del segundo; es preciso que deje de ser hijo de Adán para ser hijo de Jesús; debe morir a la vida corrupta y depravada del hombre viejo, a su espíritu maligno y perverso, a sus inclinaciones desarregladas y a todo lo que es suyo, pues está viciado y envenenado, y es opuesto a Dios; debe vivir de la vida santa y celeste del hombre nuevo, para ser animado de su espíritu y para conducirse según sus sentimientos e inclinaciones: *Tengan en ustedes los sentimientos de Cristo Jesús* (Fp 5, 2).

Muerte espantosa, espada llameante en la mano del querubín, todo parece terrible; y no lo es tanto en realidad; solo en apariencia. Es espada de amor; es la espada que lo hirió y dio muerte a todos los que aman de veras a Jesús, es decir, a los santos. Los hirió para sanarlos; les dio muerte para hacerlos vivir. Los hizo morir al pecado, al mundo, a sí mismos, a cuanto no es de Dios para que vivieran de la vida de Dios. Los golpeó con muerte deseable y preciosa: *Es preciosa ante el Señor la muerte de sus santos* (Sal 116, 15). Muerte que no es muerte sino vida, fuente de vida y de vida eterna.

Jesús, de todo corazón renunciamos a ese primer padre, que no fue verdadero padre pues nos dio muerte en vez de darnos vida. Jesús, tú eres nuestro Padre, sufriste para darnos la vida. Queremos ser tus

⁹¹ *Orat 2 de Dormit. B. Mariae.*

hijos. Pero no podemos ser tus hijos si no dejamos de ser hijos de Adán. Y no dejaremos de ser hijos de Adán si él no muere en nosotros. Jesús, tú eres el querubín que el Padre puso en la puerta del segundo Paraíso. Tú eres el que llevas en la mano la espada llameante. Golpea, golpea con esa espada al hombre viejo, hombre de pecado y perdición; hombre que te es contrario en todo, anticristo verdadero. Si este anticristo no muere en nosotros tú no podrás vivir en nuestra vida, y solo vivirás ahí si él muere. Mátalo por entero en nuestro interior para que vivas allí perfectamente y podamos decir con tu apóstol: *Vivo, no yo, sino Jesucristo en mí* (Ga 2, 20). Que vivamos en ti, por ti y contigo, en el Corazón de tu santísima Madre, también Madre nuestra, por siempre.

Como conclusión de este capítulo, luego de haber puesto ante tus ojos el Corazón bienaventurado de la Madre de Dios, como el paraíso de las delicias del Hombre-Dios, te digo, hermano querido, que es necesario que tu corazón sea o un infierno de suplicios para ti, o un paraíso de delicias para ti y para Jesús.

Si destierras el pecado, el amor propio, el amor del mundo, la vanidad, la soberbia y demás vicios y abres la puerta a la gracia, ella entrará con todo su cortejo, es decir, con todas las virtudes, y más aún, con Jesús, Rey de las virtudes. Él tendrá allí su lugar de paz y reposo: *Su lugar se hizo en la paz* (Sal 76, 3), y un paraíso de delicias para él y para ti. Escucha al Espíritu Santo que te dice que una conciencia segura y tranquila es un continuado festín: *Mente segura es perpetuo festín* (Prov 15, 15), y que la gloria, el honor y la paz son la herencia de quien hace el bien (Ro 2, 10).

Pero si expulsas la gracia con toda su corte para alojar el pecado ten por cierto que los demonios se acomodarán ahí y harán de ti su casa: *Volveré a mi casa* (Mt 12, 44); harán allí su morada: *habitarán allí*. Y entonces, tu corazón, siendo habitación de los diablos, será para ti verdadero infierno lleno de torturas y suplicios. Oye la voz del cielo que grita desde siempre: *Los impíos son mar agitado que no encuentra reposo* (Is 57, 20). Y el Señor Dios dice: *No hay paz para los perversos; y El alma del hombre que hace el mal está llena de tribulaciones y angustias*⁹².

Escoge, hermano mío. Está en tu libertad hacer de tu corazón un paraíso o un infierno. Si quieres que no sea un infierno sino un paraíso, sigue estos tres consejos:

1. Expulsa de tu corazón la serpiente y hombre viejo, es decir, todos los enemigos de Dios.
2. Contempla el Corazón virginal de tu venerada Madre como el primer paraíso de delicias de Jesús, y como modelo y ejemplar de otros paraísos que quiere tener en el corazón de sus verdaderos hijos, en

⁹² Ro 2, 9

especial en el tuyo. Considera, por tanto, con sumo cuidado, la forma y el estado de ese sagrado Jardín para laborar uno semejante en tu corazón. Vuelve a leer y a estudiar lo que se ha dicho aquí sobre lo que esta santísima Virgen hizo de las tres potencias de su alma, de los sentidos interiores y exteriores y de sus pasiones, para que hagas lo mismo de los tuyos, en cuanto puedas, con la gracia de su Hijo; planta en medio de tu jardín el árbol de la vida que es Jesús y haz que por la fidelidad y la perseverancia arraigue tan profundamente que jamás pueda ser separado de ti; planta también el árbol de la ciencia del bien y del mal por el ejercicio del conocimiento de Dios, para disponerte a amarlo, y por el conocimiento del pecado para detestarlo; planta además los árboles de la fe de la esperanza y de la caridad, de la sumisión a la voluntad de Dios, del celo por su gloria y por la salvación de las almas. Son árboles que producen en abundancia frutos de buenas obras: planta también las flores de todas las virtudes, en especial, el cuidado del temor de Dios; ese temor es capaz, él solo, de cambiar tu corazón en un paraíso de bendición según estas divinas palabras: *El Temor de Dios es paraíso de bendiciones* (Sir 40, 28): la violeta de la humildad, el lirio de la pureza, la rosa de la caridad, y el clavel de la misericordia: *La gracia es paraíso de bendiciones* (Sir 40, 17). El Espíritu Santo dice que la gracia, es decir, la misericordia y la compasión de los infortunios del prójimo, son paraíso de bendiciones para los que las practican. No olvides regar esos árboles y esas flores con las aguas vivas de la gracia y de la devoción que debes sacar de la fuente de los santos sacramentos, de la oración, de la lectura de libros de piedad.

3. Dios mismo te dice: *Con todo esmero y diligencia posibles guarda tu corazón porque es el principio de la vida* (Prov. 4, 23). Ponlo confiadamente entre las manos de Dios. Si lo mantienes entre las tuyas lo perderás seguramente. Suplícale que ponga en la puerta de este paraíso un querubín, armado de espada llameante en la mano, esto es, de la ciencia y del conocimiento de ti mismo, que son madre propia de la humildad que vigila todos los tesoros del cielo en un corazón; armado con el verdadero amor de Dios que es espada cortante por ambos lados, para que corte la cabeza del amor propio y del amor del mundo que son fuentes envenenadas de aguas pestilentes del infierno que dan muerte a todos los árboles y las flores de tu jardín, si entran en él.

Si te propones seguir estos consejos, fáciles de practicar con la gracia de Dios, gracia que él no rehúsa a quienes se la pidan, tu corazón será paraíso delicioso para Jesús. Él nos asegura que sus delicias consisten en estar con los hijos de los hombres; y para ti será paraíso de paz, descanso y dulzura inconcebibles.

Estos son los seis primeros cuadros que el Padre eterno nos ha dado del divino Corazón de la preciosa Madre de su Hijo en las seis

primeras partes del mundo creado por él. Veremos otros seis sacados de seis realidades presentes en la tierra, desde la muerte de Moisés hasta la muerte del Hijo de Dios. Todo cuanto ha acontecido durante ese tiempo ha sido ordenado por la divina Providencia para predecir, anunciar y figurar a Jesucristo Nuestro Señor y a su santísima Madre, en sus diversos estados y misterios y en todo lo que a ellos pertenece.